

[DE ABRAHAM.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS DE ABRAHAM.

Aunque el argumento de esta obra parece estar claramente contenido en las primeras palabras del mismo, creemos que no será ingrato para el lector si intentamos aquí desentrañar y desarrollar las dificultades que presenta, para facilitar su lectura.

En cuanto al título, se lee así (Lib. I, cap. 1): El título de este libro es Abraham. De estas palabras pueden surgir dos dudas. Primero, ¿por qué Ambrosio dijo "de este libro" y no "de estos libros"? Ciertamente, este comentario se divide en dos libros; y la necesidad de una división se evidencia tanto por la clara diferencia entre ambos como por el propio Santo Autor, quien en los primeros capítulos de estos libros declara que dividirá su trabajo, y que esto fue su propósito desde el inicio del primero. Por lo tanto, nos inclinamos a pensar que Ambrosio comprendió la obra en un solo libro, pero en dos partes; y que en tiempos posteriores, aquellos que notaron la gran diferencia entre ellas las inscribieron bajo el término de libros. De hecho, el primer libro es mencionado varias veces por Jonás, obispo de Orleans, quien floreció bajo el emperador Carlos el Calvo, en el libro II de "De Institut. laicali" (Cap. 2, 4, 5, 29); y el segundo libro es citado por Hugo de San Víctor (Lib. II de claustr. anim., cap. 8). La otra dificultad respecto al título surge porque Graciano (23, q. 5, c. Dicat, y 32, q. 2 y 4, etc.), y Santo Tomás (2-2. q. 66, a. 8, a. 1; Ibid., q. 154, a. 6 y en otros lugares) y algunos otros dicen que los testimonios extraídos de este tratado se encuentran en el libro de los Patriarcas. Pero no es contrario a la fe que esos autores en sus extractos y libros citaran las obras de los Santos Padres con el título que era más común en su tiempo. Por lo tanto, se puede decir con razón que esta inscripción fue hecha mucho antes al mencionado trabajo. Y quizás nadie más que Casiodoro dio lugar a esto. Pues cuando dice: "Asimismo, el santo Ambrosio publicó siete libros sobre los Patriarcas, que esclarecieron suavemente muchos pasajes del Antiguo Testamento con preguntas" (De Instit. div. lect. cap. I), no hay duda de que entre otros libros sobre los Patriarcas también incluyó el tratado sobre Abraham. Y no debe parecer absurdo a nadie, ya que realmente el santo Doctor elaboró comentarios sobre los principales patriarcas, que él mismo enumera y compara al inicio del libro "de Joseph". Sea como fuere, nadie puede dudar de que este mismo trabajo del que hablamos fue titulado "de Abraham" por Ambrosio, quien también da esta razón: "Porque", dice, "me ha venido el deseo de considerar en orden los hechos de este Patriarca". Con estas palabras, se presenta como una visión general de la obra. Por lo tanto, no se encuentra bajo otro título que "de Abraham" en los manuscritos.

El santo Obispo también profesa que fue inducido por la autoridad divina a escribir este comentario (L. I, c. I): "Cuando el Señor nuestro Dios", dice, "le otorgó este don de su bendición abundante, para que su gracia provocara a los demás, su enseñanza corrigiera: Moisés también lo describió para que lo imitáramos, etc." Así, el piadoso Doctor presentaba al santo Patriarca ante sus oyentes o lectores con el propósito de que, a su ejemplo, como a un espejo, limpiaran el fango de los vicios y aspiraran a la perfección de la vida y sabiduría cristiana. Pero lo que añade a esto indica claramente que no solo se esforzó por fomentar y promover la piedad cristiana, sino también por refutar la vanidad de los filósofos, quienes, como él demuestra, mostraban una imagen ficticia de la sabiduría, mientras que en Abraham brillaba una imagen viva y sólida, ya sea en la república platónica o en el sabio de Jenofonte. Por esta razón, a menudo demuestra con los hechos singulares de este mismo Patriarca que todo lo que aquellos proclamaban tan magníficamente fue realizado por él, y mucho antes de su tiempo fue consignado por Moisés en los libros sagrados. Y no te sorprendas de que el santo Prelado quisiera seguir este método de escritura; ya que disputaba contra hombres de

este tipo (Agustín, Epístola 31), quienes con suma ceguera y temeridad afirmaban que Cristo el Señor había aprendido esas leyes divinas, que ellos no podían dejar de admirar, en los escritos de Platón.

Antes de Ambrosio, Filón Judío había publicado un libro bajo este título: "Vida del sabio perfeccionado por la doctrina, o sobre las leyes no escritas, o sobre Abraham"; al cual había añadido algunos otros sobre ciertas acciones más notables de este Patriarca. Sin embargo, si Ambrosio siguió a ese escritor en el argumento de la obra, parece que se abstuvo casi por completo de sus palabras y sentencias, que en algunos tratados anteriores había tomado con mano más libre.

Además, aquí adoptó un método muy diferente del que se encuentra en sus otras obras. En el primer libro, adapta a la inteligencia moral todo lo que la Escritura dice sobre la vida de Abraham desde el mandato divino de salir de Carras hasta su muerte, y después de proponer su devoción, es decir, su obediencia en cumplir los mandamientos de Dios, prosigue con las demás virtudes de él: en el segundo libro, interpretando las primeras acciones de este Patriarca en un sentido espiritual o, como él mismo lo llama, más elevado, revela varios grados y progresos del alma en la virtud, y enseña que el alma, después de haber caído en Adán, resurge en Abraham y se esfuerza por alcanzar la perfección. Sin embargo, dijimos las primeras acciones, no todas; ya que cierra ese tratado inmediatamente después de la circuncisión del Patriarca y la promesa del nacimiento de Isaac, tocando brevemente su hospitalidad. Así, el segundo libro abarca casi exclusivamente lo que había sido explicado en los primeros cuatro capítulos del primero. Aunque en aquel también se encuentran tratados algunos temas que se omiten en este. Sin embargo, no creemos que haya otra razón por la cual no quiso continuar más allá el segundo libro, sino que ya había decidido elaborar un nuevo tratado sobre Isaac acerca de la perfección del alma, o, como él mismo dice, sobre sus diversos procesos.

Sin embargo, dado que los cristianos pueden obtener una utilidad mucho más abundante para la formación de las costumbres del primer libro que del segundo, parece que no sin la providencia divina, el primero nos ha sido transmitido mucho más incorrupto y perfecto que el segundo, en el cual se encuentran numerosos pasajes lamentablemente desfigurados por lagunas y otros defectos. Hemos restaurado no pocos de ellos a su integridad original; sin embargo, debemos admitir sinceramente que al final de ese libro aún queda algo confuso, para lo cual los manuscritos no han podido proporcionar remedio. Es creíble que allí algunas cosas fueron transpuestas, arrancadas, o incluso quizás insertadas por algún hereje para apoyar sus errores.

El primer libro consta de sermones que el santo Prelado había dirigido a los catecúmenos que ya se habían inscrito para el bautismo y eran competentes (Lib. I, c. 4, 7 y último). Solía enseñar principalmente a estos por sí mismo; y lo que había transmitido oralmente, luego lo redactaba en libros. Esto lo hacía ya sea para satisfacer sus peticiones, o porque él mismo espontáneamente se preocupaba de que lo que habían oído y prometido en esos preciosos tiempos de su bautismo nunca se les borrara de la memoria, y al mismo tiempo para que otros cristianos también pudieran participar de esa utilidad. No está tan claro que el segundo libro conste de sermones similares: sin embargo, dado que no vemos nada que se oponga a esto, podemos con razón emitir el mismo juicio sobre este libro que sobre el primero.

Hay un poco más de dificultad en determinar la fecha de estos libros. Sin embargo, tanto por la conexión y el orden en que se enlazan con los comentarios siguientes sobre los Patriarcas, como por el propio Ambrosio, quien al inicio de los libros "de Joseph" y "de Mysteriis"

indica claramente que todos ellos no fueron compuestos en tiempos diferentes, se deduce claramente que deben atribuirse al año 387, cuando probaremos en su lugar que el libro sobre José fue publicado.

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE ABRAHAM, DOS LIBROS.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

Se expone el título del libro y el método de tratarlo: luego se demuestra, por la autoridad divina y la comparación con los filósofos, qué utilidad debe buscarse en los ejemplos de Abraham.

1. El título de este libro es Abraham, porque me ha venido el deseo de considerar en orden los hechos de este Patriarca. De quien primero haremos un tratado moral y sencillo. Pues aunque en una discusión más elevada se exprese algún proceso y forma de virtud, y alguna especie, sin embargo, observar también las huellas forenses de sus actos es un progreso de virtud. Porque si aquellas cosas que la naturaleza ha generado para el sustento de los hombres no son de una sola, sino de doble o incluso más abundante gracia, cuánto más aquellas con las que se deleitan las almas, no deben considerarse de uso estrecho, sino de uso más abundante y de alimento múltiple.

2. No es un asunto mediocre ni ocioso. Pues cuando el Señor nuestro Dios le otorgó este don de su bendición abundante, para que su gracia provocara a los demás, su enseñanza corrigiera: Moisés también lo describió para que lo imitáramos; para que los corazones de los hombres que caen en el vicio, al contemplar a este hombre, resucitaran como de una tumba terrenal, no debe parecer superficial si también nosotros examinamos más minuciosamente las huellas de este hombre. Porque si los sabios de este mundo, como el propio Platón, príncipe de los filósofos, no propusieron una verdadera, sino una ficticia y esbozada "república" para ser perseguida (Platón, l. IV de la República), para enseñar cómo debería ser la república: y así pensó que debía describirse en alguna ciudad lo que ni había oído ni visto, para que aquellos a quienes corresponde esta tarea pudieran ser instruidos sobre cómo gobernar la república: y si el condiscípulo de Platón, Jenofonte el Socrático, también quiso formar la persona del sabio con cosas ficticias en ese libro que titula "La educación de Ciro"; para que desde el seno más íntimo de la Filosofía surgiera la disciplina del rey justo y sabio: cuánto más debemos nosotros no considerar una figura compuesta del hombre sabio, sino la virtud expresada e instituida por la enseñanza divina, y seguir atentamente sus caminos, a quien Moisés describió de tal manera que, de algún modo, se miraba a sí mismo hacia atrás.

CAPÍTULO II.

¿Cómo se probó la devoción de Abraham con las palabras del precepto divino? ¿Qué significa salir de la parentela, y de qué manera la obediencia del mismo patriarca fue seguida por la promesa de Dios? El mismo, invocando al Señor, teme por la belleza de su esposa y toma precauciones. Pero el castigo de Faraón por el rapto de ella es indicio de cuán grave es el crimen del adulterio: de donde somos provocados por el ejemplo de Abraham al estudio de la devoción.

3. Un hombre verdaderamente grande, y claro por los insignes de muchas virtudes, a quien la Filosofía no pudo igualar con sus deseos. En definitiva, es menor lo que aquella fingió que lo que este realizó, y mayor el simple testimonio de la verdad que la ambiciosa mentira de la

elocuencia. Así que consideremos qué tipo de devoción había en ese hombre. Porque esa virtud es la primera en orden, que es el fundamento de las demás: y con razón Dios exigió esta de él primero, diciendo: "Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre" (Gén. XII, 1). Bastaba con haber dicho de tu tierra. Pues allí estaba salir de la parentela, salir de la casa paterna: pero añadió cada una para probar su afecto, no fuera que pareciera haberlo tomado imprudentemente, o que alguna trampa se preparara para los mandatos celestiales. Pero así como los preceptos debían acumularse para que nada quedara oculto, también debían proponerse las recompensas, no fuera que desesperara. Es probado como fuerte, incitado como fiel, provocado como justo, y con razón salió como el Señor le había dicho.

4. Y salió con él Lot (Gén. XII, 4). Pero esto que se celebra como grande entre los dichos de los siete Sabios "ἔπρου Θεῶν", es decir, sigue a Dios, lo realizó Abraham, y con su hecho superó los dichos de los Sabios, y siguiendo a Dios salió de su tierra. Pero como antes su tierra había sido otra, es decir, la región de los caldeos de la que salió Taré, padre de Abraham, y emigró a Carras; y porque sacó consigo a su sobrino, a quien se le había dicho: "Sal de tu parentela"; consideremos si esto es salir de la tierra de esta tierra, es decir, salir de una cierta morada de nuestro cuerpo, de la que salió Pablo, quien dijo: "Nuestra conversación está en los cielos" (Filip. III, 10); y de las seducciones y deleites corporales que llamó como parientes de nuestra alma, que necesariamente debe compadecerse del cuerpo, mientras está atada a él por el vínculo. Por lo tanto, debemos salir de la conversación terrena, y de los placeres seculares y de las costumbres y actos de la vida anterior; para que no solo cambiemos de lugar, sino también a nosotros mismos. Si deseamos adherirnos a Cristo, abandonemos las cosas corruptibles. Pero las cosas corruptibles en nosotros son la carne, el deleite, la voz sujeta a las pasiones corporales. Por voz entendemos las pasiones. Por lo tanto, dado que nuestra alma es "διμερής", es decir, bipartita, y tiene lo racional y lo irracional, que se divide por la carne y las seducciones del deleite corporal, y las demás pasiones del cuerpo: quien es un hombre justo debe separar y segregar lo racional de su alma de lo irracional. Esto es salir de Carras, como de ciertas cavernas, y salir de escondites y refugios. Esconderse es tener una conciencia criminal. Y nosotros también, siguiendo a Abraham, salgamos de los escondites. Porque si somos hijos de Abraham, hagamos las obras de Abraham; para que nuestras obras brillen ante Dios y ante los hombres. El justo dice sus obras al rey: el pecador se oculta a sí mismo, como Adán quería ocultarse, pero no podía esconderse. Así que Abraham obedeció el mandato, y no se registra que hubiera ninguna demora.

5. Salió y recorrió la tierra hasta Siquem (Gén. XII, 6), que en latín se interpreta como hombro o cuello, por los cuales entendemos la ejecución de la obra prescrita. Pues también más adelante tenemos escrito: "Puso su hombro para trabajar" (Gén. XLIX, 15). Por lo tanto, advertimos que a través de la figura de los lugares se expresa que el santo Abraham no solo probó su devoción con el estudio, sino también con la eficacia fructuosa, por la cual llegó hasta el encinar. En ese lugar se le apareció el Señor, y le dijo: "A tu descendencia daré esta tierra" (Gén. XII, 7). Observa cómo con una promesa frecuente lo instruye y forma como si aún fuera débil; y él mismo, recordando su propia memoria, lo atribuye todo a Dios, no reclama nada para sí. Por eso también edificó un altar al Dios que se le apareció; y de allí se trasladó a la montaña al oriente de Betel (Gén. XII, 8), deseando ver al sol de justicia que aún se levantaba para él. Por eso no colocó su tienda en los valles, sino en la montaña, porque Dios es de las montañas, no de los valles.

6. E invocó el nombre del Señor (Gén. XII, 8). Donde está Betel, es decir, la casa de Dios, allí también está el altar: donde está el altar, allí también está la invocación de nuestro Dios. Y no sin razón tuvo tales progresos, porque esperaba que Dios le fuera de ayuda. El atleta de Dios es ejercitado y probado por las adversidades: fue al desierto, cayó en hambre, descendió a

Egipto. Había descubierto que en Egipto la juventud era lasciva, la lujuria desenfrenada, la intemperancia de los placeres. Advertía que entre tales hombres la castidad de su esposa estaría en peligro, y que la belleza de su esposa sería un peligro para él: advirtió a su esposa que se dijera hermana. Por lo cual se enseña que no se debe buscar demasiado la belleza de la esposa, que suele ser causa de muerte para el marido. No es tanto la belleza de la mujer, sino su virtud y gravedad lo que deleita al hombre. Quien busca la dulzura del matrimonio, no debe aspirar a una superior en rango, que no esté sujeta a las necesidades maritales: si no está adornada con joyas, sino con modales. A menudo ofende al hombre si la esposa se sabe más noble. Estas son cosas cercanas al orgullo. Sara no era más rica en bienes, ni más espléndida en linaje; por eso no consideraba al marido inferior, por eso lo amaba como igual en gracia, por eso no fue retenida por la riqueza, ni por los padres, ni por los parientes, sino que seguía a su propio marido a donde fuera: fue a tierras extranjeras, se declaró su hermana, contenta si era necesario arriesgar su pudor, que la seguridad de su marido. Para proteger a su marido, mintió sobre su parentesco; para que los insidiosos de su pudor no mataran al marido como rival y vengador de su esposa. Finalmente, tan pronto como los egipcios la vieron, admiraron que era muy hermosa, la llevaron a su rey, y trataron bien a Abraham, como hermano de la que había agradado al rey, honrándolo.

7. Pero el Señor afligió a Faraón con grandes y severas aflicciones, y a su casa por causa de Sara, esposa de Abraham (Gén. XII, 17). Gran testimonio y lección de la castidad que debe guardarse. Un pasaje tan exhortador, que cada uno debe mostrarse casto, no desear el lecho ajeno, ni ser incitado por la esperanza de ocultarse, o por la impunidad de hacerlo, a acosar a la esposa ajena, no ser provocado por la negligencia o la estupidez del marido, o por su larga ausencia. Está presente el protector del matrimonio, Dios, a quien nada se le oculta, nadie escapa, nadie se burla: protege la parte del marido ausente, guarda las vigiliadas, o más bien sin vigiliadas descubre al culpable antes de que haga lo que ha planeado; reconoce el crimen en las almas de cada uno, en las mentes de todos. Y si engañas al marido adúltero, no engañas a Dios: y si escapas del marido, y si burlas al juez del foro, no escapas del juez de todo el mundo. Él castiga más gravemente la injuria del pobre, la afrenta del marido imprudente. Porque es mayor injuria despreciar y no considerar al autor que al guardián del lecho.

8. Incluso el Faraón, aunque rey de los egipcios, a quien la insolencia del poder real ensoberbecía y la lascivia y el lujo de Egipto apartaban del estudio de la castidad, llamó a Abraham y lo reprendió diciendo: "¿Qué me has hecho? ¿Por qué no me dijiste que era tu esposa, sino que dijiste que era tu hermana, y la tomé por esposa? Y ahora, aquí está tu esposa delante de ti" (Ibid., 18, y 19). Aunque por naturaleza era feroz y bárbaro, sin embargo, indica que incluso entre los extranjeros y bárbaros hay preocupación por la modestia, y que el crimen de adulterio debe evitarse incluso para ellos. Quien alega ignorancia, condena la intemperancia. No es de extrañar que un bárbaro conozca la ley de la naturaleza: los animales mudos, que no están sujetos a leyes, son, sin embargo, algunos que no solo guardan fidelidad a sus parejas, sino que también custodian la castidad de un solo apareamiento. Así, la ley de la naturaleza es mayor que la prescripción de las leyes. No es de extrañar, entonces, que este rey egipcio temiera a Dios, quien no temía al hombre, y pagara la pena del adulterio, aunque no estaba sujeto a ninguna ley: y tan pronto como supo que era la esposa de otro, no solo la devolvió a su marido, sino que también le dio escoltas para que lo condujeran, para que nadie del pueblo bárbaro infligiera violencia ni al patrimonio del hombre ni al pudor de su esposa.

9. Este es un lugar muy hermoso para incitar al estudio de la devoción, porque quien sigue a Dios siempre está seguro. Y por eso debemos preferir a Dios sobre todo, ni la consideración

de la patria, ni el favor de los padres e hijos, ni la contemplación de la esposa deben apartarnos de la ejecución de los preceptos celestiales; porque Dios nos concede todas esas cosas y es poderoso para conservar lo que da. Así, el gran ejemplo de devoción de Abraham, que descendió a Egipto con su hermosa esposa. Ciertamente, el hombre justo tenía cuidado de la castidad conyugal, pero su mayor empeño era apresurar la devoción, para que no pareciera haber preferido la custodia del lecho a los mandatos celestiales. Así, porque por Dios despreciaba todo, recibió de Dios todo multiplicado: pero Dios primero otorgó la recompensa de la castidad, que sabía que era grata a su esposa. Pues porque en el afán de cumplir el oráculo celestial también puso en peligro el pudor de su esposa, defendió la castidad del matrimonio.

CAPÍTULO III.

De las demás virtudes de Abraham, a saber, de su prudencia en resolver las causas de disputas, justicia en la división, donde también se trata de la imprudencia de Lot al preferir lo agradable a lo útil, y su castigo: luego del amor del tío hacia él, piedad hacia Dios, continencia en la victoria, y elección de la recompensa propuesta por Dios; y finalmente de la promesa recibida de la futura posteridad y del nacimiento de Cristo.

10. La devoción, por tanto, se reivindicó a sí misma en primer lugar con justo orden. Veamos también la gracia de las demás virtudes. El santo Abraham se deleitaba con la presencia de su sobrino, a quien mostraba afecto paternal. Surgió una disputa entre los siervos del sobrino y del tío. El más prudente advirtió que las disensiones de los siervos solían romper la concordia de los señores, cortó la raíz de la discordia, para que la infección no se extendiera. Consideró más tolerable que se separara la unión, que romper la gracia. Lo que debes hacer si acaso te encuentras con algo de este tipo, para que elimines la semilla de la disensión. Pues no eres más fuerte que Abraham. Él consideró que las disputas de los siervos debían evitarse, no despreciarse. Y si tú eres más fuerte, cuídate de que el otro no sea más débil y preste oído a los susurros de los siervos. Frecuentemente, los siervos indivisos siembran discordia entre los padres. Divide mejor, para que permanezca la amistad. Una casa indivisa no soporta a dos. ¿No es mejor emigrar con gracia, que cohabitar con discordia?

11. El Patriarca también enseña cómo debe ser la división. El más fuerte divide, el más débil elige, para que no tenga de qué quejarse. No podrá calumniar la parte de su elección. No hay ocasión de retractarse para quien se le da la opción de elegir, ni el divisor se ve agraviado. Pues cuanto más prudente, más cauteloso; para que ni en la división sea engañado, ni en la elección defraudado.

12. Abraham dividió, porque la tierra no podía soportarlos juntos, dijo, porque eran demasiado ricos. Es un vicio secular que la tierra no soporte a los ricos. Pues nada es suficiente para la codicia de los ricos. Cuanto más rico es alguien, más ávido es de poseer. Desea extender los límites de su campo y excluir al vecino. ¿Acaso Abraham era de este tipo? En absoluto, aunque al principio él mismo era más imperfecto. ¿De dónde la perfección antes de la venida de Cristo? Aún no había venido quien dijera: "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven, sígueme" (Mat. XIX, 21). Sin embargo, como no era avaro, ofrece la elección, como justo corta la disensión. No haya, dice, disputa entre mí y tú, y entre mis pastores y tus pastores, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra delante de ti? Apártate de mí: si vas a la izquierda, yo iré a la derecha; o si vas a la derecha, yo iré a la izquierda (Gen. XIII, 8 y ss.).

13. Y Lot alzó los ojos y eligió la región regada del Jordán, porque toda ella estaba regada, y era como el paraíso de Dios. A menudo las posesiones hereditarias son de diferentes tipos, algunas más útiles, otras más agradables. No son segundas en la porción. Pues comienza a disminuir el mérito de cada una. Pero si no pueden convenir en partes de las más útiles, que se comparen las agradables con las útiles. Los ingenios de los hombres son diversos: a unos les deleitan las cosas útiles, a otros las agradables. El más débil elige las más agradables, desprecia las útiles. A veces el administrador es útil, o el encargado del campo se prefiere al urbano. Si el elector es insensato, elige al cocinero o al cantante que considera de gracia más encantadora, rechaza al más útil. A menudo, incluso donde los frutos no son desiguales, el más prudente declina las más agradables. Pronto provocan envidia, pronto excitan en sí la mente del avaro. Sin embargo, la Escritura no dice nada sobre que una parte fuera más útil y la otra más agradable; para que no pareciera que Abraham había captado la atención del joven con su afán. Describió una parte agradable, no añadió otra más útil. Era necesario que de toda la región hiciera dos partes: luego dividía en presencia, no en ausencia. Una región no podía contener a ambos. Lo que pudo ser de suma justicia, ofreció la elección.

14. Lot eligió lo agradable, que pronto atrajo la atención de los ladrones. De ahí la guerra entre los reyes, la victoria de los adversarios, la cautividad de los habitantes. Así, Lot también pagó el precio de su consejo más débil, engañado no por la infertilidad de las tierras, sino por la envidia de la amenidad, para que él mismo también fuera llevado cautivo; porque por el vicio de la malicia servil se había apartado del mejor, y había elegido la parte de los más depravados; pues Sodoma es lujuria y lascivia. Por eso, Lot se dice en la interpretación latina declinación, porque elige los vicios quien se aparta de la virtud y se desvía de la equidad.

15. Al saberlo, Abram contó a sus siervos nacidos en casa; y con trescientos dieciocho hombres obtuvo la victoria, liberó al sobrino. Se prueba el afecto de la división, cuando amaba tanto al sobrino, que por él no evitó el peligro de la guerra. ¿Qué significa contar? Esto es, elegir. De ahí que no solo se refiera al conocimiento de Dios, sino también a la gracia de los justos, lo que en el Evangelio dijo el Señor Jesús: "Y aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados" (Luc. XII, 7). Conoció, pues, el Señor a los que son suyos: pero a los que no son suyos, no se digna conocerlos. Contó, pues, trescientos dieciocho, para que sepas que no se expresa la cantidad del número, sino el mérito de la elección. Pues admitió a aquellos que juzgó dignos del número de los fieles, que creerían en la pasión de nuestro Señor Jesucristo. Pues trescientos significa la letra griega τ, y diez y ocho expresan la suma ιη. Por el mérito de la fe, Abraham venció, no por un ejército populoso. Finalmente, aquellos a quienes las armas de cinco reyes cedieron, con pocos siervos nacidos en casa salió y triunfó.

16. Pero quien vence no debe atribuirse la victoria a sí mismo, sino atribuirla a Dios. Esto enseña Abraham, quien se hizo más humilde con el triunfo, no más soberbio. Finalmente, ofreció sacrificio, dio diezmos; y por eso Melquisedec, que en interpretación latina se llama rey de justicia, rey de paz, lo bendijo: "Era sacerdote del Dios Altísimo" (Gen. I, 18). ¿Quién es el rey de justicia, sacerdote de Dios, sino aquel a quien se dice: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (Sal. CIX, 4), esto es, el Hijo de Dios, sacerdote del Padre, quien con el sacrificio de su cuerpo propició al Padre por nuestros delitos.

17. ¿Cuánto más que no quiso tocar nada del botín de la victoria, ni tomar lo ofrecido? Pues la recepción de la recompensa disminuye el fruto del triunfo, y roe la gracia del beneficio. Pues importa mucho si has luchado por dinero o por gloria: uno se considera en lugar de mercenario, el otro se considera digno de la gloria del conservador. Con razón el santo se niega a tomar algo del botín o lo ofrecido, para que no diga quien lo dio: porque yo lo hice rico; testifica que esto solo le basta, que haya sido útil para el sustento de los jóvenes

combatientes. Alguien dirá: "Cuando él mismo venció, ¿cómo dice al rey de Sodoma, no tomaré nada de ti; cuando el botín ciertamente estaba en poder del vencedor?" Enseña la disciplina militar, para que todo se guarde para el rey. Sin embargo, a aquellos que estuvieron con él en ayuda, tal vez asociados, afirma que se les debe dar parte del beneficio como recompensa por su trabajo.

18. Y por eso, como no buscó recompensa del hombre, la recibió de Dios, como leemos escrito; porque "después de estas palabras, vino la palabra del Señor a Abram en visión diciendo: No temas, Abram, yo te protegeré, tu recompensa será muy grande" (Gen. XV, 1). El Señor no es lento para recompensar, y pronto promete, y da mucho; para que no entre en los ánimos débiles por alguna dilación el arrepentimiento de haber despreciado lo presente: y como con una cierta generosidad usuraria compensa, para que restituya más abundantemente a quien no fue capturado por la oferta de lo presente.

19. Consideremos también qué recompensa pide del mismo Señor. No pide riquezas como el avaro, ni longevidad de esta vida, como el temeroso de la muerte, ni poder; sino que busca un heredero digno de su trabajo: "¿Qué me darás?", dice, "pues yo me voy sin hijos" (Ibid., 2). Y más adelante: "porque no me has dado descendencia, mi siervo nacido en casa será mi heredero" (Ibid., 3). Aprendan, pues, los hombres a no despreciar el matrimonio, ni a unirse con desiguales; para que no tengan hijos de este tipo, que no puedan tener como herederos; para que al menos por la contemplación de transferir la herencia, si no se mueven por ninguna consideración de pudor, se esfuercen por un matrimonio digno.

20. Pero si la sentencia de Abraham no es suficiente para corregir, recibe el oráculo de Dios condenando tal herencia: "No será", dice, "este tu heredero; sino otro que saldrá de ti, él será tu heredero" (Ibid., 4). ¿A quién llama otro? Pues Agar también dio a luz un hijo, Ismael, pero no se refiere a él, sino al santo Isaac. Y por eso añadió: "Que saldrá de ti". Pues verdaderamente salió de Abraham, quien fue engendrado en matrimonio legítimo. Pero a través de Isaac, el hijo legítimo, podemos entender a aquel verdadero legítimo, el Señor Jesucristo, a quien en el principio del Evangelio según Mateo leemos como hijo de Abraham (Mat. I, 1), quien se mostró como verdadero heredero de Abraham, iluminando la sucesión del autor, por quien Abraham miró al cielo, y reconoció el esplendor de su posteridad no menos ilustre que el brillo de las estrellas celestiales. Pues como una estrella difiere de otra en claridad, así también es la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 41), dice el Apóstol. Porque al otorgar la comunión de su resurrección, hizo partícipes del reino celestial a los hombres que la muerte solía ocultar en la tierra.

21. ¿Y cómo se difundió la descendencia de Abraham, sino por la herencia de la fe, por la cual nos comparamos con el cielo, nos igualamos a los ángeles, nos igualamos a las estrellas? Por eso dice: "Así será tu descendencia". Y Abraham creyó a Dios (Gen. XV, 6). ¿Qué creyó? Que Cristo sería su heredero a través de la ascensión del cuerpo. Para que sepas que esto creyó, el Señor dice: "Abraham vio mi día, y se alegró" (Juan VII, 56). Por eso le fue contado por justicia, porque no buscó razón, sino que creyó con la fe más pronta. Es bueno que la fe preceda a la razón; para que no parezca que exigimos razón a nuestro Señor Dios como si fuera un hombre. Pues qué indigno es que creamos en los testimonios humanos sobre otro, y no creamos en los oráculos de Dios sobre sí mismo. Imitemos, pues, a Abraham, para que seamos herederos de la tierra por la justicia de la fe, por la cual él fue hecho heredero del mundo.

CAPÍTULO IV.

Abraham es defendido del crimen de adulterio por haber tenido un hijo con una esclava: a saber, que no estaba exento de la fragilidad humana, y que entonces apenas había dejado las supersticiones de los caldeos: luego que no pecó contra la ley, ya que aún no había sido promulgada: después que no fue inducido por lujuria, sino por amor a la descendencia; donde se discute mucho contra el adulterio: finalmente se defiende que ese mismo misterio no fue pecado. Al final se pregunta si era apropiado instituir la circuncisión para luego revocarla, y que contiene en sí misma el mínimo de perfección.

22. Pero tal vez alguien diga: ¿Cómo propones a Abraham para que lo imitemos, cuando tuvo un hijo con una esclava? ¿O qué significa esto, que un hombre tan grande fue susceptible a este error, cuyas obras admiramos tanto? Y por eso, para que no parezca que hemos evitado este lugar que muchos consideran peligroso, como hacen los navegantes, es nuestro deseo explicar su razón. No niego que Abraham tuvo un hijo con una esclava; para que reconozcas que Abraham no era de una naturaleza y sustancia superior, sino uno del número y fragilidad de todos los hombres. De hecho, fue llamado de la región de los caldeos, a quienes se les conoce por estar más dedicados a la superstición vana que otros; y por eso encontró mayor gracia ante Dios, porque renunció a lo anterior, se extendió hacia lo que estaba delante, para seguir a Dios. Pues se te propone como ejemplo, para que también tú adviertas que si renuncias a los pecados, puedes merecer la misericordia del Señor.

23. Sin embargo, puede inquietar a algunos que ya hablaba con Dios, y entró a la esclava, como está escrito: Porque Sara dijo a Abram: "He aquí que el Señor me ha cerrado el vientre para que no tenga hijos: entra, pues, a mi esclava, para que tengas hijos de ella" (Gen. XVI, 2; 32, q. 4, c. Dixit Sara). Y así fue hecho. Pero consideremos, primero, que Abraham fue antes de la ley de Moisés, y antes del Evangelio: aún no se había prohibido el adulterio. La pena del crimen es desde el tiempo de la ley, que prohibió el crimen: ni antes de la ley hay condena de la cosa; sino desde la ley. Por tanto, Abraham no pecó contra la ley, sino que la anticipó. Dios en el paraíso, aunque alabó el matrimonio (Gen. I, 28), no había condenado el adulterio. Pues no quiere la muerte del pecador, y por eso promete lo que es de premio: lo que es de pena, no lo exige. Prefiere atraer con cosas suaves, que asustar con cosas más severas. Y tú pecaste cuando eras gentil, tienes excusa: viniste a la Iglesia, escuchaste la ley: "No cometerás adulterio" (Éxodo XX, 14), ya no tienes excusa para el delito. Sin embargo, como mi discurso es para aquellos que han dado su nombre a la gracia del bautismo, si alguien ha cometido un crimen tan grande, sepa que se le debe otorgar perdón; pero que sepa que debe abstenerse en adelante. Finalmente, a aquella adúltera que los escribas y fariseos presentaron en el Evangelio, el Señor le perdonó lo anterior, pero le dijo: "Vete, y no peques más" (Juan VIII, 11). Lo que le dice a ella, te lo dice a ti. Cometiste adulterio como gentil, lo hiciste como catecúmeno? Se te perdona, se te remite por el bautismo. Vete, y después de esto no peques. Tienes una defensa de Abraham.

24. La segunda es que no fue encendido por el ardor de una lujuria vaga, no cautivado por el encanto de una forma petulante, no prefirió la compañía de la esclava al lecho conyugal, sino por el deseo de buscar posteridad y propagar descendencia. Aún después del diluvio, había escasez de la raza humana: también había preocupación religiosa, para que nadie pareciera no haber devuelto lo debido a la naturaleza. Finalmente, las hijas del santo Lot tuvieron esta causa de buscar posteridad, para que no se extinguiera la raza humana; y por eso, por la gracia del deber público, se excusó la culpa privada. No es irrelevante que la esposa sea inducida como autora del hecho; para que se excuse al marido, para que no se crea que fue llevado por un error vago: al mismo tiempo, para que las mujeres aprendan a amar a sus maridos, y no se agiten con la vana sospecha de concubinato, ni envidien a los hijastros, si ellas mismas no han tenido hijos. A la buena esposa le preocupaba excusar ante su marido su

esterilidad; y para que no fuera causa de que él no tuviera hijos, le aconseja que entre a la esclava. Esto hizo Lía, esto hizo Raquel después. Aprende, mujer, a deponer el celo, que a menudo incita a las mujeres al furor.

25. Pero también os advierto, hombres, especialmente a los que se dirigen a la gracia del Señor, que no os mezcléis con un cuerpo adúltero (pues el que se une a una ramera es un solo cuerpo con ella) ni deis esta ocasión de divorcio a las mujeres. Nadie se engañe con las leyes de los hombres. Todo estupro es adulterio, ni al hombre le es lícito lo que a la mujer no le es lícito. La misma castidad se debe del hombre, que de la esposa. Todo lo que se cometa con quien no sea esposa legítima, se condena con el crimen de adulterio. Por tanto, habéis advertido lo que debéis evitar, para que nadie se muestre indigno de los sacramentos.

26. Recibid también otra enseñanza, pues tal intemperancia disuelve la caridad del matrimonio, hace a las siervas altivas, a las esposas iracundas, a los cónyuges discordantes, a las concubinas insolentes, a los maridos desvergonzados. Tan pronto como la sierva concibe del señor, desprecia a su señora como si fuera más rica por el parto: la señora se duele de ser despreciada, acusa al marido de ser el autor de sus injurias. Finalmente, la misma Sara había dado a su marido poder sobre su sierva, y después le dice: "Recibo injuria de ti: yo di mi sierva en tu seno; pero cuando vio que había concebido, fui despreciada por ella: juzgue Dios entre tú y yo" (Gén. XVI, 5). Cuánto dolor, cuán grave es la queja de las mujeres, se expone en la lectura. Da un marido imprudente y ligero que no sepa moderarse, y presenta causas de divorcio. Pero Abraham, hombre moderado y prudente, dice: "He aquí tu sierva en tus manos, úsala como te plazca" (Ibid., 6). Prefirió, en efecto, mantener a su esposa que a la sierva. Sin embargo, esto no fue un remedio completo. La esposa enojada recibió el poder y usó la venganza de manera desmedida. Si Sara no mantuvo la moderación, ¿quién lo hará? Por eso está escrito: "Y Sara la afligió, y ella huyó de su presencia" (Ibid.). La Escritura comprende dos cosas: para expresar la grave indignación de la señora y el orgullo y soberbia de la sierva. Que Sara la afligió se refiere a la ira de quien aflige; que Agar huyó, no soportaba la afrenta con paciencia servil, quien se atribuía la dignidad de la compañía de su señora: se indignó por la injuria, quien había asumido la insolencia. Finalmente, al ángel que le preguntó a dónde iba, respondió: "Huyo de la presencia de Sara, mi señora" (Ibid., 8). Y esto es de un orgullo desmedido, al decir primero el nombre de Sara y después referirse a ella como señora. Lo primero se dijo como injuria, lo segundo se añadió para expresar la persona. No agradó al ángel la insolencia de la sierva; y por eso le dijo: "Vuelve a tu señora" (Ibid., 9). Sin duda, el ángel no habría ignorado si hubiera huido vencida por la fuerza de los castigos, y más bien habría reprendido la crueldad de quien golpeaba que la huida de quien escapaba: pero para mostrar que huía como altiva, para que no fuera altiva con su señora, añadió: "Y humíllate bajo sus manos" (Ibid.). Deseo, por tanto, que nadie caiga en este vicio: pero si alguien cae, aprenda a humillar a su sierva ante su esposa; no sea que, al querer vindicar a la sierva, excluya a la esposa.

27. Así pues, Abraham era uno del pueblo gentil, y por causa de la posteridad se unió a la sierva; porque su esposa, deseando ocultar su esterilidad, había sido la autora de ese hecho para su marido: y sin embargo, no es ocioso que después de esto Dios inmediatamente, para probar sus otras obras o el arrepentimiento de este hecho, le dijera: "Yo soy tu Dios, camina en mi presencia y sé perfecto" (Gén. XVII, 1), como si aún no hubiera merecido plenamente, quien desesperaba del parto de su esposa estéril y buscaba posteridad de la sierva. "Sé perfecto", dice, esto es, irreprochable; para que tu esposa no se queje de ti, ni nadie reprenda tus hechos. Cambia su nombre, añadiendo una letra, para que de Abram se llame Abraham, esto es, de padre vano, como tiene la interpretación latina, se llame padre sublime, padre

elegido; o de padre se convierta en padre de hijo. Era vano cuando no conocía a Dios: se hizo elegido después de conocer a Dios. Era padre cuando tenía descendencia de la sierva: pero no era padre de hijo; porque no tenía hijo, quien no había sido concebido en legítimo matrimonio. Sara dio a luz, y se convirtió en padre de hijo. Se le ordena circuncidarse para recibir la herencia de la verdadera descendencia. ¿No es evidente que la circuncisión de la carne es un precepto de castidad, para que alguien corte la lujuria de la carne y refrene los deseos indomables por el lujo y la lascivia? En efecto, con el término circuncisión se prescribe que se limpie toda impureza y se quite el incentivo de la lujuria. Hemos usado dos defensas.

28. También hay una tercera que nos otorga la autoridad del apóstol Pablo, quien dice: Lo que hizo Abraham al engendrar descendencia de la sierva, se hizo en figura y se dijo según alegoría. La alegoría es cuando se hace una cosa y se figura otra; como también el mismo apóstol enseña diciendo: "¿Queréis estar bajo la ley, no habéis leído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva y otro de la libre; pero el de la sierva nació según la carne: el de la libre por la promesa: lo cual se dice por alegoría. Porque estas son dos alianzas: una ciertamente del monte Sinaí que engendra para servidumbre, que es Agar" (Gál. IV, 21 y ss.), mostrando dos pueblos que manan de la generación de Abraham: uno de los judíos, que sirve a las letras de la ley; porque parece ser engendrado de la sierva para servidumbre: otro cristiano, que ha recibido la libertad de la gracia celestial para la remisión de los pecados. Lo que crees que es pecado, adviertes que es un misterio, por el cual se revelaban las cosas que habrían de suceder en tiempos posteriores. Finalmente, añadió: "Vosotros, hermanos, sois hijos de la promesa según Isaac" (Gál. IV, 28). Por eso, dice, no busquéis las obras de la ley; porque el hombre no se justifica por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo (Gál. II, 16). Y para que sepas que lo dijo a los cristianos: "Y nosotros", dice, "creemos en Cristo Jesús; para que seamos justificados por la fe de Cristo, y no por las obras de la ley" (Ibid.). Reconozcamos, por tanto, que estas cosas que sucedían en figura, no eran crimen para ellos: pero lo serán para nosotros si no queremos evitar lo que fue escrito para nuestra corrección: sino que más bien actuemos de modo que, siendo hijos de la libre, que es Sara, no sirvamos a los lazos de la ley, cuando Abraham mantuvo a la libre y expulsó a la sierva.

29. Sé que muchos se sienten perturbados por este lugar (Gén. XVII, 10): si la circuncisión es buena, debería mantenerse hoy; si es inútil, no debería haberse mandado, especialmente por un oráculo divino. Pero cuando el apóstol Pablo dijo (Rom. IV, 11): "Porque Abraham recibió el signo de la circuncisión": ciertamente el signo no es la cosa misma, sino de otra cosa, esto es, no la verdad, sino el indicio de la verdad. Finalmente, él mismo lo expuso y expresó diciendo (Ibid.): "Recibió el signo de la circuncisión, sello de la justicia y de la fe". Por lo cual no entendemos incongruentemente que la circuncisión corporal es signo de la circuncisión espiritual. Por tanto, el signo permaneció hasta que llegara la verdad. Vino el Señor Jesús, quien dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6). Porque no circuncidó una pequeña parte del cuerpo en el signo, sino que circuncidó todo el hombre en la verdad, quitó el signo, introdujo la verdad; porque después de que vino lo perfecto, lo que era en parte fue evacuado; y por eso cesó la circuncisión de la parte, donde resplandeció la circuncisión de la totalidad. Ya no se salva el hombre en parte, sino todo el hombre en cuerpo, se salva en alma. Porque está escrito: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mat. XVI, 24). Esta es la perfección de la circuncisión; porque por la oblación del cuerpo se redime el alma, de la cual el mismo Señor dijo: "El que pierda su alma por mí, la encontrará" (Luc. IX, 24).

30. Resta ahora esa parte de la cuestión, si debía preceder la parte, cuando iba a venir la perfección. Este lugar es fácil de diluir, si consideramos a quiénes se mandó la parte, a quiénes se reservó la perfección. Porque la parte fue mandada según la ley al pueblo de los judíos, a aquel de dura cerviz, a aquel débil, a aquel que no conoció a su Dios. Entonces, si no pudo soportar la parte, ¿cómo podría guardar la perfección? Como si quisieras instruir a un niño en las letras, debes comenzar con cada uno de los elementos de las letras, para llevarlo ordenadamente de las letras a las sílabas, de las sílabas a los nombres y al discurso. Y nadie puede navegar en el mar sin temor, a menos que antes haya navegado en los ríos. Finalmente, si deseas encomendar a un niño o a un adulto algo de un viaje o de un alivio de carga, ¿acaso deben igualarse las cargas o el trabajo? Así, pues, debes saber que la perfección de la circuncisión se ha reservado para aquellos que, instruidos por Cristo, parecieran aptos para cosas más fuertes; para que se prueben fieles, cuya multitud innumerable llevaría la cruz; y dedicaría su alma por Cristo, y los incrédulos no podrían resistir, quienes en la inmólación de todo el cuerpo creyeran encontrar la salvación, quienes consideraran que la pequeña sangre de su circuncisión era salvadora.

31. Sin embargo, debe considerarse que Dios lo llamó en el prepucio, y al que aún permanecía en el prepucio se le prometió la herencia de un hijo legítimo; para que no creas que es solo el padre de los judíos, como ellos afirman, sino el autor de todos los creyentes por la fe. Sara también, antes de la circuncisión de su marido, es bendecida con la adición de una letra, con una no pequeña recompensa, para que tuviera el principado de la virtud y la gracia; de la cual promete que naciones y reyes de pueblos surgirán, para que en ella se establezca el tipo no de la Sinagoga, sino de la Iglesia. Y que al hijo prometido de ella, Abraham rió, no fue indicio de incredulidad, sino de exultación. Finalmente, se postró en el rostro, quien adoró, y creyó, y añadió: "¿Nacerá un hijo a un hombre de cien años, y parirá Sara de noventa años?" Y dijo: "Que Ismael viva delante de ti" (Gén. XVII, 17 y 18). No es incrédulo en las promesas, ni avaro en los deseos. Esto es, no dudo que hagas, que dones un hijo al anciano de cien años, y que el autor de la naturaleza relajés los límites de la naturaleza. Bienaventurado aquel a quien se le conceden estas cosas: pero sin embargo, también este Ismael que tengo de la sierva, si vive delante de ti, me basta la gracia. Finalmente, el Señor aprobó su afecto, no negó su petición, y afirmó sus promesas.

CAPÍTULO V.

Sobre la hospitalidad de Abraham al explorar la llegada de los huéspedes y apresurarse a su encuentro. Se encomia esta virtud y se disuelve la vana excusa de algunos. ¿Cuán diligente se mostró el mismo santo en ella y cómo incluyó a su esposa en el mérito? ¿Qué significan mística los ofrecimientos de ambos? Finalmente, la promesa de un hijo hecha a Abraham mientras servía, así como la risa de Sara, se expone.

32. Hemos hablado de la devoción y fe de Abraham, de su prudencia, justicia, caridad, y parsimonia: ahora también hablemos de la hospitalidad. Es, en efecto, una virtud no menor. Por eso, el Apóstol enseñó con autoridad de doble escritura que debe estar principalmente en el obispo; para que esté presente a los que llegan, y salga al encuentro, y explore los caminos, y esté presente a los que no buscan, y arrebaté a los que pasan de largo. Abraham estaba sentado ante la puerta, estaba sentado al mediodía. Cuando otros descansaban, él exploraba la llegada de los huéspedes. Merecidamente Dios se le apareció en el encinar de Mambré, porque buscaba con gran diligencia el fruto de la hospitalidad.

33. Y mirando, dice, con los ojos vio, y he aquí tres hombres estaban junto a él. Y cuando los vio, corrió a su encuentro (Gén. XVIII, 2). Ve primero el misterio de la fe. Dios se le

apareció, y vio a tres. A quien Dios resplandece, ve la Trinidad, no recibe al Padre sin el Hijo, ni confiesa al Hijo sin el Espíritu Santo. Esto se trata más plenamente en otro lugar (En el libro de la Resurrección de la carne). Ahora el propósito es seguir el lugar moral. No está ocioso quien mira de lejos: ni contento con haber mirado, corrió a su encuentro. Se apresuró a encontrarse, porque no basta hacer bien, si no también apresurarse a lo que haces. Porque la ley manda comer la pascua apresuradamente (Éxodo XII, 11). Porque la devoción apresurada tiene frutos más abundantes. Aprende, pues, cuán diligente debes ser, para que puedas anticiparte al huésped; no sea que alguien te anticipe y te prive de la abundancia de un buen don.

34. Buena es la hospitalidad, tiene su recompensa, primero de la gracia humana, luego, lo que es mayor, de la remuneración divina. Todos en este exilio somos huéspedes; pues tenemos hospedaje para habitar por un tiempo: emigramos rápidamente. Cuidémonos de que si somos duros o negligentes en recibir huéspedes, también a nosotros, después del curso de esta vida, se nos nieguen los hospedajes de los santos. Por eso en el Evangelio el Salvador dice: "Haced amigos con las riquezas injustas, para que os reciban en sus eternas moradas" (Luc. XVI, 9). Además, también en este cuerpo a menudo surge la necesidad de peregrinar. Lo que niegues a otros, eso mismo decretas para ti: y lo que llesves a otros, con eso te harás digno de ser visto. Si todos siguieran esa sentencia de no recibir huéspedes, ¿dónde estaría el descanso para los peregrinos? Dejadas, pues, las moradas humanas, buscaríamos los retiros de las fieras, las guaridas de las bestias.

35. Pero presentas la pobreza. No busca el huésped riquezas de ti, sino gracia; no un banquete adornado, sino comida sencilla. "Mejor es", dice, "la hospitalidad con verduras para la amistad y la gracia, que si matas terneros en los pesebres con enemistades" (Prov. XV, 17). Esto es grato a los hombres y acepto a Dios. Por eso el Señor Jesús en el Evangelio (Mat. X, 42) afirma que quienquiera que dé al huésped un vaso de agua fría, no quedará sin la recompensa de los premios celestiales. Finalmente, Jacob dio de beber a las ovejas de Raquel, y halló gracia, y adquirió esposa. Además, ¿cómo sabes si recibes a Dios, cuando piensas que es un huésped? Abraham, mientras ofrece hospitalidad a los peregrinos, recibió a Dios y a sus ángeles en su hospitalidad: aunque también cuando recibes a un huésped, recibes a Dios, como lees en el Evangelio, diciendo el Señor Jesús: "Fui huésped, y me recogisteis... Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mat. XXV, 35 y 40). Por una hora de hospitalidad, aquella viuda que recibió a Elías y lo alimentó con escasa comida, encontró alimento perpetuo durante todo el tiempo de hambre, y recibió una recompensa maravillosa, de modo que nunca faltó harina en la tinaja. También Eliseo, con la resurrección del hijo del difunto, pagó la pensión de la hospitalidad.

36. Sin embargo, no solo se busca la facilidad de la recepción, sino también la diligencia del receptor y el afecto. Abraham te enseña ambos. Corrió a su encuentro, rogó primero diciendo: "Señor, si he hallado gracia ante tí, no pases de largo a tu siervo: tómese un poco de agua, y lávense vuestros pies, y descansad bajo el árbol: y tomaré pan, y comed, y después pasaréis: porque habéis venido a vuestro siervo" (Gén. XVIII, 3 y ss.). Vio a tres, y llamó a uno Señor, solo de él se confiesa siervo. Luego, volviéndose a los dos que consideraba ministros, también a ellos desea ofrecerles servicio, ya no obligado por el derecho debido de servidumbre, sino con el nombre amable de diligencia y el uso del servicio.

37. Y Abraham se apresuró al tabernáculo hacia Sara, y le dijo: "Apresúrate y amasa tres medidas de flor de harina, y haz tortas bajo la ceniza" (Ibid., 6). Un buen marido no permite que su esposa quede excluida del mérito religioso, ni avaramente usurpa todo el mérito para sí. Por tanto, se guarda por causa de la piedad y la modestia. Lo que es de piedad, quiere que

sea común: lo que es de pudor, permanece íntegro para Sara. Fuera del tabernáculo, el marido explora la llegada de los huéspedes: dentro del tabernáculo, Sara guarda la modestia femenina y ejerce con seguridad las labores femeninas. Fuera, el marido invita, dentro, Sara adorna el banquete. Y no solo Abraham se apresura, sino que también dijo a su esposa que se apresurara, mostrando que es compañera de devoción, ni diferente en la fe.

38. "Amasa", dice, "tres medidas de flor de harina, y haz tortas bajo la ceniza". En griego se llaman ἐγκρύφια, esto es, ocultas; porque todo misterio debe estar oculto, y como cubierto por un fiel silencio, para que no se divulgue temerariamente a oídos profanos. De este modo se alimenta la majestad divina, de este afecto se deleita, quien es parco en hablar, y no lleva los sagrados misterios al público. Brevemente, Sara enseña el misterio de la fe, haciendo tres medidas de una flor de harina, que tiene el tipo de la Iglesia a la que se dice: "Alégrate, estéril, que no das a luz: rompe y clama, que no tienes dolores de parto" (Isaías LIV, 1). Esta es la que en el espíritu íntimo fomenta la fe, afirmando la Trinidad de la misma divinidad, adorando con una cierta medida y reverencia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y celebrando con la unidad de la majestad, distinguiendo con la propiedad de las personas, con esta afirmación de tu devoción consagra tu fe.

39. La mujer ofrezca la flor de harina, esto es, las interioridades del grano espiritual o de aquel grano del que se dijo que si no cae en tierra, no da fruto. Por eso, María fue la primera en ver el misterio de la resurrección del Señor, y se apresuró a no comunicar el mensaje de la salvación sagrada a todos, sino solo a Pedro y a Juan. El hombre corra hacia los bueyes, tome el ternero, y con diligente estudio reciba el sacramento de la pasión del Señor, no con ocio lento, y lo entregue al niño que conserve la inocencia de la tierna edad, que no conozca el engaño, que no sepa mentir, que guarde la castidad del cuerpo incorrupto. De quien dijo el Señor Jesús: "Si no os convertís y os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. XVIII, 3). A este niño y a los semejantes a él, también el santo David dispensa el oficio de la alabanza divina diciendo: "Alabad, siervos, al Señor" (Sal. CXII, 1).

40. Tampoco es ocioso que corriera hacia los bueyes, tomara un ternero tierno y bueno, y lo sirviera con leche. Finalmente, también en el Éxodo, cuando Moisés declaraba la pascua del Señor, dijo: "El cordero será sin mancha, puro, perfecto, de un año, macho, de las ovejas y de las cabras. Lo tomaréis y lo mataréis, dice, toda la multitud de la sinagoga al atardecer" (Éxodo XII, 5). Por eso aquí se describe que es mediodía, cuando Abraham ofrece hospitalidad al Señor. Pero el ternero se inmola para la cena, y se come con leche, esto es, no en sangre, sino con la pureza de la fe. Buen ternero, como quien lava los pecados. Tierno, porque no de dura cerviz, sino que reconoció el yugo de la ley con cuello blando, no rechazó el patíbulo de la cruz. Y mercedamente tierno, de cuya cabeza y pies e interiores no quedó nada, y no se quebró hueso de él, sino que todo cedió al alimento de los comensales. Tal nos figuró la sombra de la Ley, tal nos mostró la verdad del Evangelio (Juan XIX, 36).

41. "Comieron", dice, "ellos: pero Abraham estaba de pie bajo el árbol" (Gén. XVIII, 8). Advertimos que la humildad del servicio recomienda la humildad. Abraham estaba de pie, ¿y tú ocupas la primera parte del lecho? Finalmente, esa humildad halló gracia, para que se le prometiera un hijo.

42. Y le dijo: ¿Dónde está Sara, tu esposa? Él respondió: Aquí en la tienda (Ibid., 9). ¿Acaso ignoraba el Señor, quien anuncia las futuras destrucciones de los sodomitas, dónde estaba Sara? No lo ignoraba: pero quiso enseñarnos cuánta modestia deben tener las mujeres; para que no atraigan las miradas de los huéspedes con encuentros atrevidos; que ejerzan su

servicio con decoro. Abraham también te hace saber que Sara permanece en la tienda; para que aprendas qué debes exigir de tu esposa. Sara, ya en edad avanzada, conserva la modestia juvenil, por eso el Señor le prometió un hijo. Se había retirado, dice, a Sara la costumbre de las mujeres (Ibid., 11). No se añadió sin razón, para que no pensaras que aún tenía la posibilidad femenina de concebir.

43. Pero Sara se rió (Ibid., 10). Creo que esto es más un indicio del futuro que de incredulidad. Se rió, aunque aún no sabía de qué se reía, porque iba a dar a luz a Isaac, que sería motivo de alegría pública. Por eso negó haberse reído, porque no lo sabía: se rió porque profetizó.

CAPÍTULO VI.

Se predice a Abraham la destrucción de Sodoma, y se proclama la indulgencia divina en tolerar pecadores, examinar y perdonar pecados. Los ángeles llegan al atardecer y se hospedan con Lot. Los sodomitas acumulan crímenes con su inmenso pecado. Lot intenta mitigar su furia ofreciendo a sus hijas, pero los ángeles los hieren con ceguera. Lot es sacado, prohibido de mirar atrás, y se discute cómo esto también nos concierne. Finalmente, se excusa el incesto de las hijas con su padre, y se describen los males de la embriaguez.

44. Los hombres se levantaron y miraron hacia Sodoma y Gomorra (Ibid., 16). Así como la visita del Señor se muestra a los que le temen, también a los impíos se les retribuye con el castigo del pecado. Abraham acompañaba a los huéspedes, añadiendo atenciones a la gracia de la humanidad. Pues los sodomitas, en lugar de actos de piedad, aumentaban sus impurezas.

45. No ocultaré, dice, a Abraham, mi siervo, lo que voy a hacer (Gen. XVII, 1). La Escritura ya había señalado la avanzada edad de Abraham, pues había cumplido noventa y nueve años: ¿cómo lo llama niño? Pero al describirlo como alguien que no recordaba la vejez, un explorador incansable, rápido en la carrera, muy paciente al estar de pie, muy diligente en acompañar, ¿no parece que el nombre de niño se ajusta a sus acciones? Con razón se le llama niño, quien no conocía el hastío de la vejez, y mostraba la inocencia y obediencia de la niñez. Por lo tanto, se le otorga al justo la gracia de la bendición y la herencia de la posteridad.

46. Se expone la ofensa de los pecados. El clamor, dice, de Sodoma y Gomorra se ha llenado (Ibid., 20). Grande es la paciencia del Señor, que no castiga inmediatamente al pecador, sino que espera mucho tiempo su corrección; y no se mueve a vengarse, a menos que el pecador exceda la medida. Por eso el Señor Jesús en el Evangelio dice a los judíos: Llenad la medida de vuestros padres (Matt. XXIII, 32).

47. Descenderé, pues, para ver si han consumado según el clamor que ha llegado a mí; si no, lo sabré (Gen. XVIII, 21). El Señor no ignoraba los pecados de los sodomitas: pero hablaba de esta manera para instruirte; para que examines más de cerca los delitos de aquellos a quienes consideras que deben ser castigados. Descenderé, dice, para ver, es decir, también tú cuida de descender, desciende con el afán de la investigación; no sea que algo engañe o pase desapercibido al ausente; para que descubras el crimen con tus ojos. Los que están lejos pueden ignorar muchas cosas. ¿Qué clamor dice, sino quizás porque a aquel a quien nada se le oculta, todo le clama, los crímenes de cada uno parecen clamar? Finalmente, se dice a Caín: La sangre de tu hermano clama a mí (Gen. IV, 10), es decir, no está oculta, sino que clama tu parricidio. Así, Dios parece ser despertado por los clamores de nuestros crímenes; para que a veces venga, quien con gusto perdona.

48. Finalmente, al pedir Abraham que no destruyera a los justos junto con los impíos, y al preguntar, Si hubiera cincuenta justos en la ciudad, ¿los destruirás? (Gen. XVIII, 24 y 26), respondió: No destruiré la ciudad si hay en ella cincuenta justos, y salvaré todo el lugar. Y así, en el orden de las preguntas y respuestas, incluso si encontrara diez justos en la ciudad, promete impunidad a todo el pueblo por la justicia de unos pocos. De aquí aprendemos cuán grande es el muro de la patria un hombre justo, y cómo no debemos envidiar a los hombres santos, ni desacreditarlos temerariamente. Pues su fe nos salva, su justicia nos defiende de la destrucción. Sodoma también, si hubiera tenido diez hombres justos, podría no haber perecido.

49. ¿Qué significa que aquellos que vinieron con el Señor a Abraham, los hombres, fueron a Sodoma, sino para agravar su crimen, si aquellos a quienes el justo había honrado, los impíos intentaran violentarlos con mayor sacrilegio? Pues al decir hombres, la razón es evidente; porque mostraban la apariencia de hombres.

50. Llegaron a Sodoma al atardecer, al mediodía a Abraham; porque al justo resplandece la presencia de los ángeles, a los impíos les trae tinieblas. Sin embargo, también puede referirse al tiempo de la pasión del Señor, que vinieron a él al atardecer, quien debía ser liberado de las contaminaciones sodomitas y de la destrucción de toda la ciudad. Era atardecer antes de que Cristo viniera; porque todo el mundo estaba en tinieblas. Era atardecer para todos aquellos a quienes la inmundicia de delitos inmensos oprimía con oscuridad. Vino el Señor Jesús, redimió al mundo con su sangre, trajo la luz. Sin embargo, vinieron dos ángeles a Sodoma al atardecer (Gen. XIX, 1). Donde se ha de otorgar gracia, Cristo está presente: donde se ha de ejercer severidad, solo están presentes los ministros, falta Jesús.

51. Lot estaba sentado a la puerta (Ibid.). Las adversidades de la cautividad habían corregido al santo Lot, y lo habían hecho más diligente. Así, con el paso del tiempo, había aprendido a imitar a su padre. Estaba sentado a la puerta para recibir a los que llegaban. Finalmente, se levantó para encontrarlos. El más perfecto corrió a su encuentro: este se levantó y adoró con el rostro en tierra, y dijo: He aquí, señores, desvíense a la casa de su siervo (Ibid., 1 y 2). Y los obligó a desviarse, quienes decían: Pasaremos la noche en la plaza. Aquí se encomia la santidad del justo y la gracia de los ángeles. Ellos no querían que su llegada pareciera más gravosa al huésped: él, aunque sabía entre quiénes habitaba, ofrecía su casa a los peligros, para librar a los huéspedes. Ciertamente, cuanto más tardaban en acceder, más probaban su perseverancia.

52. Los hombres de la ciudad de Sodoma rodearon la casa desde el joven hasta el anciano, todo el pueblo junto (Ibid., 5). Se prepara la equidad del juicio divino, no sea que alguien diga: ¿Qué han pecado los niños, para que todos sean envueltos en la destrucción? Así, no había allí justo, ni inocente. Escucha a la Escritura testificando que rodearon la casa desde el joven hasta el anciano, todo el pueblo junto. Ninguna edad estaba libre de culpa, por eso nadie fue libre de la destrucción. Y quien no tuvo la posibilidad de cometer el crimen, tuvo el deseo. Las fuerzas de los ancianos estaban agotadas, pero su mente llena de lujuria. El santo Lot ofrecía la pureza de sus hijas. Pues aunque también era una impureza vergonzosa; sin embargo, era menos según la naturaleza unirse, que delinquir contra la naturaleza. Anteponía la gracia hospitalaria a la vergüenza de su casa, incluso entre las naciones bárbaras inviolable. Finalmente, allí también la hospitalidad no fue ofendida, donde ni siquiera la hermandad es suficientemente segura.

53. Pero los ángeles los hirieron con ceguera, para que no encontraran la puerta de la casa que deseaban abrir. Aquí se declara el poder admirable de los ángeles; que al ser cegados los

impuros, no encontrarán las puertas de la casa. Pero también se muestra que toda lujuria es ciega, y no ve delante de sí. Que el santo Lot fue llamado de nuevo a la casa por las manos de los huéspedes, demuestra que, olvidando el peligro, recordando la fe, no se libró del peligro, sino que se ofreció.

54. Se presenta un lugar de piedad, que al manifestarse por los ángeles la destrucción de toda la región, se induce al santo Lot a tener y advertir a sus yernos para que huyeran; al mismo tiempo, para que no pareciera menos piadoso hacia los maridos de sus hijas al abandonarlos sin advertirlos: o que el error de ellas se le atribuyera a él, que, privadas de la compañía masculina, buscaran el concubinato del padre embriagado. Por lo tanto, la Escritura no deja al hombre santo sin defensa; pues se le induce a haber dado a sus hijas a los maridos, y a haber advertido a los yernos. Pero les pareció que se burlaba de ellos, y sin embargo Lot aún se demoraba, para persuadir a sus yernos; y casi no hubiera partido para escapar, si no fuera por los ángeles que lo urgían y tomaban de la mano, obligándolo a salir.

55. Por lo tanto, no partió, sino que fue sacado: y recibió el mandato de no mirar atrás, ni detenerse en toda esa región, sino subir al monte. Esto, cuando se le dice a él, se dice a todos. Si tú también quieres escapar, no mires atrás, sino adelante. Mira donde está Cristo, quien te dice: Ve detrás de mí, como le dice a Pedro: Ve detrás de mí (Mat. XVI, 23), para que sigas a Cristo, veas a Cristo. Atrás está Sodoma llena de depravación, atrás está Gomorra rebosante de vicios, la región de los crímenes. No toquéis, dice el Apóstol, no probéis, no gustéis, que son todas cosas para corrupción (Col. II, 21). Huye, pues, de Sodoma, deja rápidamente Gomorra, abandona los elementos de este mundo, no sea que los peligros inminentes te envuelvan: no te detengas huyendo, ni te demores en toda la región de los vicios. Quien no miró atrás, escapó: quien miró atrás, no pudo escapar.

56. Sin embargo, se excusan las hijas del santo Lot, porque pensaron que no era la región vecina, sino todo el mundo el que había sido destruido, y que ellas solas con su padre habían quedado de todos los pueblos. Y por eso, para que no se extinguiera la raza humana, buscaron el concubinato del padre; para resucitar la semilla de la generación humana de su padre. Por lo tanto, no fue un vicio de lujuria, sino un remedio de generación, que no creo que deba considerarse un crimen. Pues Eva, tomada del hombre, sobre cuya costilla fue edificada la mujer, hueso de sus huesos, y carne de su carne; sin embargo, por la serie de la sucesión humana, se unió al hombre. Sin embargo, se le quita a este acto la conciencia del hombre justo; pues embriagado de vino, no sabía lo que hacía. Por lo tanto, no es de extrañar si las jóvenes fueron engañadas por la opinión, que pensaron que todos los pueblos del mundo habían perecido. No sería la misma excusa para el santo Lot, quien había oído de los ángeles que ese lugar, no todo el mundo, iba a perecer.

57. Ciertamente aprendemos a evitar la embriaguez (15, q. 1, c. Sane discimus), por la cual no podemos evitar los crímenes. Pues lo que evitamos sobrios, lo cometemos ignorantes por la embriaguez. No es suficiente que encienda la lujuria, excite los deseos del cuerpo: también socava la mente misma, captura el ánimo, extirpa el sentido. No saben lo que dicen los que se entregan al vino en exceso, yacen sepultos. Por lo tanto, si cometen alguna falta por el vino, ante jueces sabios se les perdona el hecho: pero se marca a los autores con la nota de ligereza. Cuánta es la deformidad misma, que se disuelvan las fuerzas, que el paso vacile.

58. Muchos se creen fuertes, ¿acaso más fuertes que Lot? ¿Más continentales que Noé? La Escritura no expuso los vicios de los Patriarcas, a quienes leemos vencidos por el vino: sino para que tú aprendieras qué evitar. Él yacía desnudo, este se expuso al error de sus hijas. Y Noé, justo, fue engañado, porque aún se desconocía la fuerza del vino: pero en él fuiste

instruido, para que tú no lo ignoraras. Lot confió en sus hijas, y por la vejez, disuelto en vino, cometió incesto sin saberlo: tú bebe de tal manera que no seas atrapado. Que los Patriarcas te instruyan no solo enseñando, sino también errando. Por eso se repitió el ejemplo de la embriaguez, para confirmar la enseñanza de la precaución.

CAPÍTULO VII.

La muerte de Abimelec, intentada por Dios por la tentativa de la castidad de Sara, muestra cuán grave es el crimen de adulterio. ¿Por qué, por la misma causa, fue castigado más severamente el Faraón que Abimelec? ¿Y cómo la esterilidad quitada de la casa de este por las oraciones de Abraham significó la fecundidad dada a la Iglesia? Nace Isaac, y es amamantado por su madre. Ismael, por impulso de Sara y respuesta divina, es expulsado: y qué preceptos morales se incluyen en estos hechos.

59. Finalmente, la castidad de Sara es tentada de nuevo, para que se exija de todos. Pues Abimelec también la había tomado por esposa, y Dios le dijo en la noche: He aquí que morirás por la mujer (Gen. XX, 3). Advertimos que el adulterio es castigado con la muerte por el juicio divino. Por eso añadió: Pero ella está casada con un hombre. Todo concubinato de hombre y mujer, sin la suerte del matrimonio legítimo, tiene su culpa. Aprended, pues, los que os dirigís a la gracia del bautismo, como ciertos candidatos de la fe, la sobria disciplina de la continencia. A nadie le es lícito conocer a una mujer, excepto a su esposa. Por eso se te ha dado el derecho del matrimonio, para que no caigas en la trampa, y peques con la mujer ajena. Estás atado a tu esposa, no busques la disolución: porque no te es lícito, mientras viva tu esposa, tomar otra esposa. Pues buscar otra, teniendo la tuya, es un crimen de adulterio, más grave porque piensas que tu pecado debe buscar autoridad en la ley. Es más tolerable si la culpa permanece oculta, que si se usurpa autoridad para la culpa. Y no solo es adulterio pecar con la esposa ajena, sino todo lo que no tiene potestad de matrimonio: sin embargo, este lugar enseña que es un crimen más grave cuando se violan los derechos del matrimonio celebrado, y se disuelve la castidad conyugal. Por eso, cuando Abimelec alegaba que ignoraba que era la esposa de Abraham, quien había dicho que era su hermana, el Señor le respondió: Y yo sé que con corazón puro hiciste esto, y te he perdonado, para que no pecaras contra mí: por eso no te permití tocarla (Ibid., 6). Reconocemos a Dios como el guardián y protector del matrimonio, que no permite que se contamine el lecho ajeno: y si alguien lo hace, peca contra Dios, cuya ley viola, cuya gracia disuelve. Y por eso, porque peca contra Dios, pierde la comunión del sacramento celestial.

60. Tal vez te preguntes por qué razón el Faraón fue gravemente afligido por Dios, como leímos antes, aunque él también ignoraba que Sara era la esposa de Abraham, a quien había oído que era su hermana (Gen. XII, 17): pero Abimelec no recibió ningún castigo. Sin embargo, debes saber que el rey de Egipto era un líder de vicios, quien cuanto más licencia tenía, más crímenes cometía: pero Abimelec fue considerado tan fiel a Dios, que mereció oír: Y yo sé que con corazón puro hiciste esto, rey no de aflicción, como el egipcio, sino de fortificación, como lo indica la interpretación de Gerar, sobre la cual gobernaba. Por lo tanto, no hay duda de que sus otras obras revocaron la indignación del Señor, quien es verdaderamente el árbitro de la conciencia interior, y el intérprete del ánimo y la mente. Finalmente, no como el Faraón, convocado por Moisés, rechazó y despreció el mandato de Dios, ni retrasó su obediencia: sino que inmediatamente llamó a Abraham, le devolvió a su esposa, se multó a sí mismo con un precio por haber visto a una ajena, pagó la dote de la castidad.

61. De aquí también se puede deducir que el rey Abimelec mereció un trato más clemente, porque Abraham rogó por él e intercedió. Pues su esposa y su sierva, a quienes Dios había cerrado antes por causa de Sara, esposa de Abraham, dieron a luz: lo cual también pertenece a la economía, para que el parto de Sara, donado por la promesa de Dios, también se fortaleciera con este testimonio; cuando adviertes que por la ofensa de Dios, las fecundas se vuelven estériles, y de nuevo por la voluntad del Señor, las estériles se vuelven fecundas, según está escrito: ¿No hice yo a la estéril y a la que da a luz?, dice el Señor (Isaías LXVI, 9). Aunque aquello se entiende dicho para el misterio de la Sinagoga y la Iglesia; porque la Sinagoga dejó de tener partos, que fue privada de la posteridad de la sucesión, y la congregación de las naciones, que era estéril cuando desconocía a Dios, comenzó a tener partos eternos. Por eso se ha leído: Alégrate, estéril, que no das a luz: rompe y clama, que no das a luz; porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isaías LIV, 1).

62. Nació Isaac, hijo de Abraham, cuando tenía cien años (Gen. XXI, 5). Y tú, si eres perfecto, tendrás la posteridad de la alegría, y la herencia de la exultación. Y Sara dijo: Dios me ha hecho reír: porque cualquiera que lo oiga, se alegrará conmigo (Ibid., 6). No se entiende esto de esta generación que está sujeta a muchos casos, de modo que a veces hubiera sido mejor no haber engendrado: sino de la generación en la que cada pecador, haciendo penitencia, cuando es redimido de la muerte, suele exhibir alegría a los ángeles.

63. Y Sara dijo: ¿Quién anunciará a Abraham que Sara amamanta a un niño? (Ibid., 7). Un lugar moral. Se exhorta a las mujeres a recordar su dignidad, y a amamantar a sus hijos. Esta es la gracia de las madres, este es el honor, con el que encomiendan a sus hijos a sus propios maridos. Finalmente, suelen amar más a los hijos que ellas mismas han amamantado con sus pechos.

64. Pero Abraham hizo un gran banquete el día que Isaac, su hijo, fue destetado (Ibid., 8). Esto no es algo mediocre ni común. No porque el niño fuera retirado de la leche de la nodriza, Abraham ofreció un gran banquete: sino porque Isaac fue considerado apto para el alimento de una gracia más fuerte, y el sustento de la virtud, no aún, como el corintio, para ser alimentado con leche: sino que fortalecía los músculos de su mente con los manjares más sólidos de los mandamientos celestiales.

65. La prosperidad es seguida rápidamente por la envidia. Sara había dado a luz y destetado a su hijo: vio al hijo de la esclava jugando con su hijo Isaac, y dijo a Abraham: Echa a la esclava y a su hijo; porque el hijo de la esclava no será heredero con mi hijo Isaac (Ibid., 9 y 10). Esto le pareció duro a Abraham, echar a su hijo, aunque fuera el que había tenido con la esclava. Y tú no te mezcles con la esclava, para que no tengas un hijo con ella, y tu esposa no sufra que él se convierta en coheredero con su hijo. Pues ves que de aquí se disuelve la gracia del matrimonio. Ciertamente, si has caído y tienes un hijo, echa a la esclava y a su hijo. Es mejor que se vaya la esclava que la esposa, y que sea expulsado el hijo de la esclava que el legítimo. Si dudas, si desprecias la opinión de tu esposa y te parece duro, Dios te dice lo que le dijo a Abraham; porque lo que le dijo a él, te lo dice a ti y a todos: No te parezca duro por el niño y la esclava. Todo lo que te diga Sara, escucha su voz; porque en Isaac será llamada tu descendencia (Ibid., 12). En ningún otro lugar dijo: Escucha la voz de tu esposa, sino aquí, es decir, has hecho una injuria a tu esposa, y no has mitigado su afecto, has tenido un hijo con la esclava, y no has honrado al hijo de tu esposa. ¿Acaso puede ser llamada tu descendencia en el hijo de la esclava? No, ciertamente; en el hijo legítimo está la verdadera sucesión. Pero temes, porque es tu hijo, que si es expulsado, pueda perecer y morir. No le faltará mi gracia. Nuestro Dios alimenta a todos, sostiene a todos, tanto a justos como a injustos. De hecho,

hace llover sobre justos e injustos. Haz como hizo Abraham. Echa a la esclava, para que tu esposa permanezca segura y sin ofensa en casa. Echa también al hijo de la esclava, para que no tenga parte en la herencia, quien no tiene el privilegio del origen.

304 CAPÍTULO VIII.

Dios prueba a Abraham de diversas maneras, pero especialmente con el mandato de sacrificar a su hijo. Se examinan las palabras de este mandato, y se declara la perfecta obediencia del Patriarca en su partida y en el resto del aparato del sacrificio. Finalmente, después de exponer el misterio figurado en el carnero ofrecido en lugar de Isaac, se propone la tercera bendición de Abraham.

66. Y sucedió después de estas palabras, que Dios probó a Abraham (Gen. XXII, 1). Dios prueba de una manera, el diablo de otra. El diablo prueba para destruir; Dios prueba para coronar. De hecho, prueba a los que se ha ganado. Por eso David dice: Pruébame, Dios, y examíname (Sal. CXXXVIII, 23). Y probó al santo Abraham antes, y así lo tentó; para que si lo tentara antes de probarlo, no lo agobiara: lo probó cuando le ordenó salir de Harán, y lo encontró obediente (Gen. XII, XIV, XVII). Lo probó cuando, confiando en el título de la fe, liberó a su sobrino, cuando no tocó nada del botín, cuando prometió un hijo al anciano, y cuando tenía cien años, aunque consideraba los genitales de Sara muertos; sin embargo, creyó, y no dudó en la fe, quien podría haber dudado por la razón de la esterilidad o la vejez: lo probó con la diligencia de la hospitalidad (Gen. XVIII, 1 y ss.). Así que, probado, pensó que debía ser tentado con mayores y más duros mandatos. Y con este ejemplo se nos enseña que uno es probado por lo verdadero: pero es tentado por lo compuesto y ficticio. Porque Dios no quería que el hijo fuera sacrificado por el padre, ni quería que se cumpliera esta tarea, quien ofreció un carnero para ser sacrificado en lugar del hijo: sino que probaba el afecto del padre, si prefería los mandatos de Dios a su hijo, y no torcía la fuerza de la devoción por la contemplación de la piedad paterna.

67. Y le dijo: ¡Abraham, Abraham! (Gen. XXII, 1). Con la repetición del nombre, excita la mente, para que esté más preparada. De hecho, él respondió: Aquí estoy. Y dijo: Toma a tu hijo amado, a quien amaste, Isaac, y ve a la tierra alta, y ofrécemelo en holocausto en uno de los montes que te diré (Ibid., 2). No permite que el afecto del padre esté ocioso. Desde el principio lo estimula, y lo pica con los agujones de la piedad, y añadió el nombre del hijo al nombre de la relación, y la fuerza del amor. No consideró suficiente decir hijo, añade, amado a quien amaste, Isaac. ¿Qué significa que dice: A quien amaste: y no dijo, a quien amas? Podemos, de hecho, usar para la defensa de la Escritura la costumbre divina, porque a menudo pone el pasado por lo futuro o presente, como tienes en el Evangelio: Este es mi hijo amado, en quien me complazco (Matt. III, 17), aunque el Padre siempre se complazca en el Hijo. Y en el Salmo tienes: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha (Sal. CIX, 1), aunque siempre esté sentado. Sin embargo, podemos también tomar amado para el presente, y a quien amaste para significar que no era un impulso reciente de amor, sino un amor arraigado y probado durante mucho tiempo. Porque lo que se aumenta por un tiempo, se resuelve por un tiempo: pero lo que ha complacido durante mucho tiempo o siempre, no puede ser abolido rápidamente. También puede parecer no absurdo que amemos más a los que van a morir. Esto es, a quien amaste antes; como si ya lo amara para ser sacrificado. Tampoco añadió ociosamente el nombre del santo Isaac, es decir, a quien recibiste de tu esposa como único, recibiste en la vejez, recibiste como premio de tu fe, recompensa de tus obras, recibiste por la promesa de Dios, no por la fecundidad de la esposa, de la cual no puedes esperar otro. Ofrécemelo en holocausto: pero primero ve a la tierra alta. Se interpone un espacio, para que no parezca que el afecto se precipita de repente, para que con esa

dilación se insinúe la gracia de la piedad, el deseo del padre. Añadió: En uno de los montes que te diré. Y aquí de manera similar, para que mientras el anciano subía, se rompiera el ímpetu, se cansara la mano, se debilitara la intención: mientras buscaba aprender el monte, desaprendiera el aparato.

68. Sin embargo, se levantó no solo al día siguiente, sino también de madrugada, para que la noche pareciera haber traído demoras al estudio del padre apresurado: Ensilló su asno, y tomó consigo a dos jóvenes, y a Isaac su hijo, y cortó leña para el holocausto (Gen. XXII, 3). Se nos enseña a llevar todo preparado para el sacrificio: también aprendemos a reclamar para nosotros mismos el aparato del sacrificio y el deber del ministerio, no delegarlo a otros. El anciano Abraham, rico en ganado, y abundante en sirvientes, no buscó las huestes de su séquito: él mismo también cortó la leña, y no omitió servicios mayores que sus fuerzas.

69. Llegó al lugar que Dios le había dicho, al tercer día (Ibid., 4). Y con dos él mismo como tercero se dirige, llevando consigo su propia víctima, y al tercer día llega al lugar del sacrificio. Este es un número salvador, y conveniente para los que van a sacrificar. De hecho, en los posteriores Moisés dice al faraón, rey de Egipto: Caminaremos tres días, e inmolaremos al Señor nuestro Dios, como él nos ha dicho (Exod. VIII, 27). Y correctamente el sacrificio de la Trinidad se celebra al tercer día.

70. Y mirando Abraham con sus ojos vio el lugar desde lejos (Gen. XXII, 4). Explora cuidadosamente quien se apresura a cumplir. Aunque aceleraba el paso senil con estudio, sin embargo, considerando esto tardío, se adelantaba con los ojos: los oficios de cada uno de los miembros estaban vigorosos, aunque los miembros seniles no pudieran estarlo. La vista de los ancianos suele embotarse, de modo que incluso lo cercano no lo ven fácilmente. Aquí no solo vio el lugar, sino que incluso desde lejos lo contempló.

71. No dudó de haber visto, sino que dijo a sus jóvenes: Quedaos aquí con el asno: yo y el joven pasaremos hasta allí; y cuando hayamos adorado, volveremos a vosotros (Ibid., 5). Con razón el tipo en el asno, porque también la verdad en el pollino de asna. En este animal se figura al pueblo de los gentiles, antes sujeto a la carga, ahora sometido a Cristo. Isaac, por tanto, es tipo de Cristo que va a sufrir. Vino en el asno, para que se significara al pueblo de las naciones que iba a creer. Por eso también el Señor, cuando venía a sufrir por nosotros, soltó al pollino de asna, que él mismo montó, también manso y humilde, ya confiando su espalda a Cristo. Pero lo que dijo: Yo y el joven pasaremos el camino, demuestra que el padre no desfallecería en tan gran aparato, ni cedería el hijo: o porque pasarían con el remedio de la piedad la austeridad de tan gran hecho. Añadió: Volveremos a vosotros. Profetizó lo que ignoraba (22, q. 2, cap. Si quaelibet, § Profetizó). Él solo disponía regresar, habiendo sacrificado al hijo: pero el Señor habló por su boca lo que preparaba. Sin embargo, hablaba cautelosamente con los siervos, para que, conocido el asunto, alguno no lo impidiera, o estorbara con gemidos, o con llanto.

72. Tomó la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo: tomó también el fuego en su mano y el cuchillo (Gen. XXII, 6). Se consagra la víctima con los ministerios sagrados, y se encomienda lo futuro. La víctima de la piedad es antes portadora del ministerio piadoso. Isaac llevó la leña para sí mismo, Cristo llevó el madero de la cruz para sí mismo. Abraham acompañaba al hijo, el Padre a Cristo. Ni Isaac solo, ni Jesús solo. De hecho, dice: Me dejaréis solo, y no estoy solo, porque el Padre está conmigo (Juan XVI, 32).

73. Dijo Isaac a Abraham su padre, Padre. Y él dijo: ¿Qué quieres, hijo? (Gen. XXII, 7). El afecto paterno es golpeado por las palabras de piedad, y es sacudido por ciertas olas de un

lado a otro. El hijo llama al padre: el padre dice, Hijo; para que con el mismo sonido de las palabras se reconozca como padre: cuán imposible es que pueda herir, quien desearía someterse a la herida. Estos nombres suelen obrar la gracia de la vida, no el ministerio de la muerte: estos vocablos suelen incitar a la piedad, no a la muerte.

74. Añadió Isaac diciendo: Aquí está la leña, ¿dónde está la oveja para el holocausto? (Ibid.). Y aquí profetiza con palabras, no con conocimiento. Porque una oveja estaba preparada por el Señor para el sacrificio. Respondió entonces de manera similar Abraham: Dios proveerá para sí una oveja para el holocausto, hijo (Ibid.). El ministro inflexible de la devoción no teme llamar frecuentemente al hijo; así va fundado en la solidez de la intención: y se consideraba mejor padre, esto juzgaba que le quedaría al hijo para siempre, si lo sacrificaba a Dios. No solo profetizó esto, que sucedió de inmediato, porque Dios proveyó para sí una víctima en lugar de Isaac, y devolvió al hijo al padre: sino más bien aquello, que no esta víctima era de la disposición divina: sino que otra víctima se prepararía Dios para sí, para limpiar el mundo: esa sería más aceptable para todos, por la cual muchos padres ofrecerían a sus hijos, y no temerían separarse de sus hijos en este mundo. Cada día los padres ofrecen a sus hijos, para que mueran en Cristo, y sean sepultados con el Señor. ¡Cuántos padres, habiendo sido sus hijos asesinados en martirio, regresaron más alegres de su tumba!

75. Abraham llegó al lugar destinado para el sacrificio; Y edificó allí un altar, y puso la leña (Ibid., 9). ¡Cuántos preparativos del que va a sacrificar, para que no se pensara que fue arrebatado de repente para sacrificar! Y atando las manos y los pies de Isaac su hijo, lo puso en el altar sobre la leña (Ibid.). El padre ata con sus propias manos las ligaduras al hijo; para que el hijo, huyendo, y excitado por la fuerza del fuego, no incurriera en pecado.

76. Y dijo el Ángel, Abraham, Abraham (Ibid., 11). La voz divina de alguna manera detuvo su mano, y ocupó el golpe de la derecha vibrante. Y no lo llamó una sola vez; para que no escuchara completamente, o pensara que era una voz fortuita. Así lo revocó, como le había mandado. Repitió la voz, como temiendo que se le anticipara el estudio de la devoción, y una sola voz no pudiera revocar el ímpetu del que golpea. No extiendas, dijo, tu mano sobre el niño, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a tu Dios, y no has perdonado a tu hijo amado por mí (Ibid., 12; 2-2, q. 2. cap. Si quaelibet, § No en efecto): esto es decir: Busqué tu afecto, no exigí el hecho. Probé tu mente, si incluso al hijo amado no le perdonarías por mí. No quito lo que yo mismo he dado, ni envidio al heredero, que he otorgado al que no tenía. Tampoco aquí ociosamente le dijo hijo amado, para mostrar que lo que dijo antes, A quien amaste, fue dicho así, para que no pensaras que ya había dejado de amar.

77. Y mirando Abraham vio, y he aquí un carnero atrapado en un matorral (Ibid., 13). ¿Por qué razón un carnero? Como el que sobresale al resto del rebaño. ¿Por qué razón suspendido? Para que notaras que esa víctima no es terrenal. ¿Por qué causa suspendido por los cuernos, sino porque levantaba su carne con una virtud superior de la tierra? Según lo que está escrito: Su principado sobre sus hombros (Isaías IX, 6). ¿Quién se significa, sino aquel de quien está escrito: Exaltó el cuerno de su pueblo (Sal. CXLVIII, 14)? Nuestro cuerno es Cristo, quien sobresalió a todos, como leemos, Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3). Solo él elevado y exaltado de la tierra, como él mismo nos enseña, cuando dice: Yo no soy de este mundo, yo soy de lo alto (Juan VIII, 23). A este vio Abraham en este sacrificio, de este contempló la pasión. Y por eso el mismo Señor dice de él: Abraham vio mi día, y se alegró (Juan VIII, 56).

78. Por eso la Escritura: Abraham llamó el nombre de aquel lugar, el Señor ve; para que digan hoy: En el monte el Señor apareció (Gen. XXII, 14), esto es, que apareció a Abraham,

revelando la futura pasión de su cuerpo, con la cual redimió al mundo: mostrando también el tipo de pasión, cuando mostró suspendido. Ese matorral es el madero de la cruz. Y en este madero el más excelente líder del rebaño exaltado atrajo todo hacia sí; para que fuera conocido por todos. Por eso él mismo dice: Cuando levantéis al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy (Juan VIII, 28). De aquí también Abraham mereció a Dios.

79. De hecho, esta es la tercera bendición. Recibió tres bendiciones plenas: una después de la victoria, cuando liberó al sobrino, cuando Melquisedec le salió al encuentro, cuando el Señor le dijo: Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes: así será tu descendencia. Y Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gen. XV, 5 y 6): otra cuando fue ordenado ser llamado Abraham (Gen. XVII, 5), y recibió el sello de la circuncisión: la tercera aquí, cuando no dudó en ofrecer a su hijo amado en holocausto a Dios. Esta bendición superó a las anteriores. En aquellas prometió la futura propagación de la descendencia de Abraham: pero en esta dijo: Y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra; porque escuchaste mi voz (Gen. XXII, 18). Y nosotros también escuchemos la voz de nuestro Dios, y obedezcamos sus mandamientos, si queremos encontrar gracia ante él.

CAPÍTULO IX.

Muere Sara y es sepultada. Abraham provee esposa para su hijo, y obliga a su siervo elegido a juramento para esta tarea: ¿y qué misterio se oculta aquí? Al elegir esposa, primero se debe considerar su religión de la cual dependen las costumbres. ¿Cómo buscar una cercana, no extranjera, ni forzada? ¿De qué manera en Rebeca se designa la Iglesia y el bautismo? ¿Qué pendientes deben ambicionar las vírgenes cristianas siguiendo el ejemplo de Rebeca; y qué significan los otros regalos ofrecidos a la misma joven? ¿Qué ejemplo de pudor ha dado ella; y cuán bien se expresa en su matrimonio la vocación de la Iglesia y el ministerio apostólico?

80. El lugar que sigue, contiene la muerte de la esposa, el llanto del marido, el oficio de sepultura; con los cuales se prueba el afecto marital. Y se levantó, dice, Abraham de junto a su muerta (Gen. XXIII, 3). Se nos enseña a no permanecer demasiado tiempo junto a los muertos, sino a rendir el debido oficio. Sin embargo, se apresuró a pagar el precio del lugar de sepultura, aunque se le ofrecía gratis; para que no edifiquemos tumbas de padres o cercanos en lugares ajenos, sino en los nuestros. Pues a menudo, con las enajenaciones de las posesiones, se venden los lugares donde están las sepulturas. Esto lo hizo Abraham porque aún no existían templos de Dios de este tipo, en los cuales se depositaran las reliquias de los fieles al Señor.

81. Abraham había envejecido: por lo tanto, como buen padre, debía proveer esposa para su hijo: pero por el oráculo de Dios no podía regresar al lugar de donde había sido ordenado salir. Habitaba en tierras de los cananeos, de cuyo linaje evitaba buscar una sucesión legítima para sí.

82. Y llamó al siervo más anciano de su casa (Gen. XXIV, 2), y le dijo que fuera a Harán, y pidiera esposa para su joven señor de entre sus parientes. Aprende de aquí que incluso los siervos de mayor edad son llamados jóvenes por sus amos, o por cualquiera que sea superior. Por eso también un poeta consideró seguir esto: ya sea que lo encontrara en el uso de aquellos que se consideran doctos y sabios, o lo trasladara de los nuestros: o lo encontrara trasladado: Alimentad como antes los bueyes, jóvenes, someted los toros. (Virg. Ecl. I.) Por eso también decimos jóvenes, cuando significamos siervos, no expresando la edad, sino la condición.

83. Observa ahora las virtudes del buen padre de familia, y considera primero, qué tarea, y a quién la encomienda; para que también tú instruyas a los siervos de tal manera que muestren afecto paternal a tus hijos, y cumplan con los deberes. Se encontró entre los siervos uno anciano, sin embargo, que fue elegido para proveer esposa al joven señor, y fue obligado a jurar, poniendo su mano bajo el muslo de su señor. Por muslo entendemos generación: pero la generación de Abraham es Cristo. Por eso el Apóstol dice: A Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia. No dice, y a las descendencias, como en muchos: sino como en uno, y a tu descendencia, que es Cristo (Gal. III, 16); mostrando que por él nos vendría el santo sacramento, por él la ayuda segura.

84. Le impuso, sin embargo, que no tomara esposa para su señor del linaje de los cananeos, cuyo antepasado no había honrado a su padre y, por lo tanto, transmitió la herencia de la maldición a los suyos; para que entendamos la fe y busquemos cierta herencia del linaje del autor en aquellos que deseamos unirnos. Porque con el santo serás santo, y con el perverso te pervertirás. Si esto es así en otros casos, cuánto más en el matrimonio, donde hay una sola carne y un solo espíritu. ¿Cómo puede haber caridad si la fe es discordante? Por eso, ten cuidado, cristiano, de no entregar a tu hija a un gentil o judío (28, q. 1, cap. Cave). Ten cuidado, digo, de no tomar para ti una esposa gentil, judía o extranjera, es decir, hereje, y ajena a tu fe. La primera fidelidad del matrimonio es la gracia de la castidad. Si adora ídolos cuyos adulterios se proclaman, si niega a Cristo, quien es el maestro y recompensador de la castidad, ¿cómo puede amar la castidad? Si es cristiana, no es suficiente, a menos que ambos estén iniciados en el sacramento del bautismo. Deben levantarse juntos para la oración nocturna y suplicar a Dios con oraciones unidas. Se añade otro signo de castidad si crees que el matrimonio que has recibido te ha sido dado por tu Dios. Por eso Salomón dice: "De Dios, dice, se preparará esposa para el hombre" (Prov. XIX, 14). Los que no comparten la misma fe no pueden creer esto, que del que no adoran, piensen que han recibido la gracia del matrimonio. La razón enseña, pero los ejemplos advierten más. A menudo, el encanto femenino ha engañado incluso a los maridos más fuertes y los ha hecho apartarse de la religión (III Reg. XI, 4). Por eso, consulta al amor o evita el error. En el matrimonio, lo primero que se busca es la religión. Por eso Abraham buscó dar a su hijo una esposa cercana.

85. Y tú busca una cercana. ¿Quién es el prójimo? "El que hizo misericordia", dice. Esto lo dijo el Señor Jesús en el Evangelio. Y tú busca una del linaje de Abraham y cercana a tu prójimo (Luc. X, 37). La semilla de Abraham es Cristo, él es el prójimo de todos, quien hizo misericordia sobre todos, quitando el pecado del mundo. Aprende entonces qué buscar en una esposa: no oro, no plata buscó Abraham, sino la gracia de un buen carácter.

86. Luego, al ser preguntado si la mujer no quisiera venir, si debía llevar al hijo de su señor allí: "Cuídate", dijo, "de no llevar a mi hijo allá. El Señor Dios del cielo y Dios de la tierra me tomó de la casa de mi padre y de la tierra donde nací, quien me habló y juró diciendo: A ti daré esta tierra, y a tu descendencia; él enviará su ángel delante de ti, y tomarás esposa para mi hijo de allí. Pero si la mujer no quiere venir contigo a esta tierra, serás libre de este juramento" (Gen. XXIV, 6 y ss.). Considera con más atención a qué conduce esto. No te es lícito tomar una extranjera. Sin embargo, si se hace cristiana, tendrás alabanza de ella. Si se niega a hacerse cristiana, la lección enseña que el deseo de matrimonio no debe desviarte de la fe. Abraham aconsejó que se condujera a la que seguía, no que se buscara a la que permanecía, ni que su hijo fuera allí. Sin embargo, su señor, que lo había sacado de la tierra donde habitaba, no dejaría de mostrar misericordia, para que precediera el deseo del pretendiente e inclinara el ánimo de la joven. Como profeta dijo esto en la causa de su hijo, y

como maestro moral enseñó a esperar del Señor, que se dignara ayudar al que busca el crecimiento de la fe.

87. Y levantándose, el joven partió hacia Mesopotamia (Ibid., 10): y según la serie de votos que había hecho el siervo al partir, le salió al encuentro Rebeca, llevando un cántaro sobre el hombro, una virgen muy hermosa, a la que ningún hombre había conocido. Descendió al manantial, llenó el cántaro y dio de beber al joven, y abrevó todos sus camellos (Ibid., 15 y ss.). De donde el siervo de Abraham tomó pendientes de oro de un siclo de peso cada una, y le dio dos brazaletes de diez siclos de oro, y le preguntó si había lugar para hospedarse y de quién era hija. Se expresa la simplicidad moral, que no hubo lugar para la ambición en la petición de matrimonio, sino que el Señor cumplió la petición del matrimonio. Sin embargo, se puede observar los misterios de la Iglesia. ¿Dónde se encuentra la Iglesia, sino en Mesopotamia? Allí se busca, de allí se trae, allí está rodeada por dos ríos, el lavacro de la gracia y el llanto del arrepentimiento. Porque si no lloras tus propios pecados, si no recibes la gracia del bautismo, no se te adquiere la fe de la Iglesia y cierta unión conyugal. La protegen el Tigris, es decir, la prudencia, y el Éufrates, es decir, la justicia y la iluminación fructífera, separándola de las naciones bárbaras.

88. La virgen era muy hermosa, cuya belleza ninguna edad corrompió. Muy hermosa, porque hermoso es aquel más que los hijos de los hombres, quien la adquirió para sí. A quien ningún hombre había conocido; pues su unión no era con ningún hombre, sino debida solo a Cristo. Llevando un cántaro sobre el hombro, con el que lava las acciones de los hombres. Y porque consiste en la congregación de los gentiles, con la que lavó a los suyos, por eso lees que descendió al manantial, llenó el cántaro y subió (Ibid., 16). Aquella samaritana vino al manantial, como está escrito en el Evangelio (Juan IV, 7), pero no descendió: le parecía un pozo, ni llenó el cántaro. De hecho, dijo: "No tengo cántaro". No tenía con qué lavar sus acciones. Esta sola descendió, esta sola conoció el verdadero manantial, es decir, no el manantial de agua, sino de vida eterna, como dijo David: "Porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz" (Sal. XXXV, 10). Por eso tenía lo que dar a los sedientos, porque creyó. Pues la que no creía, dijo al manantial que quería darle de beber: "¿De dónde tienes para darme agua viva?" (Juan IV, 11). Pero esta tenía con qué no solo dar de beber al joven, sino también a los camellos, que no solo solía regar a los justos, sino también llenar a los injustos. Por eso recibió pendientes de oro y brazaletes que envió Abraham, como premios de sus méritos.

89. Tal vez al escuchar esto, hijas que os dirigís a la gracia del Señor, también os sintáis motivadas a tener pendientes y brazaletes, y digáis: ¿Cómo prohíbes esto, obispo, que tengamos lo que Rebeca recibió como regalo, y nos exhortas a ser como Rebeca? Pero Rebeca no tenía estas pendientes y brazaletes, que suelen sembrar discordias en la Iglesia, que frecuentemente se caen: tenía otras pendientes, ojalá las tengáis vosotras, otros brazaletes. Las pendientes de Rebeca son insignias de oído piadoso, y los brazaletes de Rebeca son adornos de obras. Tenía estas pendientes, que no pesaban en el oído, sino que lo acariciaban: estos brazaletes, que no cargaban la mano con oro material, sino que la elevaban con acción espiritual. Por eso agradó a su hermano y a sus padres con este adorno. Y tú toma las pendientes que te dejó Abraham: toma los brazaletes que envió. Escucha las palabras del Señor tu Dios, como él mismo escuchaba: ejecuta los mandatos, como él se apresuró a cumplir.

90. Un lugar muy hermoso para instruir a aquellos a quienes se les encomienda algo, es que el siervo de Abraham no comió el pan que se le ofreció antes de cumplir el mandato del Señor. Una vez logrado esto, dio a Rebeca vasos de oro y plata y vestiduras. Donde la Iglesia

fue desposada, recibió vasos de oro y plata, en los que estaba el tesoro de la fe; pues hay vasos para honor, y también para deshonra. Escucha cuáles son esos vasos: "Tenemos este tesoro en vasos de barro" (II Cor. IV, 7). Los vasos de barro son nuestros cuerpos: nuestra fe es el tesoro. Y tal vez ya incluso nuestros cuerpos que tienen este tesoro son de oro, porque están llenos de prudencia: y los vasos de plata son aquellos que parecen resplandecer con las palabras del mandato celestial. También se honra a los padres con regalos (32, q. 2, c. Honorantur).

91. Se consulta a la joven no sobre los esponsales, pues ella espera el juicio de los padres, ya que no es propio del pudor virginal elegir marido: pero ya desposada con el hombre, se le consulta sobre el día de la partida. Y con razón no trajo demora; pues con justicia debía apresurarse hacia el esposo. De donde aquella frase de Eurípides que muchos admiran, de dónde fue tomada es evidente. Pues dice en persona de una mujer, que sin embargo quería dejar a su marido, y se le pedía para otras nupcias: "Mi padre se encargará de mis esponsales, no es mi decisión" (Eurípides en Andrómaca). Esto es, "Mi padre se encargará de mis esponsales; esto no es mío". Así que lo que incluso los filósofos admiraron, guardadlo, vírgenes. Pero también, mujeres, si alguna, habiendo perdido pronto a su marido, teme caer en el lazo de su debilidad, que si quiere casarse, se case solo en el Señor, para que deje la elección del marido a los padres; no sea que se la considere de apetito más atrevido, si ella misma se atribuye la elección de sus nupcias. Debe parecer más buscada por el hombre, que ella misma haber buscado al hombre. Que la modestia preceda, antes de casarse, lo que el mismo matrimonio más recomienda con la modestia. Pero ellos imitan las palabras, no pueden imitar las obras.

92. También es evidente que hay un misterio claro de la Iglesia en esto, en que nadie se atrevió a llamarla antes que Cristo; pues solo a Cristo le estaba reservada esta prerrogativa de llamar a las naciones. Llamada, no hizo demora, y por eso más aceptable al Señor; porque el pueblo judío que estaba llamado a la cena, no fue digno de venir: pero la congregación de los gentiles, tan pronto como vio que se le llamaba, acudió.

93. Finalmente, para que sepas que no es sin misterio, cuando era llevada en camello, venía al esposo; porque el pueblo de las naciones, horrendo como una bestia por la deformidad de sus méritos, que no tenía ningún decoro en su forma, iba a recibir la fe y el consenso de la Iglesia. Ni es ocioso (30, q. 5, cap. Nec illud), que cuando venía Rebeca, vio a Isaac paseando; y cuando preguntó quién era, al saber que era él a quien iba a ser llevada como esposa, descendió y comenzó a cubrirse la cabeza, enseñando que la modestia debe preceder a las nupcias: de ahí que también se llamen nupcias, porque por pudor las jóvenes se cubrían. Aprended, pues, vírgenes, cómo guardar la modestia, y no salgáis con la cabeza descubierta ante extraños, cuando Rebeca, ya desposada, no consideró que debía ver al esposo designado con la cabeza descubierta.

94. ¿Quién es ese siervo que previó estas nupcias? Sin duda, uno de los Apóstoles, y especialmente aquel que dijo: "Hermanos, vosotros sabéis que desde hace mucho tiempo Dios eligió que de mi boca oyeran los gentiles la palabra del Evangelio" (Hech. XV, 7). O aquel que fue llamado doctor de los gentiles (I Tim. II, 7). Pues cuando se leen, o Juan el evangelista, adquieren un alma para Cristo; para que crea la que antes no creía: y a los que desean ver a Cristo, se lo muestran con sus palabras. Así que Abraham, habiendo celebrado las nupcias de su hijo (Gen. XXV, 8), completó sus días en larga edad y buena vejez.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Después de exponer el sentido moral, pasa al más profundo o alegórico: y explica cómo se le ordena al alma salir de su tierra y de su parentela; y de quiénes debe apartarse para alcanzar la purificación perfecta. Finalmente, relata la descendencia prometida a Abraham.

1. Hemos seguido el lugar moral, con la simplicidad de entendimiento que pudimos; para que quienes lean, puedan extraer enseñanzas de moralidad: pero como la espada es aguda por ambos lados, y luchas por ambos lados; de manera similar, la palabra de Dios, que es más aguda que cualquier espada afilada, penetrando hasta la división del alma, dondequiera que te vuelvas, la encontrarás preparada y oportuna, para que atravesase el alma del lector y revele los enigmas de las Escrituras proféticas. Por eso no considero absurdo referir el sentido a cosas más elevadas, y a través de la historia de diversas personas, explicar un cierto proceso de formas de virtud; especialmente cuando ya en Adán hemos degustado los inicios de un entendimiento más profundo (De Paradiso, cap. 2.). Pues dijimos que Adán era la mente, significamos que Eva era el sentido, expresamos la delectación con la figura de la serpiente; pero allí se trata de la suma bienaventuranza, y de una cierta amenidad natural de las virtudes a través de la circunscripción del sentido, y el atractivo de la delectación se retrocede a la culpa: aquí, sin embargo, se nos permite observar el progreso de la mente. Pues el Legislador previó esto, que así como mostró la caída de la mente, para que evitáramos esos caminos de error: así también significara el progreso de la mente, y un cierto retorno superior, para que conociéramos cómo la mente quebrantada puede reformarse. Pues el Señor había purificado la tierra con la inundación del diluvio, había lavado la corrupción de la fragilidad humana: pero no era suficiente para el progreso de la virtud, a menos que el hombre fuera instruido sobre cómo debía regirse y gobernarse, Abraham es introducido en lugar de la mente. De hecho, Abraham significa tránsito. Por lo tanto, para que la mente que en Adán se había entregado completamente a la delectación y a los atractivos corporales, se transformara en la forma y apariencia de la virtud, se nos propone un hombre sabio para imitar. De hecho, Abraham según los hebreos, según los latinos es llamado padre, porque la mente con una cierta autoridad paterna, censura y preocupación, gobierna todo el hombre.

2. Esta mente estaba en Charra, es decir, en cavernas, sujeta a varias pasiones. Por eso se le dice: "Sal de tu tierra" (Gen. XII, 1), es decir, de tu cuerpo. Salió de esta tierra aquel cuya conversación está en los cielos. Y de tu parentela, dice. Los parientes del alma son los sentidos del cuerpo. Pues nuestra alma se divide en dos: en lo que es racional, y en lo que es irracional. En lo que es irracional, están los sentidos: por lo tanto, son parientes de la parte racional, es decir, de la mente. Y de tu casa, dice, sal. La casa de la mente es la palabra proferida. Así como el padre de familia habita en su casa, y tiene en su poder cómo regir su casa: así también la mente habita en nuestras palabras, y gobierna nuestras palabras, y su fuerza y disciplina se manifiestan en el discurso. Así como un buen padre de familia se estima desde el primer umbral de la casa: así también nuestra mente se evalúa por nuestras palabras. De hecho, también golpea y llama con los modulaciones de la voz.

3. Por lo tanto, quien quiera alcanzar la purificación perfecta, separe de estas tres cosas, del cuerpo, de los sentidos corporales, de la voz, en las que están todas las pasiones del cuerpo, y las circunscripciones de los sentidos, por las que somos engañados e ilusionados. En ninguno de estos tres hay bien. No en la carne, aunque la escuela de Epicuro, y muchos también voluptuosos, se rompan alabando la delectación del cuerpo; ni en los sentidos, que a menudo son engañados; ni en el sonido de la voz, que frecuentemente acaricia el alma con cantos falsos, hay bien perfecto; pues estas cosas son corruptibles: pero lo que es verdaderamente bueno, esto es incorruptible. La fe es manifiesta. Pues muerto el hombre, la carne se

corrompe, los sentidos perecen, la voz se pierde, permanece la mente inmortal, recibiendo una vida incorpórea. Por eso se le llama a otra tierra llena de bienaventuranza, donde no hay falsedades por verdades, como en esta vida: sino que vea la sustancia viva de las cosas; porque despojada de la imagen nebulosa del cuerpo, de los sentidos, y de la voz, deposite la caliginosidad corruptible, y con el rostro revelado contemple la gracia de la vida bienaventurada.

4. "Te bendeciré", dice, "y te haré en una gran nación" (Gen. XII, 2). Promete inmortalidad, cuando promete descendencia. Pues la descendencia parece ser inmortal, las personas son mortales individualmente, como los hombres, como los caballos, como las abejas. De las cuales dice alguien: "Pero la descendencia es inmortal". (Virg. l. IV Georg.) Sin embargo, mucho mejor es lo que dijo de una gran nación, la perpetua posteridad de la Iglesia, y aquella generación celestial, que es verdaderamente grande, para que muriendo al pecado renazcamos a Dios.

CAPÍTULO II.

Después de la salida de Abraham, Dios le habla como a un amigo. Se nos propone a nosotros para imitarlo; para que nuestra mente se reforme con su ejemplo. Por qué Lot salió con él; qué se significa con el año sesenta. Cómo finalmente el sabio posea su alma.

5. Salió Abraham como le había dicho el Señor (Gen. XII, 4). De aquí los gentiles toman la sentencia de los siete sabios: Sigue a Dios, como si fuera su propio descubrimiento; cuando mucho antes, no digo, Abraham, sino Moisés fue quien dio la ley, diciendo: "Andarás tras el Señor tu Dios" (Deut. XIII, 4). Salió, pues, Abraham en quien no tanto la perfección, como la devoción de su alma, y la libertad de su mente salió de las cadenas del cuerpo, de los atractivos de la delectación. De hecho, así lo tienes: "Salió Abraham como le había dicho Dios". Arriba tienes, "Sal", dijo Dios, en lo que se expresa un mandato claro del que ordena: aquí tienes "como le había dicho Dios". Se comprende como un cierto afecto de conversación; pues hizo todo lo que estaba establecido. Antes del hecho, pues, Dios habla como a un subordinado, después del hecho habla como a un amigo. Es amigo de Dios, quien hace lo que se le manda. Por eso en su Evangelio dice el Señor Jesús: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos" (Juan XV, 14 y 15). Pero, como dije, el progreso del hombre sabio se nos propone para imitar, escrito para la experiencia, no la perfección. Pues aún la mente se reforma en Abraham, que en el primer hombre cayó. Y por eso se recoge a sí misma por grados e incrementos.

6. Por eso añadió: Y salió con él Lot (Gén. XII, 4), es decir, declinación. Pues eso es lo que significa la interpretación del nombre; ya que, como los viajeros que recorren un camino desconocido, a menudo se equivocan en algunos senderos, desviándose del camino recto; y sin embargo, si son prudentes, no se desvían, sino que, aunque vacilantes, recogen el camino con la vista de la región misma: así también Abraham vacilaba, pero seguía el camino de la verdad. A menudo era llevado por la falsa apariencia de los bienes, pero no se inclinaba completamente. Porque es propio del perfecto no desviarse, y del prudente no declinar completamente. Solo aquel nunca se desvió, de quien está escrito: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emmanuel: comerá mantequilla y miel, antes de que sepa rechazar el mal y elegir el bien; porque antes de que el niño sepa lo que es bueno o malo, no se dejará llevar por la malicia, para elegir lo que es bueno (Isaías VII, 14). Esto no podía hacerlo Abraham, elegir lo bueno antes de conocer lo malo. Pero se adhería a los preceptos celestiales, para no desviarse de la verdad (Gén. XII, 4). Por eso también se

describe que salió de Harán a los setenta y cinco años, porque en el número perfecto de setenta de la remisión, el sentido es aquel que puede ser inclinado. Las delicias de estos sentidos hacen que nuestra mente no siempre esté erguida, sino que a veces se incline; para que no se esconda dentro de las cavernas del cuerpo, sino dentro de los escondites del placer.

7. Sin embargo, incluso en estos túneles, salió de tal manera que tomó a su esposa, a su sobrino, y a toda alma que había adquirido en Harán. Porque los prudentes y continentales son poseedores de virtud y alma, eligiendo la belleza de las costumbres apacibles. Pero los amantes del cuerpo se enredan en sus placeres; porque toda virtud de los irracionales está en la disposición del cuerpo, y la de los racionales en las virtudes del alma y las disciplinas. Por eso está escrito (Ibid., 5), que poseía su alma, gobernándola como libre, y no sujeta a ninguna servidumbre. Esta es la intención del maestro; porque incluso en esos desvíos y recovecos, ya sea de una edad más reciente, o de una disciplina aún no perfecta, o de un lugar abierto a los vicios, no estaba tan inclinado al error que no pudiera emigrar. Finalmente, defendió y trasladó su mente de esa posesión resbaladiza.

CAPÍTULO III.

Abraham camina hasta Siquem, que denota ejercicio. Allí ve a Dios, a quien no pudo ver mientras era caldeo: le construye un altar, pero no sacrifica; ¿y por qué? Sin embargo, una vez más, alzando un altar, invoca el nombre del Señor.

8. Y Abraham caminó, dice, hasta el lugar de Siquem, hasta el roble alto (Gén. XII, 6). ¿No parecen superfluos, a menos que busques la razón, ya que no omitió la altura del roble? Pero donde hay razón, nada es superfluo. Siquem significa hombro o cuello, lo cual es indicio de trabajo y ejercicio. Por eso Jacob, hombre ejercitado, se lo dio especialmente a su hijo José. Porque ni sin el don de la naturaleza el ejercicio en sí mismo puede conferir perfección, ni el don de la naturaleza se sostiene si falta el ejercicio (pues la diligencia es el apoyo del ingenioso), se introduce a ese hombre a cuya imitación te formas, con el ejercicio añadido al don de la naturaleza, hecho así más fundamentado y elevado, para que pasara hasta el roble alto. Este árbol, siendo alto, también es robusto, lo que indica que el alma del santo Abraham no fue fácilmente doblada por las tormentas de este mundo, sino que permaneció sublime; para que se elevara de las investigaciones terrenales a la altura del conocimiento divino.

9. Finalmente, Dios se le apareció de inmediato (Gén. XII, 7). En ninguna parte anterior tienes que Dios se le apareció. De donde se deduce que mientras fue caldeo, es decir, no solo en la región, sino también en la opinión de los caldeos, no podía ver a Dios, a quien buscaba dentro del mundo. Porque los caldeos llaman al mundo superior Dios, y también afirman que las cosas terrenales son llevadas por la casa de las estrellas y su curso, y están sujetas a cierto vínculo. Por eso también llamaron dioses a las estrellas, porque creen que tienen cierto dominio superior, ya que hay cierta compasión de las estrellas hacia las cosas terrenales. Sin embargo, deberían haber considerado que lo que compadece no puede tener derecho imperial ni dominio, como Dios, sobre aquellos de quienes sufre compasión; siendo él mismo mortal y corruptible. El mundo, aunque hecho, ciertamente no es Dios, sino su operador y creador. Por lo tanto, mientras la mente se inclina a los errores caldeos, no ve a Dios, a quien busca en las cosas visibles, no en las invisibles: porque las cosas visibles son temporales; pero las invisibles son eternas. Pero Dios no es temporal: por lo tanto, no es visible. Por lo tanto, la mente que sigue la disciplina de los caldeos no ve a Dios. Por eso tampoco Abraham lo veía al principio. ¿Cómo podría verlo, si pensaba que había otro por encima de él? Pero cuando emigró no a otra región, sino a la verdadera religión preparada para la humildad, esto es lo que significa Canaán, entonces comenzó a ver a Dios, y a reconocer que es Dios, cuya

invisible virtud percibió que todo lo gobierna y dirige. Así, la Escritura enseña que Abraham, al emigrar de la observación de las estrellas, vio a Dios.

10. Se añade la confirmación del testimonio (Gén. XII, 7); porque en el lugar edificó un altar al Señor que se le apareció. Este tipo quedó impreso fuertemente en su alma, y la fe manifiesta de la verdad: porque la memoria está disponible para el hombre agradecido, y el olvido se infiltra en el ingrato. A aquellos se adhieren de quienes se ayuda, a estos se les escapan todas las cosas que se les confieren. Sin embargo, erigió un altar, pero no sacrificó. Podría sorprender, a menos que recuerdes que el proceso de esta mente se mantiene en la serie de la Escritura. Y por eso esperaba aprender de Dios el tipo de sacrificio. Porque consideraba que el sacrificio de un animal irracional y de una bestia muda no parecía digno del culto divino. Aún no había conocido en Isaac el tipo de la futura pasión, ni Melquisedec le había dado la gracia de la bendición, para que conociera estas cosas.

11. Se retiró, dice, de allí a la montaña, hacia el oriente de Betel (Ibid., 8). La eminencia de la montaña significa el incremento de la devoción, cuya ascensión es indicio de un proceso más abundante. Hacia el oriente, porque profetizaba la venida del sol de justicia; que allí la Sabiduría se preparaba una casa, y desde allí, por medio de la virgen, predestinaba su salida. Por lo tanto, deseaba recibir la luz de los misterios ya por conocer. Porque así como el mundo es iluminado por el sol, así toda la mente será iluminada por el esplendor de la sabiduría. Y con razón colocó Betel hacia el oriente. Porque Betel se llama la casa de Dios, donde nació Cristo. Por eso dice Dios por el profeta: Y tú, Belén, no eres la menor entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un príncipe que pastoreará a mi pueblo (Miqueas V, 2). No dijo hacia Belén, sino que llamó al tabernáculo mismo Belén. Porque la Iglesia de los justos es el tabernáculo. ¿Quién no admirará ya esos misterios, que Belén está junto al mar de Galilea al oriente? Porque tanto el alma que merece ser llamada templo de Dios, como la Iglesia, es golpeada por las olas de las preocupaciones mundanas, pero no es derribada: es golpeada, pero no se tambalea, las conmociones de las olas y las insurrecciones de las pasiones corporales son fácilmente reprimidas y mitigadas. Observa los naufragios de otros, ella misma inmune y libre de peligro, siempre preparada para que Cristo le ilumine, y con su iluminación adquiera para sí misma alegría. Porque así como los ojos se alimentan de la primera luz del día: así también nuestra mente se alimenta de los hallazgos de la sabiduría, y parece brillar con algunos de sus rayos. Porque los rayos visibles del sol calientan la tierra: pero los rayos invisibles penetran en los recovecos interiores de nuestro corazón.

12. Nuevamente edificó un altar, e invocó el nombre del Señor (Gén. XII, 8). El progreso de la fe se significó en la invocación del Señor. Esto añadió a lo anterior.

CAPÍTULO IV.

Abraham, después de haber permanecido en el desierto donde se simboliza la tranquilidad de la mente, desciende a Egipto, que es tentación, impulsado por el hambre. ¿Por qué allí llamó a Sara su hermana, no su esposa? Cuando el faraón la devuelve con reproche al marido, señala la mente que renuncia a la continencia.

13. Y Abraham fue, y permaneció en el desierto (Ibid., 9). Entonces se prueba la mente, cuando está en cierto desierto, donde no hay lujuria de deseos, ni abundancia de riquezas, ni gasto de lujuria. Ojalá pudiera estar en este desierto, despojado de todo incentivo de deseos, abandonado de todo afán de delinquir, despojado de jactancia y orgullo. Pero porque o Dios permite que seamos tentados, o el tentador nos asalta, cuando la mente parece estar tranquila en el desierto, libre de todo deseo de placeres terrenales, es impulsada a Egipto, donde puede

ser herida. Porque el estímulo de nuestra mente es nuestra carne, y sus pasiones son nuestras heridas. Esta es nuestra Egipto, es decir, nuestra carne, esta es la aflicción. A esta descende nuestra mente, cuando piensa en las cosas carnales. Pero asciende cuando desea las invisibles. Por eso se dice que Abraham descendió a Egipto, para ser afligido. Esto le sucede a nuestra mente, a veces se separa del cuerpo, se aparta para actuar singularmente, deseando atender y adherirse a las cosas incorpóreas. A veces, debido a la conexión del alma y el cuerpo, se inclina hacia los placeres carnales a los que el débil está sujeto, el más fuerte no está atado. Por lo tanto, las aflicciones son coronas para el hombre fuerte, son debilidades para el débil. Por eso aquel no temía las aflicciones por las que mercedamente era probado, quien dice: Porque cuando llegamos a Macedonia, nuestra carne no tuvo descanso: sino que en todo fuimos afligidos: fuera luchas, dentro temores (II Cor. VII, 5).

14. Pero el hambre lo obligó a descender a Egipto (Gén. XII, 10). Porque surge un hambre feroz de la mente, cuando la apetencia de esta carne se desborda, y las aguas esperadas son adversas a la salvación. Nos reducen a las angustias del cuerpo, cuando la codicia de poseer se infiltra, la lujuria es agradable, la jactancia al corazón. Todos somos tentados. Incluso la mente sobria se inclina, descende a Egipto, es decir, a la aflicción del cuerpo. Sin embargo, descende de tal manera que parece habitar como extranjero por un tiempo, no como ciudadano para poseer. Porque el justo dijo: Soy extranjero en esta tierra (Sal. CXVIII, 19). Y en otro lugar: ¡Ay de mí, que mi estancia se ha prolongado (Sal. CXIX, 5).

15. Pero al descender Abraham a Egipto (Gén. XII, 11), es decir, a costumbres feroces y bárbaras, que no sabrían deferir a la virtud; para que no le hicieran daño por envidia, dijo a Sara que no dijera que era su esposa, sino que la llamara hermana. Y de aquí un gran misterio de virtud, a la que pronto se envidia. Y por eso, para reprimir la envidia, debe mostrarse más humilde. No debe reclamar el principado sobre todos: no debe arrogarse la sabiduría como si fuera exclusiva. Esta es la que Salomón adquirió como esposa. Porque la esposa es principalmente debida a uno. Por lo tanto, todos desean parecer dignos de tal unión, para que les duela que alguien se les prefiera. ¿Quién puede disfrutar solo de tanta belleza? Pero la hermana se asocia con algunos por cierto derecho de hermandad, o por nombre. Y por eso, preserva a su verdadero amante íntegro de la injuria.

16. Por eso, al verla los egipcios (Gén. XII, 15), que no podían discernir, ni conocer la forma de la virtud, juzgando con criterio vulgar, la llevaron al tirano, es decir, a la mente soberbia que no soportó el peso de la sabiduría, y por eso fue afligida. Porque cuando el discurso de la virtud entra en un alma malvada, la reprende por su culpa, la avergüenza por su error, y la atormenta con el dolor de su caída. Porque mientras estamos en cierta lujuria de delinquir, la mente se cubre de ciertas nubes de insensatez, y sus ojos se oscurecen con cierto humo de iniquidad; para que no vea la deformidad de lo que desea. Pero cuando toda nube ha pasado, y ha brillado con el resplandor de la sabiduría, se ejercen tormentos graves en cierto secreto de mala conciencia. Por lo tanto, nuestra mente es un juez más severo del cargo de conciencia, y del juicio de penitencia. Pero si, ya sea enferma por culpa, o débil por debilidad, no puede soportar y soportar la presencia de la virtud, la despide, y la destierra de sí misma, y no permite que se enrolle en ella, y se adhiera a sus pensamientos. Y como los ojos más débiles huyen de la luz, así la mente débil no soporta el resplandor de la sabiduría. Tales eran los gerasenos que rogaban que el Señor Jesús pasara de sus confines (Mat. VIII, 34).

17. Finalmente, este rey de Egipto dijo a Abraham: ¿Qué me has hecho? ¿Por qué no me dijiste que era tu esposa? sino que dijiste que era tu hermana, y la había tomado por esposa. Y ahora, he aquí tu mujer delante de ti, tómala, y vete de aquí (Gén. XII, 18 y 19).

Consideremos en nuestra mente a alguien intemperante que, al ver la gracia de la castidad, cautivado por su belleza, piensa que debe seguirla. Luego, sin saber las doncellas que la acompañan, y con las que viene escoltada, la sobriedad, la modestia y la vergüenza, la parquedad en la comida, la huida de la lascivia, la precaución seria, la custodia diligente, de repente, ya sea encendido por el calor de la embriaguez, o por el ardor de la carne misma, o por el encuentro con una forma más decente, no se contiene, ni se opone a la ley de la carne; ¿no dice: Pensé que era más fácil seguir la castidad: está por encima de mis hombros, por encima de mis fuerzas. Raro es aquel a quien se le une esto. Adiós, castidad, retírate, retírate de los confines de mis sentidos. Vuelve rápidamente de donde viniste: no soporto tu presencia, me afligen graves cuestiones, mientras pienso que debo retenerte, a quien no puedo retener.

18. Luego, volviéndose a algún consejero suyo, que se esforzó por inducir en su mente la costumbre de la castidad, alegando que no era ardua, ni imposible, sino compañera de muchos, vecina de los estudiosos, conveniente para los voluntarios, ¿Qué me has hecho?, dice. ¿Por qué no me dijiste que era tu esposa? Esto es, que no se mantiene superficialmente, sino en legítimo matrimonio, lleva consigo una gran dote, que trae pesadas cargas de matrimonio, y el gravamen de una dura unión: pero dijiste hermana, no sujeta a ninguna ley, y compañera de la naturaleza, no arrogante ni poderosa por algún derecho de dote. Por lo tanto, imprudente, pensé que debía unirme a ella y retenerla, pero entendí que hay peso en ella y carga. He aquí tu mujer, es decir, he aquí tu persuasión delante de ti, tómala, y vete. No quiero que esté delante de mí, no quiero en mis pensamientos. Llévate de aquí con tus consejos, con tu advertencia, llévate rápido, vuelve rápido, no soporto tus demoras, son aflicciones para mí: basta con que antes fui engañado. Y envió a sus siervos, con los que a menudo vaga la mente más intemperante, revolviendo en su mente pensamientos de lujuria, ambición, avaricia, y encontrando diversas seducciones; para que eliminaran, y empujaran lejos la castidad, para que no regresara a esos confines de los que había sido expulsada; para que ya segura y libre de un juicio más serio, no temiera ser reprendida en sus pecados.

CAPÍTULO V.

Abraham sale de Egipto con Sara su esposa, y con todos los suyos, es decir, con las verdaderas riquezas del alma. ¿Qué significa su regreso a Betel? ¿Por qué Lot no se llama rico en oro y plata?

19. Así que Abraham salió de allí llevando consigo a su esposa Sara (Gén. XIII, 1), es decir, la principal, no la sirviente. Por eso se le dice: Escucha a Sara tu esposa (Gén. XXI, 12). Porque quien se despoja del servicio de los pecados, tiene el principado, no la servidumbre. Por lo tanto, la mente más fuerte lleva consigo la virtud principal, es decir, la que gobierna los sentidos del cuerpo, no la que obedece. Llevó consigo de Egipto todo, no perdió allí nada de sus disciplinas. No se tiñó de intemperancia, insolencia, ni de la immodestia de los delitos, no se despojó del manto de la sobriedad diligente, no se despojó del vestido de la modestia.

20. Era muy rico (Gén. XIII, 2), como quien no carecía de ningún bien, que no era codicioso de lo ajeno, que no necesitaba de nada que quisiera llamar suyo. Porque esto es ser rico, tener lo que satisface la voluntad. Porque la frugalidad tiene medida, el censo no la tiene, cuyo límite está en el arbitrio del que busca. Pero era rico en ganado, plata y oro. ¿Qué significa esto? No me parece que en el hombre justo se alaben las riquezas mundanas. Por eso en el ganado entiendo los sentidos corporales, porque también son irracionales; en la plata el discurso, en el oro la mente. Con razón Abraham era rico, porque gobernaba los sentidos irracionales. Finalmente, los domó, y los hizo mansos, para que se volvieran racionales. Tenía

el discurso de la fe espléndido en color, purificado por la gracia de la disciplina espiritual: tenía la mente llena de prudencia. Y por eso la buena mente se compara con el oro; porque así como el oro supera a los demás metales, así la buena mente en el hombre es superior a las demás porciones de la sustancia humana. Por lo tanto, el censo del sabio está en tres cosas, en el sentido, el discurso, la mente: un cierto grado hecho por orden, como también leemos en el Apóstol: Pero ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad (I Cor. XIII, 13). Y por lo tanto, la mente es mayor; porque es la que muele el grano espiritual, para que produzca la purificación de los sentidos y los discursos. En todas partes se mantiene la persona del hombre sabio.

21. Finalmente, se dice que Abraham regresó (Gén. XIII, 3), es decir, a Betel, de donde había descendido a Egipto, para que reconozcamos que incluso los justos, puestos en la casa de Dios, y atentos a la palabra de Dios, son tentados por las aflicciones mundanas; pero no se alejan de la casa de Dios, y de la custodia de los preceptos celestiales. Estar contentos con sus propios límites, no exaltarse con las riquezas, y con las cosas que fluyen según la gracia de los placeres, esto es lo que es la mejor mente: meditar siempre en el principio y el fin, proceder de allí, y entrar desde allí, esto es lo bueno. Pero la sabiduría es buena. Porque nadie es bueno, sino solo Dios. De él procedemos, creados por él: a él volvemos, porque estar con Cristo es mucho mejor. Y para que sepas que es bueno que el principio y el fin coincidan, el mismo buen Jesús dice: Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin (Apoc. I, 8).

22. Por tanto, nuestra mente debe estar siempre con Él: nunca debe apartarse de su templo, de su palabra. Debe estar siempre en la lectura de las Escrituras, en meditaciones, en oraciones; para que su palabra, que es, siempre opere en nosotros, y para que, al acudir diariamente a la Iglesia o al dedicarnos a las oraciones domésticas, comencemos con Él y terminemos en Él. Así, cada día de nuestra vida y el curso del día deben comenzar con Él y terminar en Él. Pues así como desde el principio de la vida creer y ser iniciado en Dios es salvación, así la perseverancia hasta el fin es necesaria. Es, además, la diligencia de una mente óptima; para que, atenta a la palabra de Dios, no haga nada irracional que cause tristeza: para que, siempre consciente de sus actos, conserve la alegría de una buena conciencia. Porque lo que es bueno sin temor y sin tristeza, está lleno de seguridad y gracia. La posesión del justo es agradable a Dios; pero no hay grado para los insensatos. Por eso Isaías, al acercarse el bien, dice: "Huirán el dolor, la tristeza y el gemido" (Isaías 35, 10). También Juan en el Apocalipsis dice: "Y Dios mismo estará con ellos, y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá más muerte, ni luto, ni clamor, ni dolor" (Apocalipsis 21, 3-4). En la resurrección de los justos habrá alegría continua y gracia, cuando ese bien comience a estar con sus santos, cuando descansen en el seno de Abraham, colocados en su tabernáculo, que está fijo entre la casa o la palabra de Dios y la gracia: significando que la inocencia de los fieles da gracias a su autor, que no tienen de qué arrepentirse de haber estado en este mundo.

23. Por tanto, en las acciones simples de Abraham se explican los documentos de grandes instituciones. Con razón es rico, quien también enriquece las disputas de los filósofos, quienes formarían sus preceptos a partir de su acción.

24. La Escritura, por tanto, había expresado sus riquezas: quedaba por saber si también Lot, su sobrino, y él mismo, como sucesor, era rico: pero la Escritura afirma que solo abundaba en ganado. En efecto, así se dice: "Y Lot, que caminaba con Abram, tenía ovejas y vacas, etc., tiendas" (Génesis 13, 5). No tenía plata, porque aún no era justo. Pues la plata es el lenguaje del justo. No tenía oro, que tenía aquel que vio las espaldas de Cristo, de quien está escrito: "Y sus espaldas en apariencia de oro" (Salmo 67, 14). Abraham lo vio, como el Señor

testificó diciendo: "Abraham vio mi día y se alegró" (Juan 8, 56). Y por eso mereció tener y poseer la apariencia de oro.

CAPÍTULO VI.

En qué sentido está escrito: "Y Lot que caminaba con Abram", y también: "la tierra no los podía sostener". Sobre los pastores y la disputa que surgió entre ellos, que Abraham intenta apaciguar. Lo mismo cuando, después de intentar en vano retener a Lot, lo deja ir con buena gracia. Sobre la impericia e insolencia de Lot al elegir; y sobre los pecados de los sodomitas.

25. Ahora no creo que deba pasarse por alto lo que parece haber inquietado incluso a los más doctos; por qué razón está escrito así: "Y Lot que caminaba con Abram" (Génesis 13, 5); como si hubiera otro Lot que no caminaba con él, según lo que hemos entendido. Y muchos piensan que la cuestión no se resuelve. Por tanto, para satisfacerlos y no apartarnos de la regla de la Escritura, decimos que es una persona, dos asuntos, lo que en un mismo hombre se significan dos cosas: en número es uno, en oficio es doble. Pues Lot se dice declinación, como tiene la interpretación latina. Pero uno se aparta de lo bueno o de lo malo. Por tanto, cuando Lot se apartaba del mal, es decir, del error, el vicio, el crimen, se unía a su tío; cuando se apartaba de lo bueno, es decir, del justo, inocente, santo, religioso, se asociaba al vicio. Bien dijo, por tanto: "Y Lot que caminaba con Abram"; porque aún no había elegido Sodoma, no habitaba con los autores de los vicios. Después comenzó a habitar en Sodoma. Y por eso, como si hubiera cambiado de sí mismo, se toma como otro; no solo alejándose del hombre justo, sino de sí mismo.

26. En efecto, porque ya comenzaba a desviarse de su tío, "la tierra no los podía sostener" (Génesis 13, 6). Ningún espacio puede ser suficiente para los discordantes: para los tranquilos y pacíficos incluso los lugares estrechos son abundantes: para los de costumbres disonantes incluso los espaciosos se estrechan. Y porque desde el principio dije (arriba, c. I de este libro) que aquí se forma la mente del hombre, que desde el principio era imperfecta, pero progresa a través de incrementos y ciertos grados, por eso dice: "La tierra no los podía sostener": es decir, un alma no recibía naturalmente movimientos diversos que le eran contrarios. Sin embargo, puede suceder que a veces no todo esté perfecto en uno mismo; pero puede ocultar algunos vicios suyos, o moderar sus movimientos: si hay más bienes con los que ocultar menos vicios: o si una conmoción repentina se refleja con un consejo más maduro. Pero si de ambos lados concurren más cosas disonantes y contrarias, es necesario que la habitación de virtudes y pasiones discrepantes en un alma se disuelva. Figuradamente, por tanto, llamó tierra al alma según los fisiólogos. Pues también Salomón dice: "Como la agricultura, el hombre imprudente" (Proverbios 24); que si es fecunda con frutos de abundantes cosechas, puede ocultar las espinas: pero si las espinas concurren con las espigas, no hay posibilidad de cosechar.

27. Consideremos, por tanto, quiénes son los pastores (Génesis 13, 7), y de qué animales, y cuál es la disputa entre los pastores de Abraham y los pastores de Lot. Los pastores son los maestros de los rebaños, ya sean diligentes y sobrios, que no permiten que los cultivos de los campos sean pisoteados por las huellas de los pies, y quemados por las espinas: o negligentes y descuidados, que no retiran su ganado, para que se alimente en pastos herbosos y no fructíferos, sino que lo dejan vagar libremente por los diversos frutos del campo. Por tanto, es necesaria la custodia diligente de estos pastores; no sea que se atribuya a los diligentes lo que la negligencia de los descuidados ha destruido. Pero como no se trata de cosas visibles, consideremos primero de qué ganado son pastores. Podemos definir a estos pastores. Pastores, dice, de bestias de carga (Génesis 13, 7). Pero hemos entendido que las bestias de

carga significan los sentidos irracionales del cuerpo. ¿Quiénes son, por tanto, los pastores de los sentidos, sino los preceptores, y como ciertos rectores de los rebaños, sus guías, o las meditaciones de nuestra mente? Que si son conocedores y tenaces de la disciplina pastoral, no permiten que el rebaño de los sentidos vague más allá, y se adhiera a pastos inútiles o nocivos: sino que lo retiran con un guía prudente, y aplican los frenos de la razón, y se oponen a los que resisten. Pero los malos preceptores, o de inútil disertación, permiten que sean llevados por su impulso, y caigan en el precipicio y el peligro, y pisen los cultivos, se alimenten de lo fructífero; de modo que si hay en la misma alma frutos de virtudes de este tipo, también los disipan. De aquí, por tanto, la discordia de nuestras meditaciones. Cuando la carne lucha contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, no es una lucha menor, cuando el mismo Apóstol, vaso de elección del Señor, dice: "Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (Romanos 7, 23). No pudo apaciguar esta lucha él mismo, y por eso acudió a Cristo diciendo: "¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?" (Ibid., 24). Esto es, para que no me adhiera a los placeres de la carne. ¿Quién, por tanto, es el que me desatará de estas cadenas, y me unirá libre a Dios, y torcerá más los sentidos hacia la sobriedad del alma, que hacia la embriaguez del cuerpo? Pero como no pudo encontrar entre los hombres un guía tan grande, se volvió hacia Dios: "Gracias sean dadas a Dios, por Jesucristo nuestro Señor" (Ibid., 25). Si no confió en sus propias fuerzas para escapar del cuerpo de muerte, sino que buscó ayuda en Cristo; ¿qué debemos hacer nosotros, más débiles? Abraham reconoció que esta lucha era grave, y por eso pensó que debía evitarse desde el principio. Pues el estudio de la paz es propio del sabio, y las disputas son amigas del imprudente.

28. "No haya", dice, "disputa entre mí y tú, y entre mis pastores y tus pastores; porque hombres somos hermanos" (Génesis 13, 8). Leemos que Abraham era el tío, y Lot su sobrino; ¿cómo lo llama hermano? Pero observa que el sabio aplica las causas de la concordia. Por eso, precedió diciendo: "Hombres somos". Todos los hombres son hijos de una misma naturaleza, concebidos dentro de sus entrañas, y alimentados y nacidos de un mismo útero. Por eso, con razón, nos conectamos como hermanos por una cierta germanidad, creados por un mismo padre, y nacidos de una misma madre como hermanos uterinos. Y por eso, siendo descendencia de una naturaleza racional, debemos amarnos mutuamente como hermanos uterinos, no atacarnos y perseguirnos. Pero mucho más verdaderamente se refiere a un alma, cuyos sentidos irracionales tiene como parientes, como dije antes (Cap. I de este libro), y lo que es racional, tiene la unión de las virtudes. Por lo tanto, los vicios y las virtudes del hombre se unen a sí mismos por una cierta necesidad fraterna; porque aquellos son de la carne y estas del alma racional. La carne y el alma se unen como por una cierta ley de matrimonio, de las cuales el hombre consta. Por tanto, el hombre debe unir sus partes, y obligarlas a la paz. Pero como no había nadie tan grande que venciera a la carne; por eso, "vino nuestra paz, que hizo de ambos uno, y derribó el muro intermedio de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos en decretos, para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliar a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, matando en sí mismo las enemistades" (Efesios 2, 14 y ss.). Por tanto, el Apóstol se dijo a sí mismo hombre infeliz (Romanos 7, 24), que sufría una guerra tan grande dentro de sí, que no podía extinguir. En efecto, cuando Salomón hablaba de una sola porción de pasiones, es decir, la ira, decía: "Mejor es el sabio que el fuerte; y el que domina su ira, mejor que el que toma una ciudad" (Proverbios 16, 32). Bienaventurado, por tanto, quien haya escapado de esta guerra, incluso no siendo extranjero y peregrino, sino ciudadano de los santos y doméstico de Dios, a quien, estando en la tierra, las cosas terrenales no lo sacudan.

29. Este afecto deseaba guardar Abraham. Por tanto, como hombre pacífico, dijo primero: "No haya disputa entre mí y tú". Luego dijo: "Y entre mis pastores y tus pastores". Tercero, añadió: "He aquí, toda la tierra está delante de ti", es decir, si no se puede llegar a un acuerdo, cedo todo, toma todo, si la disputa es sobre el lugar o la posesión. Pero si no se puede llegar a un acuerdo en las costumbres, aléjate de mí. ¿Cuánto dijo antes para no verse obligado a separarse? Pero también esto es de virtud y disciplina. Pues un hombre que surgió de la disciplina de la Filosofía dijo antes que estas cuatro cosas deben estar en un buen hombre: Que primero se esfuerce por hacerse amigo de todos; segundo, que si no puede hacerse amigo, al menos no haga enemigos; tercero, que si esto no es posible, se retire de acuerdo; cuarto, que si alguien lo persigue al retirarse, se defienda, como pueda. Pero reconocemos en Abraham no solo estas tres primeras cosas en palabras desnudas, sino en obras.

30. Sin embargo, el cuarto no es así, cuando incluso al retirarse mantuvo el afecto de un padre; de modo que no solo no lo persiguió, sino que lo rescató y liberó cuando fue capturado. En efecto, el Apóstol, al enseñar estas tres cosas, disuelve el cuarto precepto que había añadido la Filosofía. Pues cuando quería formar al pueblo pacífico de Dios, dijo: "Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, tened paz con todos los hombres" (Romanos 12, 18); luego, si esto no es posible, al menos, no discordias ni enemistades. Por eso añadió: "No os venguéis, amados" (Ibid., 19), en lo que también se excluye el tercer punto, para que no queramos vengarnos: "Sino dad lugar a la ira". Tienes también el cuarto, para que te retires más bien, y confíes la venganza a Dios, que te la exijas a ti mismo; aunque también quiso que esto se dijera más según la ley. Pues según el Evangelio tienes arriba: "Benedicid a los que os persiguen" (Mateo 5, 44). Tenemos estos preceptos a Timoteo en la segunda epístola: "Por lo cual te recuerdo que avives el don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (2 Timoteo 1, 6-7). Y de nuevo: "Tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia" (2 Timoteo 2, 1). Tienes, por tanto, el precepto de la primera sentencia para que coloque la gracia hacia todos: luego, si no puede adquirir a todos con sus preceptos, cuide de no exasperar a algunos con palabras, es decir, de no hacer enemigos. Por eso dice más adelante: "Esto te encargo, testificando delante de Dios, que no contiendas con palabras, en nada útil, sino para subversión de los oyentes" (Ibid., 14). Pero el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos. Hermosamente añadió después de poco, y proporcionó una causa que la Filosofía no vio: "Con mansedumbre", dice, "corrigiendo a los que se oponen, por si acaso Dios les da arrepentimiento para conocer la verdad" (Ibid., 25). También para el tercer punto, que nos retiremos de aquellos con quienes no podemos estar de acuerdo, tienes añadido, cuando ordenó que hable lo que conviene a la sana doctrina, luego decline las contiendas de la ley, es decir, primero siembre la gracia, luego no aleje a nadie litigando: el tercer punto es que "al hombre hereje, después de una corrección, evítalo; porque está pervertido el tal, y peca, siendo condenado por sí mismo" (Tito 3, 10-11). ¡Qué astutamente sustrae al juicio de nuestra venganza al que está condenado por su propio juicio, como indigno de ser vengado! Pero David claramente aparta el deseo de venganza diciendo: "Si he devuelto mal a los que me hacen mal" (Salmo 7, 5).

31. Por tanto, la mente del hombre sabio se esfuerza por corregir los lapsos de la misma alma o los movimientos irracionales, y unirlos a sí misma. Pues puede suceder que lo que a veces desagrade, se corrija con gracia. La disipación del patrimonio, si se recorta, tiene liberalidad sin pérdida. La vergüenza a veces es más relajada; si se confirma, tiene tanto la gracia del pudor como la constancia del propósito. La conmoción, si se modera, deposita el horror de la indignación, asume la alabanza del vigor. Pero si no puede corregir, no exaspere con intemperancia. Descubre el ardor de la lujuria que puede contener con el matrimonio, no sea

que, mientras se busca la continencia, se infiltre la impudicia. Por eso, el maestro de los buenos: "Digo", dice, "a los no casados y a las viudas, bueno es para ellos si permanecen así como yo. Pero si no tienen don de continencia, cásense. Porque mejor es casarse que quemarse" (1 Corintios 7, 8). Hay algunas mujeres privadas prematuramente del esposo, y no pueden contenerse. "Quiero", dice, "que las más jóvenes se casen, críen hijos, sean amas de casa, no den ocasión al adversario" (1 Timoteo 5, 14). Pero si algunos placeres deleitan, y quieren vivir en el lujo en Cristo, deseando la gloria de la viudez, pero no guardando la germanidad, juzga que deben evitarse, como tienes escrito: "Evita a las viudas jóvenes" (Ibid., 11).

32. Por tanto, Abraham quiso dejar ir a su sobrino con buena voluntad, a quien no podía retener desviándose de él. Así también la buena mente se separa y aparta del precipitado y sumergido descenso de los irracionales. "Si tú", dice, "vas a la izquierda, yo iré a la derecha: o si tú vas a la derecha, yo iré a la izquierda" (Génesis 13, 9), es decir, lo que para ti está a la derecha, para mí está a la izquierda: y lo que para ti está a la izquierda, para mí está a la derecha. Pues para el hombre imprudente, lo que es del cuerpo está a la derecha: prefiere eso, lo coloca en mejor parte, también prefiere las riquezas y los honores: pero la gracia de alcanzar la inmortalidad la tiene a la izquierda, que para el sabio está a la derecha. Pues la longitud de la vida está en su derecha. Y todas las virtudes del alma el hombre insensato las arroja a la izquierda: pero el hombre prudente las coloca a su derecha; y lo que es del cuerpo, a la izquierda.

33. "Y alzó", dice, "Lot sus ojos, y vio toda la región del Jordán" (Génesis 13, 10). Para los que se apartan de la verdad, la jactancia es amiga. En efecto, así como Abraham más humildemente, que ofreció la elección: así Lot más insolentemente, que usurpó la elección. La virtud se humilla, pero la iniquidad se exalta: quien debió confiarse al más maduro, para estar más seguro. En efecto, no supo elegir. Pues primero alzó los ojos, y vio la región, es decir, aquella cosa que no era la primera en orden, sino la tercera, es decir, la última. Pues las primeras son las cosas buenas del alma: las segundas, las del cuerpo, es decir, la salud, la virtud, la belleza, la gracia de la forma: las terceras son las que suceden, es decir, las riquezas, los poderes, la patria, los amigos, la gloria. Por tanto, la región se coloca en tercer lugar; pues es cosa de habitación.

34. Vio, por tanto, la región que era regada, antes de que Dios destruyera Sodoma y Gomorra, como el paraíso de Dios, y la tierra de Egipto, hasta que llegues a Zoar (Ibid.). En lo cual, si no prestas atención diligente, ¿puedes decir que erró al elegir las cercanías del Jordán, y lo que era regado como el paraíso de Dios? No ciertamente según la letra. Pero como el Jordán se dice descenso, descendió quien abandonó la compañía de la virtud, y eligió la apariencia, no la verdad. El paraíso es la amenidad de la perfecta bienaventuranza, o los fundamentos del alma fructífera, en la cual están las plantaciones de la sabiduría, la justicia y las demás virtudes. Pero la tierra de Egipto significa la sustancia corporal, cuyos plantaciones son los sentidos, y las pasiones del cuerpo. Pues así como los vergeles de las virtudes tienen a Cristo como fuente, y la abundancia de la gracia espiritual, por la cual se enriquecen: así la intemperancia es una fuente de las pasiones corporales, por la cual se alimentan los excesos.

35. Pero la Escritura dice bien (Génesis 13, 11): "Lot eligió para sí", es decir, declinación; porque Dios puso ante nosotros el bien y el mal, para que cada uno elija lo que quiera. No elijamos, por tanto, lo que parece más agradable en apariencia, sino lo que sobresale en verdad; no sea que, habiéndonos dado la opción de seguir lo mejor, levantemos los ojos desviados por el falso encanto de la apariencia: pero la verdad de la naturaleza, como con los ojos desviados, la oscurezcamos.

36. Que los hombres en Sodoma eran crueles, (Ibid., 13), y pecadores en gran manera ante el Señor, no es aquí una economía mediocre, para que adviertas que Dios, siendo misericordioso, se mueve por la gravedad de los pecados a vengarse, y no sin razón Abraham no pudo interceder por el perdón de los sodomitas, porque eran excesivamente malvados. Muchos son tanto más malvados cuanto más ocultos, que escapan a la investigación de los hombres, donde las cosas se llevan a cabo sin testigos, o el justo es atrapado por falso testimonio. Sin embargo, el justo permanece ante Dios, incluso si es condenado por los hombres; porque Dios no mira los resultados de los juicios, ni los asuntos con tramas de maldad, sino que observa la naturaleza desnuda de los asuntos. En el examen de los hombres, el error de la falsa opinión a menudo cubre la fuerza de la verdad. Susana permanecía muy casta ante Dios, incluso cuando era condenada por adulterio; porque Dios no examinaba la fe del hecho por las afirmaciones de los falsos testigos, sino que interrogaba la conciencia íntima de la mente.

CAPÍTULO VII.

¿De las palabras del Señor a Abraham, los filósofos extrajeron su dogma: que todo pertenece al sabio, y qué posesión fue prometida divinamente a Abraham? Cinco reyes, es decir, los sentidos del cuerpo, son vencidos por cuatro, esto es, las seducciones corporales; pero el mismo patriarca, luchando en el nombre de Cristo, recupera la caballería de Sodoma, refrenando los vicios y errores.

37. Sigue un pasaje donde se nos enseña claramente cuánto progresa la mente al despojarse de las porciones irracionales superfluas, y cuánto mal traen los vicios añadidos a los vicios. No en vano la Escritura dice: Y Dios dijo a Abraham, después de que Lot se separó de él: Alza tus ojos y mira desde el lugar donde estás, hacia el sur, el norte, el este y el oeste; porque toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu descendencia para siempre (Gen. XIII, 14 y 15). De aquí, como de una fuente, los filósofos estoicos extrajeron la sentencia de su dogma: todo pertenece al sabio (Diogen. Laer., lib. VII, en la Vida de Zenón). Pues el este y el oeste, el norte y el sur son partes del universo. En ellas está contenido todo el mundo. Cuando Dios prometió dar esto a Abraham, ¿qué otra cosa declara sino que al sabio y fiel nada le falta? Por eso también Salomón en los Proverbios dice: del que es fiel, todo el mundo es riqueza (Prov. XVII, 6). ¡Cuánto antes Salomón que Zenón, maestro de los estoicos y autor de su secta! ¡Cuánto antes que el mismo padre de la filosofía, Platón, o el inventor del nombre, Pitágoras! ¿Y quién es fiel sino el sabio? Pues el necio se cambia como la luna; pero el sabio permanece inmóvil en la fe.

38. Pero tal vez digas: ¿Cómo es que todo el mundo es del sabio? Porque la misma naturaleza le da la suerte de todo, aunque él no posea nada. Pues la sabiduría es dueña y poseedora de todo, que considera suyos los dones de la naturaleza; porque han sido dados para el uso de los hombres, y no necesita de nada, aunque le falten las cosas necesarias para el sustento. Pues así como el músico tiene los instrumentos, o el médico las medicinas, o el navegante lo necesario para el barco, aunque a veces no lo tenga; lo tiene, sin embargo, en cuanto puede usarlos, aunque en algún momento no disponga de ellos: ¡cuánto más el sabio juzga suyo todo lo que es de la naturaleza, quien vive según la naturaleza! Pues no pierde su derecho, quien recuerda que fue hecho a imagen de Dios, y a los hombres el Señor Dios les dijo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla, y señoread sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y sobre todos los animales y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra (Gen. I, 28). Y sabe que la sabiduría es madre de todo, y ella misma posee el mundo.

Finalmente, Salomón, que pidió sabiduría y la recibió de nuestro Señor Dios: Él me dio, dice, el conocimiento verdadero de las cosas; para que sepa la disposición del mundo, y la fuerza de los elementos, el principio y el fin y el medio de todas las cosas, y las divisiones de los tiempos, y el curso del año, y las disposiciones de las estrellas, las naturalezas de los animales y las iras de las bestias, la fuerza de los vientos, y los pensamientos de los hombres, las diferencias de las hierbas, y las virtudes de las raíces, y todo lo que está oculto e imprevisto (Sap. VII. 17 y ss). Pero esto no está al alcance de nadie sino del perfecto.

39. Finalmente, Abraham, mientras Lot estaba con él, es decir, la desviación de las costumbres, no había recibido la suerte de estas cosas. Pero cuando fue liberado de la ambigüedad y el desvío de la desviación, comenzó a recorrer con pasos continuos de su alma los caminos rectos de las virtudes, es enviado como poseedor de toda la tierra, y se le dice: Levántate y recorre la tierra a lo largo y a lo ancho; porque te la daré a ti y a tu descendencia para siempre (Gen. XIII, 17). Por lo tanto, quien merezca la sabiduría, y no sea hijo de la esclava, no siervo del pecado, no sujeto a la sucesión de la carne; sino de la libre, es decir, de Sara, aquella que no sirve, sino que gobierna, de buena estirpe, de buena índole, adquirirá la herencia del título de virtud perfecta del universo. Se dice, pues, a Abraham: Levántate. No significa una resurrección corporal, sino espiritual, esto es, Levántate, tú que duermes (Ephes. V, 14), levántate de las cosas terrenales, levántate de las corporales, deja las terrenales, mira al cielo; y levántate de los muertos, esto es, de las opiniones vanas, y de las disputas de los caldeos. Contempla el mundo, contempla también a aquel que puede dar todo el mundo. En posesión, dice, te daré el mundo, que antes creías Dios.

40. Recorre la tierra a lo largo y a lo ancho. Ciertamente, en un momento no pudo recorrer esta tierra encerrada entre los imperios de los persas, desde las costas de la India hasta las columnas de Hércules, como dicen, o los confines extremos de Britania. Y podría parecer poco devoto, quien no obedeciera el oráculo celestial, si hubiera recibido el mandato de recorrer esta tierra: pero como su devoción ha sido probada; porque solo había trasladado su tienda a la encina de Mambré (Ibidem, 18), ciertamente podemos entender la tierra, esto es, la virtud perfecta, que daría buenos frutos, y fecundas invenciones, las primicias de los pensamientos, la vendimia de los méritos, llenaría la casa interior de trigo, vino y aceite, la tierra de la resurrección que prometió a nuestros padres, que fluye leche y miel (Exod. III, 17), la dulzura de la vida, la gracia de la alegría, el esplendor de la gloria, de la cual el primero en hacerse heredero fue el primogénito de entre los muertos, el Hijo de Dios, Jesucristo. Y por eso no dijo a las semillas, sino a la semilla (Galat. III, 16); para declarar a aquel, que primero adquiriría esta herencia para el género humano.

41. Conocimos el progreso de la buena mente, que al levantarse del vicio de la desviación resbaladiza buscó inmediatamente la recompensa de la sabiduría, la herencia de la justicia. Cuánto dañan los vicios añadidos a la ligereza, lo enseña la serie de lecturas siguientes. Pues aquellos cuatro reyes que triunfaron sobre los cinco reyes, y llevaron toda la caballería de Sodoma, también capturaron a Lot, hijo del hermano de Abraham, y se fueron. Cinco reyes (Gen. XIV, 1 y ss.) son los cinco sentidos de nuestro cuerpo, vista, olfato, gusto, tacto, oído: cuatro reyes, son las seducciones corporales y mundanas; porque tanto la carne del hombre, como el mundo, constan de cuatro elementos. Con razón se les llama reyes, porque la culpa tiene su dominio, tiene un gran reino. Por eso el Apóstol dice: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom. VI, 12). Nuestros sentidos, por lo tanto, fácilmente ceden a las delectaciones corporales y seculares, y son capturados por un cierto poder de ellas. Pues las delectaciones corporales y las seducciones de este siglo no las vence, sino la mente que es espiritual, adhiriéndose a Dios, y separándose totalmente de las cosas terrenales. Toda desviación es capturada por ellas. Por eso Juan dice: ¡Ay de los que habitan en la tierra!

(Apoc. VIII, 13). No comprende ciertamente a todos los hombres, que entonces completaban el curso de esta vida (pues hay también quienes están en la tierra cuya conversación está en los cielos), sino a aquellos a quienes el afecto de la conversación terrenal, y la gracia de este siglo ha vencido. Por lo tanto, no somos habitantes, sino moradores temporales de esta tierra. Pues el morador temporal lleva la esperanza de una estancia temporal: pero el habitante parece colocar toda su esperanza y uso de su sustancia allí donde ha pensado habitar. Así que quien es morador temporal de la tierra, es habitante del cielo: pero quien es habitante de la tierra, es poseedor de la muerte.

42. Abram contó trescientos dieciocho de sus siervos nacidos en casa, y los hirió, y los persiguió hasta Joba, que está a la derecha de Damasco (Gen. XIV, 14 y 15). Y el número es vital. Pues en él está la vida, si creemos en la pasión en el nombre del Señor Jesús. Pues esta es la interpretación del nombre de este lugar; que dijimos Joba (Lib. I de Abraham, c. 2), es decir, vida. Se dice con razón que está a la derecha de Damasco. Pues los corderos están a la derecha, los cabritos a la izquierda. La mente ejercitada sabe a quiénes debe emplear para completar la batalla, con qué armas debe equiparlos, con qué estandartes debe guiarlos. No lleva imágenes de águilas, ni dragones: sino que avanza a la batalla en la cruz de Cristo, y en el nombre de Jesús, fuerte con este signo, fiel con este estandarte. Con razón, por lo tanto, la mente ejercitada, que ha recibido la verdadera sabiduría del hombre justo. Pues la justicia es hábil en la corrección, y al reprender llama a los pecadores, y refrena los impulsos de las pasiones.

43. Por eso dice la Escritura, que recuperó toda la caballería de Sodoma, es decir, sostuvo las riendas, impuso los frenos de la razón, revocó la culpa, derribó el error. Pues el caballo no sabe estar quieto, es veloz en el impulso, levantando su cuello, relinchando por la lujuria. ¿Qué es tan parecido al pecado? Pues la culpa hierva primero con ímpetu y previene todo pensamiento recto, y salta con un movimiento inmaduro, de modo que la razón difícilmente puede revocarla. Se precipita y arroja a su jinete al mar de este siglo, con el cuello hinchado rechazando el yugo de la corrección. Hay una forma especial de lujuria, que cambia la voz del hombre, corrompe las palabras del amante, y se delata a sí misma con sus propios discursos. Finalmente, al Judá, por medio de Jeremías, dice el Señor Dios: Ahora se verá tu ignominia, y tu adulterio, y tus relinchos, y la alienación de tu fornicación sobre los collados (Jerem. XIII, 25 y 26). Este justo revocó la caballería: también convirtió las costumbres del que se desviaba, y lo llamó a sí, para que se hicieran imitadores suyos, los que se habían desviado; porque nuestros sentidos recurren a la disciplina de la mente.

44. También recuperó la sustancia. No significa ciertamente el patrimonio, sino la sustancia vital del alma, en la que haya un censo precioso, no paja, no heno; en la que haya el esplendor fiel del discurso, en la que subsista el censo de nuestra esperanza. Pues esta es nuestra verdadera sustancia, que es rica en las riquezas de la sabiduría, esta es la sustancia inmortal: pero la del cuerpo, o de los accidentes, es más bien de uso diario que duradero. Por eso algunos con razón no consideran que el patrimonio sea llamado sustancia. Pues no subsistimos en él, ya que incluso a aquellos a quienes les falta dinero, no les falta la sustancia de la vida.

CAPÍTULO VIII.

Nuestra mente aprende en Melquisedec la devoción hacia el culto de Dios, en el rey de Sodoma la tentación que, incluso después de ser vencida, aún debe temerse, en Abraham evitar el contagio de la intemperancia. ¿Por qué a este se le promete recompensa solo después de la victoria; y él prefiere el cuidado de la posteridad? Finalmente, defendido el mismo

Abraham de las supersticiones de la aruspicina, se añade una interpretación múltiple del sacrificio ofrecido por él.

45. Sobre Melquisedec hemos hablado plenamente en el tratado moral (Lib. I de Abraham, c. 3), en el cual tampoco se ha pasado por alto el misterio. En este lugar, sin embargo, basta con advertir solo esto, que la mente llena de prudencia y justicia es más devota hacia el culto de Dios, y paga las décimas de los frutos de la tierra, según una prudencia más alta en él; para que ofrezca a Dios la perfección de todos sus sentidos y obras, no se atribuya nada a sí misma, que no puede gobernarse, a menos que esté sostenida por el favor divino. Finalmente, donde se cree que ha vencido, es tentada y acosada. Esto expresa y enseña la lectura, que siempre contra las pasiones del cuerpo nuestra mente debe estar como en guardia. Pues ¿qué significa lo que dice: El rey de Sodoma salió al encuentro de Abraham, y dijo: Dame las personas, y toma para ti los caballos (Gen. XIV, 21); sino que después de estas victorias de la lujuria, una cierta fuerza de la libido puede insidiosamente introducirse en la mente racional, para infundirle pasiones irracionales?

46. Pero es propio de la mente perfecta no tomar nada de las cosas terrenales, nada de las seducciones corporales, abstenerse de las cosas terrenales. Por eso Abraham dice: No tomaré nada de todo lo tuyo (Ib., 23). Declina como un contagio la intemperancia, huye como una mancha de los sentidos corporales, rechaza las delectaciones del mundo, buscando las que están por encima del mundo, esto es, extender las manos al Señor. La mano es la virtud operativa del alma. Esta no la extiende al fruto del árbol terrenal, sino al Señor: Que hizo, dice, el cielo y la tierra (Ibidem), esto es, la sustancia inteligible y visible. Pues la οὐσία inteligible es el cielo: la sustancia visible o sensible es la tierra. Por lo tanto, significa que extiende la virtud de su alma a las cosas superiores; para que de esa sustancia inteligible adquiriera la altura de la vida teórica, mirando no las cosas que se ven, sino las que no se ven, esto es, no las terrenales, no las corporales, no las presentes, sino las incorpóreas, eternas, celestiales: de esa sustancia visible, adquiriera la gracia de la disciplina operativa y civil.

47. A esto añadió el oráculo del Señor diciendo: No temas, Abram, yo te protegeré, tu recompensa será muy grande (Gen. XV, 1). Pregunto por qué después del evento de la guerra. Era ahora el lugar para prometer la recompensa. Pues no haría algo menos admirable, si hubiera atacado al enemigo siguiendo la promesa de Dios. Seguro de la victoria habría avanzado más invitado al triunfo, que dispuesto a la gloria, o preparado para vengar el dolor de la piedad. El propósito de la mente piadosa no busca recompensa, sino que tiene por recompensa la conciencia de la buena obra, y el afecto de la obra justa. Las mentes estrechas son invitadas por las promesas, se elevan con las recompensas esperadas: la buena mente que sin el pagaré de la respuesta celestial emprendió la lucha, adquiere para sí el fruto de la doble alabanza; para que coloque la gracia de la fortaleza más confiada, y de la devoción más plena. Lo que se debe estimar de San Abraham; porque no despreció el favor divino por los justos dolores, y golpeó al enemigo con desprecio del peligro, que gloriosamente consideró que debía ser asumido por la venganza de la piedad. También se proclama la justicia de Dios en él, quien otorga la recompensa a las mentes piadosas no por necesidad de la promesa, sino por la contemplación de su equidad, juzgando que es digno que aquellos que militan sin alguna remuneración de recompensa humana tengan un premio reservado en su bondad, a quien han considerado que deben dedicar sus almas. Al mismo tiempo, porque en las hazañas bélicas el premio está preparado por el uso de la misma victoria, o por la gracia de los hombres; pero el de la piedad, la parsimonia, la pureza, y otras virtudes como privadas, es pagado por Dios. Las que son manifiestas a los hombres, ellos las recompensan. No todas, sin embargo, son manifiestas, sino que algunas son manifiestas, otras inciertas, y sobre todo las ocultas del corazón. Por eso también él dice: Me has manifestado las cosas inciertas y ocultas

del corazón (Ps. L, 8), de las cuales Dios es espectador y escudriñador. Por lo tanto, no habría prometido una gran recompensa a Abraham, si no hubiera juzgado su alma pura de todo contagio de pecados.

48. Sin embargo, la preocupación de la mente santa y profética es mayor por la posteridad perpetua. Pues el parto de la sabiduría y la herencia de la fe desea. Por eso dice: ¿Qué me darás? Yo, sin embargo, soy dejado sin hijos (Gen. XV, 2). Deseaba la descendencia de la Iglesia, pedía esa sucesión que no fuera servil, sino libre: no según la carne, sino según la gracia. Y por eso tal respuesta divina resultó, por la cual fue instruido y escuchó: Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas. Y dijo, así será tu descendencia. Y Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gen. XV, 6). ¿Qué creyó? Esto es, no solo la multitud de pueblos que creerían en Cristo, sino también el esplendor de la gracia celestial, y la resurrección de la vida inmortal que sería llevada a la descendencia de la Iglesia. Pero ¿qué significa lo que dice: Lo sacó fuera (Ibidem)? Como si el profeta fuera sacado fuera, para que salga de las puertas del cuerpo, y de las estrecheces de la carne que cubre, y vea la infusión del Espíritu Santo, y como una cierta descendencia. Debemos también nosotros salir de estas estrecheces de nuestra morada, limpiar el lugar de nuestra alma de toda contaminación, desechar las inmundicias de la malevolencia, si queremos recibir el espíritu de sabiduría; porque en el alma malevolente no entrará la sabiduría. Pero Abraham creyó, no seducido por el testimonio del oro, ni de la plata: sino porque creyó con el corazón para justicia. En lo cual fue probado su mérito, en eso se pagó su recompensa.

49. Finalmente, inmediatamente el Señor dio testimonio de su fe diciendo: Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la tierra de los caldeos, para darte esta tierra, para que seas su heredero (Gen. XV, 7). Y porque Abraham había dejado el estudio de los caldeos, ahora pregunta: ¿Cómo, dice, sabré que seré su heredero (Ibidem, 8)? Esto es, ya he repudiado las adivinaciones de los magos, enséñame cómo sabré que seré heredero de su tierra. Quien pregunta cómo sabrá, no duda, manifestando Dios, que puede conocer: sino que quiere advertir la forma de adquirir el conocimiento. Pues también en el Evangelio María, cuando escuchó del ángel que siendo virgen daría a luz un hijo, respondió: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón (Luc. I, 34)? Y con razón respondió, esto es: Como lo que es de la naturaleza no está presente, porque no suele dar a luz quien no ha sido unida a un varón, pregunto cómo puedo, siendo virgen, engendrar fuera de los institutos de la naturaleza.

50. Y el Señor Dios le dijo: Toma para mí una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y una paloma (Gén. XV, 9). Pasaría por alto esta interpretación del sacrificio, si no advirtiera que a algunos les surge una duda, ya que parece escribirse una cierta solemnidad de aruspicina; que después de la inmolación los animales fueron divididos y colocados frente a frente, y Abraham se sentó junto a ellos. Pero si consideramos la fuerza de la pregunta previa y la respuesta futura, podremos advertir que la disciplina de este sacrificio concuerda con nuestra esperanza y fe. Pues la ternera es un animal de arado, dedicado al trabajo terrenal. La cabra se figura en los enigmas como semejante al agua, ya que en griego se llama αἴζ por el impulso de ser llevada. Así corre como el agua. Podemos estimar esto por el sonido y el curso de los ríos, o por las olas violentas del mar. El carnero se compara al aire, porque se encuentra que este animal es el más útil para el género humano; ya que nos proporciona el uso de la vestimenta, así como el aire nos suministra la sustancia vital de este espíritu. Por eso creo que se hizo este orden, para que primero dijera: Toma para mí una ternera y una cabra, y en tercer lugar dijera un carnero; porque los primeros, es decir, la ternera y la cabra, se comparan con los elementos materiales de la tierra y el mar, y porque se dice que son femeninos: pero el carnero es un animal

masculino, de naturaleza vehemente y violento con sus cuernos. De manera similar, el espíritu vital de este aire es, como un macho, autor y causa de la generación, moviendo los genitales de la tierra, y mezclándose como en una especie de unión. Por lo tanto, el género de estos tres animales se figura mística y respectivamente para la tierra, el mar y el aire vital.

51. Esta es una tradición natural: pero también concurre y se ofrece la moral. En todos los hombres hay carne, sentido y palabra. Nuestra carne es como una ternera: trabaja para sembrar; trabaja para recoger; trabaja para dar a luz; se fatiga con innumerables trabajos. Por eso los griegos llamaron δάμην a la ternera ἀπὸ τοῦ δαμᾶσθαι μὲν αὐτήν; porque se doma con injurias. Cumple con el trabajo de los bueyes machos, el arado y el yugo, representando los partos femeninos con mucha abundancia. Nuestra carne también está sujeta a las necesidades de esta vida, se sacude con dolores frecuentes, y envejece encorvada por una especie de parto de muchas miserias. Ya nadie ignora que la virtud del alma es más vehemente, a la que se adhiere como una esposa en el curso de esta vida la sustancia corporal. Nuestros sentidos, al modo de las cabras, saltan como de un salto y se alimentan en lugares escarpados, excitando con su ímpetu las conmociones del alma y sacudiéndola. Están siempre presentes para cualquier ocasión, ya sea por el encuentro con la belleza femenina, o por el olor de alguna suavidad. Se mueven rápidamente por el oído y el hecho, los cuales también inclinan la constancia del alma, y la alienan como de su naturaleza. Por eso muchos creen que se llama ἀφορμή, porque ὄρμη significa ímpetu; porque de un cierto ímpetu de los sentidos, nace la causa de nuestra inflexión y alienación. Sin embargo, tiene la apariencia de sexo femenino, como también nuestros sentidos se llaman αἰσθήσεις en griego con un término femenino. Al modo de los animales estériles, se vacían rápidamente cuando han derramado los partos de su generación y deleite, y nuevamente, excitadas las pasiones, traen nuevos ímpetus.

52. En el carnero, en cambio, se encuentra la similitud de nuestra palabra y discurso, que es vehemente, así como nuestra palabra es eficaz en la operación, y es una especie de ornamento y causa de nuestro abrigo. El carnero, por el uso de las vestiduras, conduciendo al rebaño en cierto orden, así como un cierto orden de vida y uso nuestro se explica por la palabra. Sin embargo, creo que debemos entender más esa palabra que es la Palabra de Dios, con la cual este carnero parece tener no poca relación. Esa Palabra verdaderamente nos vistió con el abrigo de su lana, y nos introdujo en la casa de la salvación eterna. Él se ofreció para ser inmolado por nosotros, quien fue llevado como oveja al sacrificio, y como carnero ante el que lo trasquila sin voz, así no abrió su boca (Isaías LIII, 7). De lo cual tenemos un cierto orden de sustancia y de redención sagrada, porque por él fuimos creados y redimidos. Por lo tanto, hay una doble causa por la Palabra, natural y moral: natural por la cual creó, moral por la cual redimió. La filosofía también constituye una doble especie de sí misma en la palabra, natural y moral. Pues la parte racional es de ambas. Natural según la creación del mundo, que asigna a la palabra: moral según la justicia y la equidad de vivir, cuya vida y razón provienen de la palabra.

53. Por esta causa, cuando se cumplieron cuarenta días desde el parto de María la virgen, llevaron a nuestro Señor Jesús a Jerusalén, para ofrecerlo al Señor según la ley, y para dar una ofrenda de un par de tórtolas o dos pichones de paloma (Luc. II, 22 y ss.); porque en la paloma está la gracia espiritual, en la tórtola la naturaleza de la generación incorrupta, o la castidad del cuerpo inmaculado. Con razón, pues, se ordena que después del carnero se tomen la tórtola y la paloma para el sacrificio, para que entiendas que a la palabra se adhiere la castidad incorrupta y la gracia espiritual. Y en esto mismo, al haber puesto aves, podemos entender los vuelos de los méritos celestiales. Pues son las aves del cielo que vienen y habitan en las ramas de aquel árbol que surgió de la semilla de mostaza, al cual se compara el reino de los cielos (Mat. XIII, 32). Y Ezequiel dice que se le abrieron los cielos, y vio entre otras

cosas también una rueda sobre la tierra unida a los cuatro animales (Ezequiel I, 15). Y más adelante: Oía, dice, la voz de sus alas, como la voz de muchas aguas, y la voz del Dios sublime; y cuando iban, como la voz de la palabra, como la voz de los campamentos (Ibid., 24).

54. De donde algunos derivaron a los libros de filosofía, porque el mismo cielo es semejante a un ave. Finalmente, Platón dijo que el carro es un ave, porque el profeta había dicho: Cuando iban los animales, iban también las ruedas unidas a ellos; y cuando se elevaban los animales de la tierra, se elevaban las ruedas (Ibid., 21). Pero el profeta no dijo que el cielo mismo era un ave, sino que había aves en el cielo. Finalmente, David también dice: Los cielos cuentan la gloria de Dios (Sal. XVIII, 1), es decir, las potestades celestiales; como cuando se contempla el hermoso elemento, se alaba al creador. El profeta describe el alma, cuyos movimientos son cuatro como caballos, λογιστικὸν, θυμητικὸν, ἐπιθυμητικὸν, διορατικὸν. Estos son los cuatro animales, es decir, el hombre λογιστικὸν, el león θυμητικὸν, el becerro ἐπιθυμητικὸν, el águila διορατικὸν. Por eso se antepuso la razón, para que los demás sigan la razón. Por eso con el hombre a la derecha está el león, es decir, con la razón está la conmoción a la derecha. Estos animales cuando se elevan, también se elevan las ruedas. Pero la rueda es la vida sobre la tierra, en la que vivimos. Si los cuatro movimientos de nuestras almas se elevan, también se eleva nuestra vida. Por eso añadió: Porque el espíritu de vida, dice, estaba en las ruedas (Ezequiel I, 20). Por lo tanto, el alma es más bien el carro, que dice en el Cantar de los Cantares: Me pusiste en los carros de Aminadab (Cant. VI, 11), es decir, de nuestro Señor. Por lo tanto, la descripción profética no concuerda con la tradición de la filosofía. Finalmente, el profeta dice que oyó la voz de las alas. Estas alas son virtudes que con el máximo y doble aplauso de prudencia, fortaleza, templanza, justicia, resuenan el dulce decoro, la canción de la vida. Pero Platón mutuó ciertos dulces sonidos de los astros generados por la conversión de la esfera celeste, siguiendo más la fama y la pompa que la verdad. Pues aunque también nuestro Orígenes, es decir, un hombre dedicado al oficio eclesiástico, afirma que hay una cierta armonía inenarrable en el movimiento de los planetas y estrellas de ese sonido celestial suavísimo, sin embargo, muchos de sus escritos atestiguan que también él se entrega mucho a la tradición de los filósofos; lo cual escribí para separar la interpretación de este sacrificio de la aruspicina y de la tradición de la filosofía. Que otros quieran probar su doctrina, yo prefiero, según el Apóstol, parecer tímido que docto, quien dice: Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los elementos de este mundo, y no según Cristo (Col. II, 8).

55. Pero lo que dice: Abraham dividió los cuerpos y se sentó junto a ellos (Gén. XV, 11), no sea que alguien piense que es extispicio, no niego que sean palabras de aruspicina; así lo escucho: pero la división de los cuerpos cuadrúpedos, cuando la lectura afirma que se hizo, no se hizo de las aves, ciertamente si hubiera sido inspección de estos, también se habría hecho la división de las aves, para que se hiciera la inspección. ¿Qué si esto conviene a nuestra fe? Y por eso busquemos lo que la tradición de la palabra nos da sobre la aruspicina. Dijimos antes que en la ternera tomamos la tierra, en la cabra el agua, en el carnero el aire, lo cual se deduce del mismo nombre, que se ordena tomar de tres años para el sacrificio; porque la tierra misma se divide en tres especies de sí misma; o es continente, o isla, o península: el agua misma en tres, porque o es mar, o ríos, o lagos; pues los manantiales o pozos son asuntos privados no dignos de división general y pública; los pozos están ocultos, los manantiales proporcionan origen a otros. El aire también tiene divisiones de tiempos de primavera, verano, otoño, invierno; y esta es la división mundana. ¿Para qué sirve esto? Para que reconozcamos que Dios es el autor y moderador de todas estas cosas, que ha dado orden

a todas las cosas y las ha distinguido con esa división, para que con ellas recojas que Dios puede concederte lo que pides piadosamente, y lo que promete cumplir.

56. Así que Abraham, porque había respondido al Señor que prometía la herencia de la tierra: ¿Cómo conoceré que seré heredero de esta tierra? (Gén. XV, 8), se le informa a través de esas especies de ofrendas, para que crea que Dios está por encima del mundo, que ha dividido con una providente distinción todas las cosas que son del mundo: pero que las cosas que están divididas se resolverán después, pero las que no están divididas (pues no dividió las aves, es decir, la tórtola y la paloma) nunca se resolverán; pues la fe permanece íntegra, que al modo de la paloma se eleva a lo alto, contemplando lo supremo, y con los remos espirituales de sus alas vuela alrededor del cielo. También se confiere al tórtolo esa mente que se alimenta en los secretos de este uso, buscando aquella sustancia inteligible e indivisa de la Trinidad, huyendo de cierta multitud de criaturas y no mezclándose con la congregación corporal, y separándose de toda mancha de pasiones. Este sacrificio se te pide. Quien ofrece tales ofrendas, la fe y la castidad de la mente, la gracia de la simplicidad, el afecto de la caridad y la paz, se reconoce a sí mismo como heredero de aquella tierra bienaventurada: como también el Señor declaró más claramente en el Evangelio diciendo: Bienaventurados los pacificadores, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4).

57. Toma otra división. También nuestra carne misma tiene todos sus miembros divididos por la ordenación de Dios. Hay dos ojos, dos orejas, dos mejillas, narices divididas, orden geminado de dientes, pechos, hombros, manos, costados, muslos, rodillas, piernas, pies; ¿no son todos dobles, para que, apoyados en ayudas geminadas, parezca que cumplen todas nuestras funciones? También el alma sufre la división de sus porciones. Pues διορατικὸν, es decir, superiores, como ciertos ojos contrarios, es racional e irracional. Lo racional se divide en mente y palabra. Lo sensible en oído y vista, con los cuales se acumula la gracia de esta vida. Pues el olfato y el gusto parecen proporcionar un servicio necesario para el uso vital. Las narices, recibiendo con un soplo continuo la aspiración vital, alimentan la sustancia del hombre con un cierto alimento continuo. El gusto se genera con bebida y manjares. Pero el quinto sentido, es decir, el tacto, está como mezclado con esos cuatro. El olfato y el gusto son más bien ciertos alimentos del cuerpo, con los cuales subsiste la milicia de esta carne. Pero la vista y el oído ayudan a la mente. Estas son las divisiones que según nuestra carne y alma han sido divididas por el supremo operador.

58. Por lo tanto, debemos concluir que también este mundo está distribuido como por ciertos miembros geminados, y como ἀντιπρόσωπα: la tierra en montañas y llanuras; como son partes de nuestro cuerpo, algunas más elevadas, otras más planas. Sobresalen los hombros, y las partes superiores de los pies o manos: los costados y las partes inferiores del cuello, como valles trillados y cóncavos. Lo cual también se puede entender de la palma de la mano. Pues en el mismo talón del pie, ¿quién duda que unas partes sobresalen, mientras que las medias están hundidas? El agua en el mar es salada, en el río dulce, o en los manantiales. El aire es frío en invierno, templado en los meses de primavera, caliente en verano. Por lo tanto, el operador dividió estas cosas. Pero nuestra mente, que al modo de las aves, llevada por los remos de diversas virtudes y su vigor, vuela sobre el cielo, no la dividió; porque se adhiere a la Trinidad que divide todas las cosas, solo a la indivisa. Por eso los filósofos no quieren que la sustancia superior de este mundo, que llaman éter, consista en la mezcla de los demás elementos: sino que sea espléndida, y resplandeciente con mucha luz, que no reciba nada de la tierra sucio, ni del agua húmedo, ni del aire nebuloso, ni del fuego mismo algo rutilante, afirman que es de una cierta quinta οὐσίᾳ, y que como la mente del mundo de este modo es más veloz y pura que las demás partes. Pues las otras están mezcladas y concretas entre sí. Pero nosotros no creemos que haya nada inmune y ajeno a la composición material, excepto

aquella sola sustancia de la venerable Trinidad, que es verdaderamente pura y simple de naturaleza sincera e inmixta: aunque algunos piensan que de esa quinta οὐσία la luz es más clara, de la cual David dijo que Dios está rodeado de luz como de un vestido (Sal. CIII, 2). Y el Apóstol escribió sobre el mismo Dios omnipotente, que solo él tiene inmortalidad, y habita en luz inaccesible (I Tim. VI, 16).

59. Pero ¿por qué razón dijo que las aves descendieron sobre los cuerpos divididos de la ternera, la cabra y el carnero (Gén. XV, 11), no lo encuentro fácilmente, excepto que todas las cosas terrenales, marítimas, e incluso aéreas están llenas de insidias y perturbaciones. Pues parece que estas aves descendieron por causa del alimento sobre los cuerpos. Naturalmente, los más violentos y poderosos en fuerzas se lanzan sobre los más débiles, y como cuerpos muertos se abalanzan sobre ellos, irrumpiendo con frecuencia de improviso: o, lo que creo más verdadero, porque el príncipe de este mundo, y las aves del cielo, las maldades espirituales que están en los cielos, asaltan con gran movimiento a aquellos que están divididos por la preocupación mundana, y como cadáveres de muertos los desgarran con diente áspero. De estos se ha dicho: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Luc. IX, 60); porque son del reino del diablo que está dividido en sí mismo. Pero los que son del reino de Dios, a quienes Jesús dice: El reino de Dios está dentro de vosotros (Luc. XVII, 21), estos no están divididos, porque se adhieren a Dios; porque el que se adhiere a una ramera, es un solo cuerpo: Serán, dice, dos en una sola carne. Pero el que se adhiere al Señor es un solo espíritu (I Cor. VI, 16 y 17). Por lo tanto, estos no son cuerpos muertos; para que las aves del cielo los coman, sino que son espíritus; pues Dios hace a sus ángeles espíritus. Finalmente, no descendieron sobre la paloma y la tórtola, porque estas aves no estaban divididas. No están divididos los justos a quienes se les dice que sean simples como las palomas (Mat. X, 16). Por eso dice David, porque también el gorrión encontró casa para sí, y la tórtola nido para sí donde poner sus polluelos (Sal. LXXXIII, 4). Esto contemplaba Abraham, esto consideraba con profundo y espiritual intuición.

60. Por eso está escrito: Abraham se sentó junto a ellos (Gén. XV, 12), no como aruspicina, sino como intérprete de la revelación celestial, explorando los signos de la operación divina. Pues la mente dirigida a la gracia de Cristo veía que este mundo estaba lleno de iniquidad, que volaba como desde lo alto del cielo, y oprimía a los débiles de la tierra: pero la castidad, la fe, la sinceridad no están sujetas a pasiones: la avaricia, sin embargo, y las preocupaciones del siglo, con las cuales se sofocan los que tienen las delicias de las riquezas, se desgarran y dividen. Por eso las riquezas se llaman preocupaciones y pensamientos de este mundo (Mat. XIII, 22); porque dividen la mente, y la desgarran en partes, y la arrastran en direcciones opuestas, y no permiten que sea incorrupta e íntegra. Por lo tanto, el hombre de mente pacífica se sentaba, y consideraba hasta qué punto podía prohibir de cerca esos males que se introducen en los hombres; pues la mente del hombre sabio y justo se esfuerza por remediar los casos humanos, y prohibir y cortar los trabajos de nuestras almas.

CAPÍTULO IX.

¿Por qué cayó el exceso y el temor sobre Abraham; qué significa el oráculo devuelto sobre la peregrinación y servidumbre de su posteridad en Egipto, sobre su propia muerte, y sobre la liberación de su posteridad? ¿A qué se refiere finalmente la visión de la llama y el horno?

61. Finalmente, cuán espiritualmente y con afecto profético hizo esto Abraham, lo enseñan los siguientes pasajes. Pues al ponerse el sol, cayó sobre él un exceso: y he aquí un gran temor y oscuridad cayeron sobre él (Gén. XV, 12). El exceso suele ocurrir a los profetas, como tienes al Profeta diciendo: Dije en mi exceso, todo hombre es mentiroso (Sal. CXV, 2).

Pues el profeta excede como ciertos límites de la prudencia humana, cuando se llena de Dios. Y antes se vacía de pensamientos y disquisiciones de este siglo; para presentarse puro y vacío a la gracia espiritual que llega, el Espíritu Santo viene sobre él infundiéndose con gran fuerza, de modo que la mente del hombre se turba de repente. Finalmente, el Ángel vino a María, y vino con solicitud y gracia; y sin embargo, María se turbó en su entrada. Por eso el Ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios: y he aquí concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo (Luc. I, 30 y 31). Reconocemos, pues, que cuando la gracia de Dios viene sobre la mente profética, irrumpe de repente, y por eso leemos que el Espíritu Santo ha caído e incubado sobre los profetas; porque sufre un exceso, y se turba, y teme, y se le infunden ciertas tinieblas de ignorancia e imprudencia: como también leemos en los Hechos de los Apóstoles (Hechos IX, 4) que resplandeció sobre Saulo desde el cielo, y cayó, y se turbó con horror de ánimo, y oyó una voz del cielo que decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Ibid.) Deja de ver las cosas seculares, quien comienza a oír las divinas. Por eso no debes maravillarte del temor y las tinieblas de Abraham, como si le hubieran sucedido fuera de su virtud o mérito, cuando adviertes que concuerdan con la costumbre de los profetas, cuando se les añaden, para que conozcan el futuro.

62. Inmediatamente tienes la declaración a él: Sabiendo sabrás que tu descendencia será peregrina en una tierra que no es suya, y serán oprimidos en servidumbre, y les harán daño, y los humillarán durante cuatrocientos años (Gén. XV, 13). Con razón se produjo un gran horror tenebroso; porque se transmitían grandes oráculos, cuando se daba un mandato sobre el pueblo de los siglos. ¿Cómo podría la mente humana captar tan fácilmente esto, especialmente cuando se le advertía que debía peregrinar en esta tierra? No se declaraban tanto las cosas que habrían de suceder, como se prescribían las que debíamos hacer: "Peregrina", dice, "será tu descendencia"; ya sea porque todos los hombres debemos ser peregrinos en esta tierra, pues Abraham es el padre de todos: o porque la verdadera descendencia de Abraham peregrina en este mundo. Esa es la verdadera descendencia, de la cual se dijo: "En Isaac será llamada tu descendencia" (Gén. XXI, 12). Finalmente, quien se reconocía como heredero de Abraham dijo: "Soy un extranjero en esta tierra y peregrino, como todos mis padres" (Sal. XXXVIII, 13). Porque quien aquí es peregrino, es ciudadano en el cielo; pero quien en esta tierra cree que debe establecer toda la sustancia de su alma, y se regocija en adquirir la herencia de esta tierra, será excluido del reino de Dios. Por eso el Apóstol dice a los hombres fieles, y ciudadanos de aquella Jerusalén que está en el cielo, y a los hijos de la Iglesia: "Por lo tanto, ya no sois extranjeros ni peregrinos, sino que sois conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios" (Efes. II, 19). Por lo tanto, esta tierra no es nuestra, de la cual el príncipe de este mundo puede decir mostrando todos los reinos de la tierra: "Te daré este poder, si postrándote me adoras" (Mat. IV, 8): todo será tuyo, lo que los extraños reclaman para sí, y oprimen al pueblo de Dios con servidumbre; para que intenten dañar a sus siervos y humillar a los santos de Dios. Finalmente, el mismo Hijo de Dios no pensó que debía reclamar nada de este mundo para sí, de donde dijo: "Viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada" (Juan XIV, 30). Diversos señores quieren mantenernos en servidumbre, el diablo nos acosa, sus ángeles nos hostigan, las pasiones y los movimientos del cuerpo nos inquietan como enemigos domésticos e internos. Fuera, luchas; dentro, temores: fuera, luchas; dentro, deseos. Porque la sustancia del cuerpo interno es ajena a la pureza del corazón; y por eso ataca, o ciertamente se opone. Por lo tanto, hay una guerra diaria, y dentro del mismo campamento una grave batalla, hasta que Dios misericordioso juzgue al diablo y a sus ministros, extinga las pasiones, y las someta a la mente diligente, rescate nuestras almas de todos los autores de ofensa y peligro, quien dice: "Reclamaré la sangre de vuestras almas de las manos de todas las bestias" (Gén. IX, 5). Y

Juan vio y dijo: "Porque la muerte y el infierno fueron lanzados al lago de fuego" (Apoc. XX, 15).

63. Así que los justos saldrán, para no dejar nada de lo suyo en esta tierra; para que sus despojos no queden entre los habitantes y poseedores de esta tierra. También saldrán de la tierra de Egipto de tal manera que los vasos que tomaron prestados de los egipcios (Éxod. XII, 35 y 36), ya sean de oro, dice, o de plata, que usaron temporalmente, los llevarán consigo, y despojarán a los egipcios. Estos vasos los recibieron por voluntad del Señor, y los llevan consigo, porque son hijos de la resurrección, a quienes se dice: "No perecerá un cabello de vuestra cabeza" (Luc. XXI, 18). Estos vasos los dieron los egipcios, que fueron tomados de la tierra de aflicción. Y hay otros de oro, otros de plata, porque toda criatura de Dios es buena, y especialmente el hombre, el más excelente en la tierra, a quien Dios honró al inspirar en su rostro el espíritu de vida, y lo puso sobre todos los seres animados. Estos son los vasos de los que el Apóstol dice: "Tenemos este tesoro en vasos de barro" (I Cor. IV, 7). Esta es la vestidura de los egipcios con la que se viste nuestra alma; para que salga de aquí más rica, y de donde aquí trabajaba intensamente, sea liberada. Porque no solo toda criatura gime y sufre dolores de parto, sino también nosotros; hasta que venga la redención de nuestro cuerpo. El Señor cuida de su obra, tiene una naturaleza dispuesta en muchos a la razón y la benevolencia. Porque no permitimos que se corten y perezcan los árboles, cuya fructificación nos brota en los primeros frutos, si en la edad posterior el viento los sacude, o el sol los quema, o la sustancia que debe ser suficiente y suministrada para las sequías falla en virtud: sino que los dejamos para ser examinados con mejores aires. Y por eso el Señor nuestro Dios, recompensador de la buena voluntad, teniendo en cuenta incluso la primera fructificación y disposición, permite que todo el patrimonio de nuestra alma sea recogido y reservado, para ser probado por la templanza de su futura venida.

64. Recordando, por tanto, su don que quiso que fuera inmortal para los justos, pero si no hubiera sobrevenido la culpa y grave, que hizo que no fuera conveniente que los hombres vivieran mucho tiempo, dice a Abraham: "Tú irás a tus padres en paz, nutrido en buena vejez" (Gén. XV, 15). Nos permite partir de este mundo, para que con la separación del alma este cuerpo se disuelva en su tierra, y se ponga fin al pecado: luego, por la resurrección, sea reformado por la gracia de la liberalidad divina. Por eso dice a Abraham: "Tú irás a tus padres". Algunos pensaron que los padres son los elementos, de los cuales se compone nuestra carne mientras vivimos, y en los que nos disolvemos. Pero nosotros, que recordamos que nuestra madre es Jerusalén, que está arriba, que es libre, que es madre de todos nosotros, como dice el Apóstol (Gál. IV, 26), afirmamos que aquellos son los padres que precedieron en mérito y orden de vida. Allí estaba Abel, la piadosa víctima, estaba el piadoso y santo Enoc, estaba Noé, a ellos se promete el tránsito de Abraham. Porque transita quien, al salir de esta vida, emigra a otra vida, en la que vive la mente del hombre sabio y justo que ha sido nutrido en paz. Porque el insensato es nutrido en guerra y discordias: el justo vive en buena vejez. No dijo larga, sino buena (Gén. XV, 15), porque el justo envejece bien: pero ninguno de los injustos, aunque haya vivido una vida más larga que los ciervos longevos. Porque vivir mucho tiempo es común a sabios e insensatos: pero vivir bien es propio del sabio, cuya vejez es venerable, y la edad de la vejez es una vida inmaculada: no larga, dice (Sab. IV, 8 y sig.), ni computada por el número de años, ni por los cabellos canosos en la cabeza, sino por los sentidos. Por lo tanto, envejece bien quien ha sentido bien.

65. Pero en la cuarta generación volverán (Gén. XV, 16). La historia parece referirse a los judíos que pasaron a Egipto y salieron de Egipto. Porque allí se cumplieron cuatrocientos treinta años: pero no todos vivieron cien años, y los que exceden, como Moisés o Josué; para que coincida el tiempo de la cuarta generación. Por lo tanto, busquemos algo más místico, ya

que el cuatro es adecuado para todos los números, y es una especie de raíz del diez y fundamento, también es el medio de la semana. Finalmente, el salmo noventa y tres se escribe en el cuarto día del sábado; porque este número es medio entre los anteriores y los siguientes. Tres lo preceden, primero, segundo, tercero; y tres lo siguen, quinto, sexto, séptimo. Quien canta este salmo, como si pasara la vida de este mundo con números adecuados, es como un cuadrado, estable y perfecto. En cuatro libros el Evangelio está completo y perfecto. Cuatro son los animales místicos. También las partes de este mundo son cuatro, de las cuales los hijos de la Iglesia, congregados, propagaron el reino santísimo de Cristo, viniendo del Oriente y Occidente, del Norte y del Sur. Por lo tanto, la santa Iglesia se levantó con un lado cuadripartito. También el diez surge de este número. Si conectas del uno al cuatro, de esta manera harás el diez. Cuenta uno, añade dos, son tres: añade tres a tres, son seis: y a seis añade cuatro, son diez. Por lo tanto, el cuatro completa el diez, el diez abarca todo el número. También hay cuatro edades del hombre, infancia, adolescencia, juventud, madurez. Poco a poco se eleva y se funda. Por lo tanto, la sabiduría, la suma de la prudencia, viene en el cuarto orden de las edades. Con razón, si alguien antes estaba bajo el rey de Egipto, sin embargo, con un consejo más maduro, sale de su poder, y reconoce que debe seguir la ley. Entonces el mar de esta vida se le hace transitable. La misma razón se aplica a lo que se genera en el suelo. Donde se ha sembrado la semilla, se disuelve en la tierra; y primero brota en raíz, luego germina, se forma el fruto, y después madura. También los árboles mismos primero dan fruto, luego el fruto crece, con el paso del tiempo cambia de color, en el cuarto orden se completa, es decir, en el último. Así, por lo tanto, también nosotros en esta tierra de aflicción evitemos formar ladrillos: pero con lágrimas y gemidos provoquemos la misericordia del Señor; para que nos envíe a Moisés y Aarón, es decir, la ley y el sacerdote: pero aquel verdadero Sacerdote y príncipe de los sacerdotes, que aunque se movía entre los hombres, se decía: "He aquí el espíritu ante nuestro rostro, Cristo el Señor" (Lam. IV, 20); y nos libere de la tierra de Egipto, para que celebremos la Pascua del Señor. También llevemos el fruto de la fe desde la misma infancia, aumentemos en la adolescencia, coloreemos en la juventud, completemos en la vejez. Porque ya el hacha está puesta a la raíz del árbol; para que quien lo haga, dé fruto. Que también el segador encuentre nuestra cosecha adulta y madura; para que guarde los frutos maduros en los graneros, no sea que el invierno sorprenda a los inmaduros, el viento los sacuda, la lluvia los corrompa.

66. Sin embargo, creo que se significa más bien el tiempo intermedio entre la primera venida del Señor y el segundo día del juicio que está por venir. Por eso, al hombre de este tipo le sobrevino un gran temor al atardecer, porque ya al ponerse el mundo, se declaraba el sacrificio futuro, por el cual el mundo sería redimido, la fe sería la ofrenda, que no se dividiría de los hijos de Abraham. Porque quienes la dividen, no son hijos de Abraham. La fe se compara con el reino de los cielos: "El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza..." (Mat. XIII, 31). Y: "El reino de los cielos es semejante a un mercader" (Ibid., 45 y 46) que compra un campo, y encuentra en él una perla preciosa. El reino de los cielos es indiviso; porque el reino de la Trinidad es uno. Por eso es perpetuo y eterno, porque es indiviso; porque todo reino dividido fácilmente será destruido. También la ofrenda sería la castidad dedicada a la Trinidad, después de aquel sacrificio, también de la ternera por los trabajos, porque es una víctima sacerdotal: de la cabra, porque es una ofrenda por los pecados: del carnero, porque es por todo el mundo, y por los mismos carneros o celestiales, no solo por los hombres, ni solo por los corderos, sino también por los cabritos que se despojan del hedor de la generación pecadora. El oráculo testifica que los hijos de Abraham aún estarán en la tierra de aflicción; para que se prueben en la lucha de muchos y graves combates: y así, con gran cantidad de despojos de vasos de oro y plata, salgan y regresen las almas, y salgan poseyendo cuerpos preciosos de diversas virtudes, y especialmente llenos del

tesoro de las posesiones de la castidad, también para tomar venganza en el juicio de Cristo sobre el diablo, y sus ministros, y los demás que quisieron hacerles daño. Entonces habrá un gran temor incluso entre los justos. Porque nadie está sin pecado. Todos tendrán algo que temer; porque los pecados estarán cumplidos. Y cuando el pecado abunde, también abundará la gracia.

67. Nuevamente, cuando ya el sol estaba al ocaso, se hizo una llama: y he aquí un horno humeante, y lámparas de fuego que pasaron por en medio de las cosas divididas (Gén. XV, 17). Aunque se dudara de lo anterior, lo siguiente lo confirmaría; cuando leemos que se hizo una llama al ocaso, que iluminara los tiempos vespertinos del mundo, y brillara en las tinieblas, y revelara lo oculto. Finalmente, inmediatamente se vio un horno humeante. Con cuya semejanza parece expresarse la vida humana implicada en las iniquidades de este siglo y envuelta, no teniendo la claridad del verdadero resplandor, y el brillo de la luz sincera. Dentro, como un horno, arde con diversas codicias, y exhala con ciertos fuegos de deseos: fuera, como con un cierto humo, se cubre, para que no vea el rostro de la verdad. Por lo tanto, los ojos del alma se oscurecen y se cubren con una cierta niebla de nube humeante; para que la vista de la mente se confunda con una especie de globo de nube humeante; para que no pueda ver las cosas puras, hasta que el Señor Jesús dirija las lámparas celestiales, es decir, el resplandor de su gloria. Cuando, dice, "no necesitarán la luz de la lámpara, ni la luz del sol; porque el mismo Señor será luz para todos" (Apoc. XXII, 5), y él mismo iluminará todas las cosas de este mundo, cuya división se conoció antes, ahora manifestada en la luz, no a través de un espejo en enigma, ni en parte, sino cara a cara la solidez de la verdad, y lo que es perfecto, pueda ser visto.

CAPÍTULO X.

Cuando se dice a Abraham, "a tu descendencia daré esta tierra"; se le promete la verdadera bienaventuranza: pero más bien se prefigura la Iglesia, cuyo tipo se expresa en Sara estéril, como el de la Sinagoga y las herejías en Agar la esclava. Cuál debe ser la vigilancia del sabio; y qué es lo que Dios promete a Abraham con esas palabras, "te multiplicaré en gran manera", etc.

68. Después de esto siguió el oráculo de Dios diciendo: "A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates" (Gén. XV, 18). Quien había mostrado la gloria futura, también debía prometer los méritos de las virtudes que se conferirían. Porque él mismo es el ayudador de los que trabajan, y el remunerador de los inocentes. Egipto aquí no es el nombre de una región, sino de un río. Así llamaban los antiguos al Nilo, ya sea porque él mismo dio nombre a la región, o porque recibió el nombre de la región. Finalmente, el poeta griego testimonia que es así, diciendo: Στῆσα δ' ἐν Αἰγύπτῳ ποταμῷ νέας ἀμφιελίσσας. (Homero, Odisea, Ξ) Sin embargo, es estrecho y vil pensar que prometió cosas terrenales con signos celestiales. Por lo tanto, consideremos si tal vez prometió la bienaventuranza perfecta y la consumación de los méritos buenos. Porque la bienaventuranza perfecta parece consistir en estas tres cosas, del cuerpo, del alma, y de los bienes accidentales, que los griegos llamaron ἐνόντα; para que haya castidad del cuerpo, paciencia, o templanza, haya prudencia del alma, y justicia. Por lo tanto, el río Egipto parece significar las cosas corporales. De donde también se llamó Geón (Gén. II, 13) el mismo río; porque el hombre fue formado de la tierra. Pero el Éufrates, lo que es del alma; porque es la fuente de la justicia de las demás virtudes, que ilumina a las otras virtudes. Porque la prudencia sin justicia daña: también la fortaleza, a menos que la justicia la modere, es una insolencia intolerable, más cercana a la furia que a la razón, más a la dominación que a la libertad. La sobriedad y la templanza son bienes privados, y de ningún uso, a menos que cultives la piedad con justa reverencia hacia

Dios, y con la mente de la fe. Solo la justicia abarca todas las virtudes, y las recomienda a todas. También los accidentes son negociaciones, mercaderías, y agriculturas, ganancias competentes de trabajos y obras rurales. También hay accidentes del cuerpo, salud, y comodidad de la salud, belleza, fortaleza, que suceden con el tiempo, y cambian con la edad.

69. No consideres mediocre esta triple gracia. Porque tienes la perfección perfecta en el Evangelio. Porque cuando el Señor Jesús dice a aquel doctor de la ley: "Amarás al Señor tu Dios" (Mat. XXII, 37), manda que se mantenga la justicia del alma. Aunque honrar a los padres es justo, ¿cuánto más debe deferirse honor al padre de todos? Nuevamente, cuando dice: "No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio" (Mat. XIX, 18), advierte que se deben guardar las virtudes del cuerpo. En lo posterior, diciendo: "No hay nadie que deje casa, o padres, o esposa, o hijos por el reino de Dios, y no reciba siete veces tanto ahora en este tiempo, y en el siglo venidero poseerá la vida eterna" (Luc. XVIII, 29 y 30); ¿no promete los incrementos de los bienes accidentales con la recompensa del alma y del cuerpo?

70. Estas cosas que la Sagrada Escritura expresa con palabras simples, Aristóteles y los Peripatéticos las proclaman y exaltan con un gran coturno. También testifican que es un dogma pitagórico. Pero, ¿quién de ellos igualó a Abraham en tiempo? ¿Quién en autoridad y sabiduría al Señor, cuyo oráculo Abraham reconoce como el don de esta triple gracia?

71. Sin embargo, se le dan como en disciplina las naciones extranjeras; para que la mente más observante de la equidad recorte los vicios, enmiende los errores. Pero más bien se declara el misterio evidente de la Iglesia, porque por sus apóstoles, que son israelitas, cuyos padres, y de cuyos padres Cristo según la carne fue hecho bajo la ley, la Iglesia debía ser congregada para los pueblos de las naciones que habrían de creer. A quienes no ociosamente significó con el número diez, sino para mostrar que aquellos antes infieles, cuando hubieran llenado la medida de la piedad, ciertamente habrían de obtener la corona de la fe.

72. Finalmente, sigue porque Sara, la esposa de Abraham, era estéril (Gén. XXVI, 1): pero tenía una esclava egipcia llamada Agar, que en esa exposición que escribimos sobre lo moral, enseñamos con ejemplos apostólicos que pertenece a la Iglesia (Lib. I de Abraham. c. 4). Porque la Iglesia parece estéril en este siglo; porque no engendra cosas mundanas, ni presentes, sino futuras, es decir, no las que se ven. Su esclava es la Sinagoga, o todas las herejías, que crean siervos, no libres. Por eso se llama Agar, que significa habitación. Porque fomenta la esperanza temporal, no tiene la gracia de la posesión perpetua. Por lo tanto, para que no se vuelva insolente por el parto corporal la esclava de ella, y reclame para sí el derecho de la Iglesia, se dice allí: "Echa a la esclava y a su hijo; porque no será heredero el hijo de la esclava con mi hijo Isaac" (Gén. XXI, 10).

73. Pero también en cada uno está Sara, y en cada uno está Agar. Sara es la verdadera virtud, la verdadera sabiduría: Agar, en cambio, es la astucia, como si fuera la sierva de una virtud más perfecta. Porque hay una sabiduría espiritual y otra sabiduría de este mundo. Por eso también se dice que es egipcia; porque la erudición filosófica abundó en Egipto. De hecho, Moisés también fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, pero la rechazó, prefiriendo el oprobio por el nombre de Cristo a los tesoros de Egipto. Pues si hubiera considerado que esa sabiduría tenía algún valor, no habría dicho: "Te ruego, Señor, no soy digno desde ayer ni anteayer, ni desde que comenzaste a hablar a tu siervo; porque tengo un habla torpe y una lengua más lenta" (Éxodo IV, 10). Finalmente, como si fuera un ignorante, se le responde que

sería instruido por el Señor: "Yo abriré tu boca y te enseñaré lo que debes decir" (Éxodo IV, 12).

74. Sin embargo, es un misterio notable que la ley no era suficientemente plena; para persuadir a los pueblos y llamar a las naciones, o porque estaría cerrada hasta la venida de Cristo, quien, exponiéndonos los oráculos proféticos y presentando los testimonios de la antigua Lectura, abrió como una boca de la ley; para que el clamor de la fe llegara a todo el mundo. Por eso, mística dice Sara: "El Señor me ha cerrado para que no dé a luz; entra, pues, a mi sierva, y harás un hijo de ella" (Génesis XVI, 2). Con lo cual reconoces que siempre estuvo en la predestinación la Iglesia de Dios, y preparada la fecundidad de la fe, cuando el Señor ordenara que brotara, pero reservada por la voluntad del Señor para un tiempo cierto. Finalmente, así está escrito: "En el tiempo aceptado te escuché, y en el día de la salvación te ayudé" (Isaías XLIX, 8). Advertimos, pues, que la fe de la Iglesia se apresuraba, pero su fecundidad estaba cerrada. Con esta palabra se demuestra que esperaba los tiempos de su parto; porque lo que está cerrado suele abrirse. La razón por la cual estaba cerrada, te la enseña el Apóstol diciendo: "Porque Dios encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos" (Romanos XI, 32) "Para que no sea del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Romanos IX, 16) sea la gracia; para que no te justifiques a ti mismo, sino que atribuyas todo a Dios que te llamó. Que nadie, pues, se desanime y presente excusas por su pereza, para creer más tarde, porque está escrito que no es del que quiere ni del que corre. Considere, pues, lo que se ha añadido: "Sino de Dios que tiene misericordia". Muéstrate, pues, así en buenos estudios y con fe pronta; para que Dios tenga misericordia de ti, y te llame como llamó a la Iglesia diciendo: "Me manifesté a los que no me buscaban, aparecí a los que no preguntaban por mí" (Isaías LXV, 1).

75. Y correctamente se han puesto primero las cosas inferiores, para que las mejores las sigan. La sierva dio a luz esclavos, para que la Iglesia los hiciera libres, y llamara a los pueblos de la servidumbre a la libertad, de la culpa a la inocencia, de la ofensa a la gracia. Si observas el orden de cada uno de los hombres, no todos comenzaron desde los perfectos, ni en todos el tiempo es primero, sino que la virtud perfecta es más antigua en mérito. Es, pues, de una mente prudente considerar cuánto tiempo es imperfecta el alma, deliberar sobre lo que tiene consigo, para ejercitarse al menos en las disciplinas de las virtudes posteriores, hasta que con el uso del ejercicio se fortalezca. Pero cuando se haya despojado de los envoltorios del error, y se haya liberado de toda ofensa, presentando la purificación completa de sí misma, entonces se esfuerce en su propio orden por dar grandes partos.

76. Además, se le dice a Abraham: "Sé sin reproche" (Génesis XVII, 1); a quien se le daba el espíritu de sabiduría santo, íntegro, bien dispuesto, inmaculado. Es necesario, pues, que el alma del hombre sabio se mantenga día y noche en la vigilancia continua del ejercicio, nunca cediendo al sueño, siempre atenta a Dios para la comprensión de las cosas que son, y el conocimiento de las causas particulares. Pero también la sabiduría es intérprete de lo futuro, conoce lo pasado, y estima lo que está por venir. Conoce las astucias de los discursos, y las soluciones de los argumentos. Conoce las señales y los prodigios antes de que ocurran, y los eventos de los tiempos y de los siglos. No puede, pues, no ser bueno y perfecto quien haya adquirido esto; porque tiene toda virtud, y es imagen de la bondad. De donde también los sofistas de este mundo han tomado la definición de que el hombre sabio es bueno y experto en el arte de hablar.

77. Volvamos ahora al don de Dios, que no hay nada más pleno. ¿Qué hay mejor que la sabiduría? ¿Qué peor que la vanidad? ¿Qué más detestable que la superstición? Y por eso, como a quien le había prometido la plenitud de la perfección, dice: "Te multiplicaré mucho, y

te pondré en naciones, y de ti saldrán reyes" (Génesis XVII, 6): porque de aquel que es fiel, todo el mundo es riqueza, y se multiplica, no se disminuye como el necio. Abraham es puesto en las naciones, es decir, su fe se transfiere a las naciones, y los reyes del mundo que han creído, y se someten al Señor Jesús a quien se dice: "Los reyes te ofrecerán dones" (Salmo LXVII, 30). Ni es absurdo que del linaje de Abraham no solo haya reyes en dignidad, sino también aquellos reyes que no sirven al pecado, ni son vencidos por la malicia, sobre quienes la muerte no tiene dominio. También hemos conocido que las buenas invenciones de la mente son reyes y príncipes, que como Abraham no tienen un fruto de generación mediocre, sino que abundan en lo real. A quien se le dio la tierra en posesión: para que domine sobre el cuerpo, y no sea cautiva de los placeres carnales, sino que como un servicio debido, la carne sirva a la mente. Según la persona de Abraham, es evidente el misterio de la Iglesia, que ha poseído todo el mundo por herencia de la fe, bien llamado padre de la elección, padre de la fe, padre de la piadosa confesión.

CAPÍTULO XI.

¿Qué significa el precepto de la circuncisión dado a Abraham? ¿Y qué amenaza de destrucción hay para los niños no circuncidados al octavo día? Se añade una letra al nombre de Sara. Abraham cae sobre su rostro y se ríe. ¿Acaso dudó? El Señor accede a su oración por Ismael, y promete un hijo de Sara.

78. Y porque es llamado a la perfección, recibe el oráculo de la perfección. "Circuncidad", dice, "todo varón vuestro, y circuncidad vuestra carne" (Génesis XVII, 10 y 11): pero la circuncisión perfecta es espiritual. De hecho, la lectura también enseña esto cuando dice: "Circuncidad la dureza de vuestro corazón" (Deuteronomio X, 16). Y aquí muchos lo entienden así, como si fuera: "Circuncidad todo varón vuestro", es decir, vuestra mente; porque nada es más fuerte que la mente. Luego, porque también se dice que el varón es santo: "Todo varón que abre el vientre será llamado santo para el Señor" (Éxodo XIII, 12). ¿Y qué hay más santo que la mente, que da las semillas de los buenos pensamientos, con las cuales abre el vientre del alma cerrado por la esterilidad de no dar a luz; para que pueda dar esas generaciones invisibles en ese útero espiritual, del cual dice Isaías: "En el útero concebimos y dimos a luz el espíritu de salvación" (Isaías XVI, 18)? Por lo tanto, se manda la circuncisión del corazón inteligible, y también la circuncisión de la carne sensible. Aquella en verdad, esta en señal. Así, la circuncisión es doble; porque se requiere la abstinencia tanto del alma como del cuerpo. De hecho, los egipcios circuncidan a los varones en el decimocuarto año, y se dice que las mujeres entre ellos son circuncidadas en el mismo año; porque desde ese año comienza a arder la pasión viril, y las menstruaciones de las mujeres toman su inicio. Pero el legislador de la ley eterna exige la señal de la circuncisión carnal solo en los varones, porque en el uso de la mezcla el varón es más vehemente que la mujer; y por eso quiso frenar su ímpetu con la señal de la circuncisión. O porque los hombres creen que es lícito errar, si solo se abstienen del adulterio: pero piensan que el uso de las meretrices está permitido por la ley de la naturaleza; cuando fuera del matrimonio no es lícito ni al hombre ni a la mujer unirse a otro. En una interpretación más profunda, se revela que si la mente está purificada y circuncidada, despojada de las voluptuosidades y pensamientos superfluos, restringe el alma a su castidad, y la hace generadora de buenos partos infundida con sentidos puros.

79. Pero la ley manda circuncidar al niño al octavo día, con un precepto místico, porque ese es el día de la resurrección; pues el Señor Jesús resucitó en el día del Señor. Por lo tanto, si el día de la resurrección nos encuentra circuncidados y despojados de los excesos de los delitos, lavados de toda suciedad, limpios de los vicios corporales, si sales de aquí limpio, resucitarás limpio. Circuncida, pues, no la carne, sino el vicio carnal. Y circuncida no solo a tu siervo

nacido en casa, sino también al comprado con precio. Si lo refieres a cada uno, los movimientos naturales son los nacidos en casa: los adquiridos con precio, los adquiridos por razón y doctrina. Pero tanto aquellos como estos necesitan, como los sarmientos, de purificación e incisión de la lujuria; para que no se desvíen como sarmientos estériles, y no sombreen con lo inútil a los fructíferos. Como una que, distendida por todo vicio, trabaja en vano: [así hay que evitar que también nuestra mente, ocupada en muchas cosas, no solo engendre buenos partos, sino que también degenera en muchos inútiles; al mismo tiempo que la vid podada no se vuelva fácilmente silvestre, se disuelva rápidamente, sino que se reserve para la posteridad. Pues también los ingeniosos engendran muchas cosas, que es útil circuncidar, y los que han alcanzado la doctrina con diligencia deben ver en sí mismos la ignorancia.] La razón del misterio es clara. Los nacidos en casa son los judíos, los comprados con precio son las naciones que han creído; porque la Iglesia fue redimida con el precio de la sangre de Cristo. Por lo tanto, tanto el judío como el griego, y cualquiera que haya creído, debe saber que debe circuncidarse de los pecados, para poder ser salvo: y el doméstico, y el extranjero, y el justo, y el pecador sean circuncidados con la remisión de los pecados, para que el pecado no opere más; porque nadie asciende al reino de los cielos, sino por el sacramento del bautismo. Ni aprovechará la justicia del tiempo anterior, si al final de la vida abandona la justicia. Por eso Pablo dice: "Fuisteis comprados por precio; no os hagáis esclavos de los hombres. Porque son contrarios; porque la servidumbre se contrae con el pecado, y el pecado se remite con precio.

80. Creemos que estas cosas abundan en una exposición simple para el entendimiento. Por eso no discutimos con cuidado los cubos de la Geometría, ni el número tetragonal de la Filosofía, la confesión, como dicen, pitagórica, ni los números siempre vírgenes, como llaman, de las semanas, con una preocupación vana, ni formamos el mundo con un rayo, ni buscamos el cielo en el polvo, ni encerramos el orbe dentro de ábacos estrechos: sino que revelamos los verdaderos misterios, que la única salvación es la resurrección de Cristo. Seamos, pues, conformes a la semejanza de su muerte, para merecer la participación de la resurrección. Y nuestro viejo hombre sea crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido.

81. La ley manda circuncidar a los varones en los primeros vagidos de la infancia, incluso a los nacidos en casa; porque así como desde la infancia el pecado, así desde la infancia la circuncisión. Ningún tiempo debe estar vacío de tutela, porque ninguno está vacío de culpa. Y el niño debe ser apartado del pecado; para que no se contamine con el contagio de la idolatría, y no se acostumbre a adorar el ídolo, y a besar la imagen, a violar el nido del padre, a herir la piedad. Al mismo tiempo, para que nadie se infle, creyéndose justo, Abraham es mandado a circuncidarse en el progreso de una edad más madura. Ni el anciano prosélito, ni el niño nacido en casa son exceptuados; porque toda edad es susceptible al pecado, y por eso toda edad es apta para el sacramento.

82. "Y será", dice, "mi pacto en vuestra carne" (Génesis XVII, 13). Quizás se refiera aquí, ¿cómo dices que la circuncisión es espiritual, cuando el oráculo dice: Será el pacto de la circuncisión en vuestra carne? Como si no se exigiera la templanza solo del alma, sino también de las pasiones del cuerpo. Pues se requiere cierta castidad del mismo modo en la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, y la misma voz; porque también la vista procaz tiene crimen, y por eso está escrito: "No mires a la mujer engañosa, ni te dejes atrapar por sus ojos, ni te dejes llevar por sus párpados" (Proverbios V, 2). Y en el mismo oído hay crimen si la meretriz te seduce, y con mucho halago de palabras y con los lazos de sus labios te ata. Y en el mismo tacto hay crimen, por eso se te dice: "No seas mucho con la ajena, ni te detengas en abrazos que no son tuyos" (Proverbios V, 20). Y en la voz hay culpa. Porque el lazo más

fuerte para el hombre son sus propios labios, y es llevado por los labios de su boca. Y no comas mucho miel, para que no la vomites. Por lo tanto, debe haber una moderación aguda de todos los sentidos; para que ni el ímpetu arrastre al vicio, ni la excesividad dañe, ni la demora sea para ofensa.

83. No sin razón, ni superfluamente, muchos parecen estar movidos en este lugar que sigue. ¿Por qué dijo así el Señor: "Porque el varón que no haya sido circuncidado, y que no haya circuncidado la carne de su prepucio al octavo día, esa alma será exterminada de su pueblo; porque ha roto mi pacto" (Génesis XVII, 14). Pues se considera grave que al niño de ocho días la negligencia de los padres le fuera perjudicial, de modo que su alma pereciera; cuando la misma ley incluso para el homicida (que sin embargo no ha cometido voluntariamente el acto de matar a un hombre) ha prescrito ciudades (Josué XX, 2 y 3), a las cuales huyendo merezca la impunidad de la sangre. ¿Cómo, pues, se tiene en cuenta la razón de la muerte fortuita allí, y aquí no se tiene en cuenta la razón de la infancia, en la cual no pudo haber crimen de disimulación o de voluntad; a menos que algunos piensen que en la muerte del hijo los padres son castigados más gravemente? Pero se considera injusto que la culpa de los culpables se imponga como castigo al inocente, o que el inocente sea castigado por el castigo del culpable, o que sea partícipe del castigo, quien es diferente en mérito. Por eso algunos piensan que se dice de exterminar al padre, que su alma perece, no la del niño. Pero es muy ambiguo; aunque apoya esta afirmación lo que dice, porque ha roto mi pacto. Así que esto parece referirse más al que entiende, que al niño. Otros piensan que el Señor Dios amenaza con cosas más graves a los padres con su silencio, para que los mayores teman más, cuando ni siquiera al niño se le perdona.

84. Pero a mí me parece bastante claro que se dice de la mente de cada uno. Pues hemos dicho que con el nombre de varón se significa la mente, porque es fuerte el vigor de la mente, y atrae al alma a su unión, y es más vehemente como sexo más poderoso, y con la fortaleza viril. Por lo tanto, esta es la razón, que toda mente que no haya sido circuncidada de los superfluos corporales, y purificada con el solemne don, para despojarse de las pasiones y vicios, perecerá. No dice que perecerá la carne, no el hombre: sino que esa alma perecerá, porque pudo ser salva, si hubiera tenido purificación. Pero desnuda de protección y con la debilidad de un corazón incircunciso, no pudo salvar la salud de su género. Pues todo género parece inmortal, como el hombre es género, como alguno es especie. El hombre siempre se dice, alguno no siempre, más bien no falta alguno. Falta quien no tiene fe, falta la persona de uno, no falta la condición o el nombre de los hombres. Por lo tanto, el pecador es conducido de lo duradero e inocuo a lo que es temporal y nocivo, quien debe atribuir a la infancia de su mente, que fue incauto e intemperante, o no adquirió la remisión de los pecados: Porque si uno no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III, 5). Sin duda no exceptúa a nadie, ni al niño, ni al que ha sido prevenido por alguna necesidad. Sin embargo, tienen esa inmunidad oculta de las penas, no sé si tienen el honor del reino.

85. También se añade una letra al nombre de Sara, es decir, R, para que se llame Sarra (Génesis XVII, 15). Lo cual ciertamente es justo, como en los superiores, no se pesa con la adición de una sola letra. Pues no es un don a Dios una letra, sino la virtud de la letra que expresa la gracia del don divino. Sarra se dice "ἀρχὴ ἐμὴ", es decir, mi poder, o el principio de mi principado, o del rey. Sara en griego se dice "ἄρχουσα", en latín la que gobierna. Aquella mortal, esta inmortal: aquella especial, esta general. Porque en mí está la prudencia, en mí la castidad, en mí la virtud, en mí la justicia, solo me gobiernan a mí, y me dominan, y son mortales. Pues al morir yo, se disuelven y mueren también aquellas. Pero la prudencia que se dice en general, la castidad, la fortaleza, y las demás virtudes principales, pero en general principales, y ciertas reinas inmortales, en estas está el poder, aquel principal

inmortal, como es la reina Iglesia que no gobierna solo a mí, sino a todos. Por lo tanto, vemos que la especie se convierte en género, la parte en universalidad, la corruptibilidad en incorruptibilidad: lo cual es cierto que todo esto conviene a la Iglesia. Pues no es esta una razón especial, sino general, ni la salvación de una parte, sino de la universalidad. Por eso, con estos precedentes, cuando cada uno es conducido por su propia prudencia a esta salvación principal y difundida por todos, en la cual está la fuente de la sabiduría y la justicia, se requiere la generación, y aquel parto perfecto de alegría, cuyo nombre es Isaac. Pues no hay mejor placer que la gracia de una conciencia enmendada. De aquí los epicúreos tomaron que el sumo bien es el placer, pero lo estimaron más por la contaminación del cuerpo que por la sobriedad de la mente.

86. ¿Qué es, pues, lo que dice: "Y cayó sobre su rostro Abraham, y se rió" (Génesis XVII, 17)? Y aquí se significa reverencia, que temió ofender a Dios con una risa libre, aunque la risa declarara la alegría del hombre justo que se regocijaba con tan grandes promesas. Pues no fue esta una risa de duda, sino de fe. Al mismo tiempo, porque todo cae ante Dios, y se cambia y pasa, solo aquella sustancia inmutable permanece siempre. O tal vez también en este misterio Abraham profetizó al Señor Jesús; que por la ascensión del cuerpo del Señor y la resurrección se cumpliría la gracia de tan gran oráculo. Por lo tanto, adora no el elemento de la tierra de la cual se ha dicho: "Y adorad su escabel, porque es santo" (Salmo XCVIII, 5). Pues donde está el cuerpo, allí también están las águilas que adoraron al que se movía en el cuerpo.

87. Y dijo, dice, en su corazón: "¿Nacerá un hijo de cien años, y parirá Sara de noventa años?" (Génesis XVII, 17). El griego puso "ἐν τῇ διανοίᾳ", para que podamos estimar que dijo a su corazón como alternando consigo mismo: "¿Nacerá un hijo de cien años, y parirá una de noventa?" Esto es, la edad de engendrar ha pasado, pero para Dios todo es posible; y por eso también es fácil esto, que devuelva a los ancianos los años de juventud, restituya las fuerzas, dé fecundidad a los estériles.

88. Tampoco debe pasarse por alto que, cuando se le prometió una descendencia legítima, Abraham respondió a Dios: "Que Ismael viva en tu presencia" (Gén. XVII, 18). Es propio del justo interceder incluso por los pecadores; y por eso, al menos en esto, crean los judíos, porque también por ellos intercedió, si es que creen. Esto es vivir en la presencia de Dios, llevar a cabo acciones dignas de la Palabra de Dios; pues los ojos del Señor están sobre los justos.

89. Por eso el Señor dice: "Sí. He aquí que Sara, tu esposa, te dará un hijo... En cuanto a Ismael, te he escuchado" (Ibid. 19 y 20). Al decir "sí", confirma las promesas; pues es una palabra de confirmación. Y por eso primero confirma la futura generación de la Iglesia; para que el Profeta reconozca como verdadero lo que Dios dijo haber escuchado sobre Ismael, previendo que la ceguera de Israel habría de ocurrir en parte, hasta que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel sería salvo. Así como los testamentos humanos primero designan un heredero, y luego expresan un legado, la herencia para los mejores, los legados para los inferiores: así en el testamento del Señor, de donde también nosotros hemos adoptado esta costumbre, el heredero es escrito como naturalmente bueno, noble, creado en legítimo matrimonio; el legado se otorga al inferior.

90. Se promete, además, la generación para el año siguiente (Ibid., 21), para que adviertas qué generación promete el Señor, es decir, no aquella del vientre corporal de Sara, sino este parto de la Iglesia, que habría de venir. De hecho, más adelante dice: "Volveré a ti en el

futuro, y habrá un hijo de Sara" (Gén. XVIII, 10). En esto podemos entender ambos, tanto esta reunión de la Iglesia como la resurrección de los fieles.

91. También hay una razón evidente para que Ismael sea circuncidado en el decimotercer año; porque aquel que ha de comenzar a usar el conocimiento de la mujer, debe primero cortar en sí mismo el ardor de la lujuria: para que se abstenga de uniones superfluas, reservándose solo para la unión legítima.

92. También conviene que la mente del sabio sea hospitalaria; para que incluso a otros imparta su gracia, y divida el fruto de su prudencia con otros, y así se deleiten con los buenos alimentos de la doctrina, y su banquete se ofrezca a los deseosos.

93. Además, que no sepa vivir sino según la naturaleza, en cuyo instituto y orden está la ley de Dios. Que no se mezcle con ninguna pasión desviada, que prefiera la unión con la sola sabiduría. Que no sepa preferir a los mandamientos de Dios la gloria de este mundo, y una cierta herencia de alabanza presente; y que, así como inmola sus utilidades en los altares del Señor, no tema el fuego del juicio, ni lo evite; sino que más bien trabaje para liberar a otros.